

MEDITACIONES

PARA TODOS LOS DIAS DE ADVIENTO,

NOVENA Y OCTAVA DE NAVIDAD

Y DEMÁS DIAS

HASTA LA DE LA EPIFANÍA INCLUSIVE.

OBRA ESCRITA EN LENGUA ITALIANA

POR

SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO,

OBISPO,

Y FUNDADOR DE LA

CONGREGACION DEL SANTÍSIMO REDENTOR,

EN CONTINUACION Á LOS

ONCE DISCURSOS DEL MISMO SANTO.



Traducida al español, y añadida con las

nueve Meditaciones del Sagrado Corazon de Jesús

POR EL REFERIDO AUTOR.



Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA.—1859.

LIBRERÍA RELIGIOSA,

IMPRENTA DE PABLO RIERA.

CENSURA.

Por comision del M. Iltre. Sr. D. Juan de Palau y Soler, Presbítero, Doctor en ambos derechos, Abogado de los tribunales del reino, Canónigo de esta santa Iglesia, y Vicario General Gobernador de la diócesis de Barcelona por el Excmo. é Ilustrísimo Sr. D. D. Antonio Palau y Térmens, Obispo de la misma, he leído traducido al español, comparándolo con el original italiano, el opúsculo que lleva por título: *MEDITACIONES para todos los días de Adviento, novena y octava de Navidad y demás días hasta la de la Epifanía inclusive; con otras nueve Meditaciones del sagrado Corazon de Jesús.* Por san Alfonso María de Liguorio. Traducción de D. N.***

La santa unción que en tan alto grado recomienda las obras todas del esclarecido Obispo de Santa Águeda de los Godos, rebosa en esta de un modo particular. Su acendradamente afectuoso corazon parece no podia exhalar ya y dictar expresiones mas tiernas que las con que saluda y adora al Niño-Dios en el pesebre, y á su sacratísimo y amantísimo Corazon. El traductor, á fin de no disminuir en un ápice los vivos afectos en que arde continuamente el autor, ha conservado la santa sencillez que tanto brilla en todos sus escritos, y que, léjos de fastidiar, encanta por el contrario á toda clase de personas indistintamente.

Por lo dicho y por no contener la obrita esta error

de ninguna especie, creo podrá ser de muchísima utilidad para cuantos deseen santificar el tiempo de preparación á la Natividad del Señor, y el de las sobredichas octavas.

Barcelona 28 de octubre de 1858.

**FR. JAIME ROIG, Pbro., Lector en
Filosofía, de la Orden de Carme-
litas calzados exclaustrados.**

APROBACION.

Barcelona treinta de octubre de mil ochocientos cincuenta y ocho. Vista la anterior censura, damos nuestra aprobacion para que se imprima el opúsculo de que hace mérito.

**JUAN DE PALAU Y SOLER, Vi-
cario General Gobernador.**

3.56582

125

11-8-1858

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

Hay para todos los hombres en el curso de su vida tiempos de alegría y de temor, en los que cada uno dice de lo mas profundo de su alma: « Aquí reconozco la obra «de Dios, aquí reina la mano misteriosa de «un poder supremo. » El escéptico, el incrédulo, el que se burla de todo, ven aparecer dias que descubren al hombre una cosa superior á lo que puede alcanzar en su peregrinacion sobre la tierra. Dias de este género son aquellos en que el cristiano celebra el nacimiento de Jesucristo su Redentor: acontecimiento que no puede menos de interesar lo mismo al pueblo, que á la familia y al individuo; porque

él ha obrado un cambio inmenso en el destino del mundo, y una mudanza plausible en las relaciones del hombre con el Criador, reconciliándolos entre sí, uniendo nuestra naturaleza á la Divinidad, y abriéndonos de esta suerte un manantial perenne de felicidad para la vida, y de consuelo para la muerte; que por esto, un tan venturoso suceso tenia al pueblo depositario de su promesa en la mas ansiosa expectacion, y á las demás naciones en un respetuoso silencio, ó, para decirlo en una palabra como el apóstol san Pablo: Todas las criaturas gemian, y estaban como de parto ¹.

Llegado ya su cumplimiento en la plenitud de los tiempos, no solo debió producir una inefable alegría en las generaciones testigos de tales maravillas, sí que ella debió necesariamente transmitirse á las venideras; porque los beneficios de la venida

¹ Rom. VIII, 22.

del Salvador á la tierra no solamente se dirigian al siglo que la habia presenciado , sí que tambien á los que le han seguido y seguirán; siendo el momento de tan feliz suceso el que habia de encerrar la eternidad. Todas las generaciones, todos los siglos tienen delante de sí la luz de la verdad que trajo al mundo Jesucristo, para disipar las tinieblas del error y perfeccionar la moral del género humano. Todas pueden aprovecharse de la salvacion y de la paz con Dios, que nos adquirió su Unigénito á costa de su sangre y de su vida; pues para todos se obró una nueva creacion espiritual, que comienza al nacer Jesucristo. Pero en especial los cristianos debemos considerar este dia como el de nuestro propio nacimiento, porque en él está el principio de la nueva vida de la gracia, que nos reengendró en hijos de Dios.

Por esto el aniversario de la Natividad del Salvador será siempre para el cristia-

no una de las fiestas mas solemnes de su vida; como que le recuerda los grandes beneficios de la Providencia, y aquella caridad sin límites, cuya memoria no puede menos de despertar su gratitud, y excitarle á venerar rendido los santos misterios de la infancia del Salvador. Mas, como para penetrarse á fondo de la importancia que tienen en la economía de la redencion humana, no basta asistir á las solemnidades con que la Iglesia les da culto, sí que es preciso además buscar algunos momentos de recogimiento, y dedicarlos á la piadosa reflexion de las sublimes lecciones que aquellas nos dan, por esto los santos Padres nos exhortan con viveza á meditar seriamente los hechos y circunstancias de la venida del Salvador al mundo; considerando lo que en ellos quiso enseñarnos, las lecciones infinitamente sábias que el Hijo de Dios quiso darnos ya desde niño con su ejemplo, y la gracia que para practicarlas

vinó á comunicarnos: pensando al mismo tiempo si hemos correspondido á este beneficio, y á los designios que Dios se propuso al hacerse hombre y habitar entre nosotros; esto es, si nos hemos conformado con su imágen y semejanza: examinando cuál ha sido el carácter de nuestros pensamientos, de nuestros deseos y nuestra conducta: confundiéndonos al ver que la enseñanza tierna y eficaz de un Dios niño ha sido poco apreciada por nosotros, que con tanta facilidad nos hemos dejado llevar del orgullo, del odio, de la cólera, de la sensualidad, de la envidia, de la demasiada solícitud por los bienes temporales, de un gusto excesivo por los placeres y demás vicios de otros géneros.

Á fin, pues, de que cada uno en algunos momentos de retiro, que pueda sustraer á sus ocupaciones, haga estas provechosas reflexiones, para dar cuenta de sus pensamientos, deseos y acciones en el

tribunal de su conciencia, y delante los ojos de aquel que sondea los corazones, se ofrecen estas Meditaciones para los dias de Adviento y Natividad de Jesucristo, cuya recomendacion la llevan, con la santidad y sabiduría del autor que las compuso, así como todos sus escritos, sellados con el juicio público de la Iglesia. De ellos se han traducido varios á nuestro idioma con una aceptacion general, en especial los Discursos que en número de once compuso el Santo, para servir de preparacion á la fiesta del Nacimiento del Salvador. Y si bien en ellos trata algunos puntos que son asimismo objeto de estas meditaciones, no por eso creemos haya una repeticion supérflua, pues en aquellos se propusò y formó san Alfonso de Ligorio un plan de ideas que pudieran servir de campo á los oradores cristianos y de lectura instructiva y piadosa á los fieles, excitándolos á reflexionar sobre las verdades que los mismos encier-

ran, para que reverberando en sus corazones, se enfervorizasen en la práctica de las virtudes que el Salvador vino á enseñarnos. Mas en las meditaciones que ahora se ofrecen, hay la circunstancia particular, que desde el principio de ellas, sin un gran discurso ni penetracion, se penetra el alma de su contenido, la enardece con sencillas consideraciones, y la lleva suavemente á desahogarse en afectos y súplicas con Jesús y María.

Además los once discursos dichos se limitaban á un ejercicio de nueve dias; pero las meditaciones se extienden á todos los dias de Adviento, Natividad y Epifanía, siguiendo á estas las del Corazon de Jesús, que el mismo Santo puso á continuacion de las referidas; pues que embebida el alma de los afectos tiernos que nos inspira la santa infancia del Salvador, se ve como obligada á buscar despues dónde depositarlos. Y en ninguna parte puede hacerlo

mas naturalmente, que en el corazon de este mismo Jesús, donde se hallan reunidos todos los sentimientos de ternura, y bondad, y amor que manifestó durante su vida mortal.

Estas razones, que sin duda debió tener presentes el santo Obispo al escribir las predichas Meditaciones, movieron tambien á un celoso y sábio Prelado español, para recomendar su traduccion, que se ha hecho ajustada literalmente al original italiano, para que no perdiese la sencillez y santa uncion que caracteriza todas las obras místicas de san Alfonso, y á fin de que su lectura acomodándose á toda clase de personas produjese el fruto de una tierna devocion á la niñez de Jesucristo. Mas, si no fuese este el resultado, reconózcase al menos el deber que todo cristiano tiene de llegarse en los dias del Nacimiento del Redentor á este Ángel del gran Consejo, á este nuevo Maestro para oir las lecciones que nos da

en aquel portalillo ó cueva, compendio magnífico de todas las maravillas del Altísimo. Allí el silencio de la noche, la pobreza, los gemidos, y todas las debilidades de la frágil naturaleza, son otras tantas sublimes instrucciones. Y son igualmente preceptos que el nuevo Legislador nos da, promulgándolos sin mas aparato que el de un pesebre por trono, unos ínfimos lienzos por púrpura régia, y sin mas corte que José y María; á fin de que nos acerquemos con mayor confianza, sometamos nuestro entendimiento á la fe, que nos muestra la Divinidad oculta á nuestros ojos en aquella oscuridad, y adorémosla con los sentimientos que lo hacen los Reyes del Oriente, cuando vienen á postrarse á los piés de Jesús.

Tambien los dias en que las festividades del Nacimiento son celebradas en toda la Iglesia, se presentan á nosotros con la circunstancia particular de ser los últimos de

un año que va á perderse en el abismo de los tiempos, y con él todos los placeres y vanidades mundanas, las acciones y discursos inútiles. Son igualmente los primeros días de otro año nuevo, que nos recuerdan el deber de nacer á una nueva vida, y mejor empleada en corresponder á la gracia que Jesucristo vino á traernos, y en ser mas activos, celosos y concienzudos en el cumplimiento de nuestros deberes, mas fieles á nuestras promesas y votos; porque puede ser que sea esta la última vez en que veamos solemnizar misterios tan augustos, y despues soplen ya sobre nuestra tumba los helados vientos del invierno.

PROTESTA DEL AUTOR.

Para obedecer á los decretos de Urbano VIII yo protesto : que á quanto en este libro se dirá de milagros, revelaciones, ó gracias, no pretendo atribuirles otra autoridad que la puramente humana; y dando á alguno título de Santo, ó de Beato, no es mi intencion darlo, sino segun la costumbre y opinion, exceptuadas aquellas cosas y personas que han sido ya aprobadas por la Santa Sede apostólica.

MEDITACIONES

PARA TODOS LOS DIAS DE ADVIENTO HASTA
LA NOVENA DEL NACIMIENTO DE JESU-
CRISTO.

MEDITACION I.

Et incarnatus est de Spiritu Sancto, et homo factus est.

Y encarnóse por obra del Espíritu Santo, y se hizo hombre.

Considera como habiendo criado Dios al primer hombre para que le sirviese y amase en esta vida, y despues conducirle á la vida eterna, á reinar en el paraíso; á este fin le enriqueció de luces y de gracias. Pero el hombre ingrato se rebeló contra Dios, negándole la obediencia que le debia de justicia y por gratitud, quedando de esta suerte el miserable privado con toda su descendencia de la divina gracia y excluido por siempre del paraíso. Mira despues de esta ruina del pecado perdidos á todos los hombres. Todos vivian ciegos entre las tinieblas, en las sombras de la muerte. Mas Dios, viéndolos reducidos á este miserable estado, determina salvarlos. Y ¿cómo? No manda ya á un An-

gel ó á un Serafin; sí que para manifestar al mundo el amor inmenso que tenia á estos gusanos ingratos, envió á su mismo Hijo á hacerse hombre, y á vestirse de la misma carne de los pecadores, para que satisfaciese con sus penas y con su muerte á la justicia divina por los delitos de ellos, y así los librase de la muerte eterna; y reconciliándolos con su divino Padre, les alcanzase la divina gracia, y los hiciese dignos de entrar en el reino eterno. Pondera aquí de una parte la ruina inmensa que trae el pecado, privándonos de la amistad de Dios y del paraíso, y condenándonos á una eternidad de penas. Pondera de la otra el amor infinito que Dios mostró en esta grande obra de la Encarnacion del Verbo, haciendo que su Unigénito viniese á sacrificar su vida divina por manos de verdugos sobre la cruz en un mar de dolores y vituperios, para alcanzarnos el perdón y la salvacion eterna. ¡ Ah! que al contemplar este gran misterio y este exceso de amor cada cual no deberia hacer otro que exclamar: ¡ Oh bondad infinita! ¡ oh misericordia infinita! ¡ oh amor infinito! ¿ Un Dios hacerse hombre, para venir á morir por mí?...

Afectos y súplicas.

Pero ¿cómo es, Jesús mio, que aquella ruina del pecado, que Vos habeis reparado con vuestra muerte, yo tantas veces he vuelto despues á renovármela voluntariamente con tantas injurias como os he hecho? ¡ Vos á tanta costa me habeis salvado, y tantas veces yo he querido perderme, perdiéndoos á Vos, bien infinito! Pero me da confianza lo que Vos habeis dicho: que cuando el pecador que os ha vuelto la espalda, se convierte despues á Vos, no dejais de abrazarlo: *Volveos á mí, y yo me volveré á vosotros*, decís por el profeta Zacarías ¹. Habeis tambien dicho: *Si alguno me abriere la puerta, yo entraré á él* ². Hé aquí, Señor, yo soy uno de estos rebeldes, ingrato y traidor, que muchas veces os he vuelto las espaldas y os he desechado de mi alma; mas ahora me arrepiento con todo el corazon de haberos de tal manera maltratado, y despreciado vuestra gracia. Me arrepiento y os amo sobre todas las cosas. Ved la puerta de mi corazon ya abierta; entrad, Se-

¹ Zach. 1, 3.—² Apoc. iii, 20.

ñor, pero entrad para no salir jamás. Yo sé que Vos nunca saldréis, si yo no vuelvo á desecharos; pero ¡ah! este es un temor, y esta es tambien la gracia que os pido, y espero siempre pedirós: hacedme morir, antes que yo use con Vos esta nueva y mayor ingratitud. Amable Redentor mio, por la ofensa que os he hecho no mereceria ya amaros; pero os pido por vuestros méritos el don del santo amor. Para esto hacedme conocer cuán gran bien es el amor que me habeis tenido, y cuánto habeis hecho para obligarme á amaros. ¡Ah! mi Dios y Salvador, no me hagais vivir mas tiempo ingrato á tanta bondad vuestra. Yo no quiero dejaros mas, Jesús mio. Basta cuanto os he ofendido. Razon es que estos años que me restan de vida los emplee todos en amaros y daros gusto. Jesús mio, Jesús mio, ayudadme; ayudad á un pecador que quiere amaros. ¡Oh María, madre mia! Vos todo lo podeis con Jesús, sois su Madre. Decidle que me perdone; decidle que me encadene con su santo amor. Vos sois mi esperanza, en Vos confio.

MEDITACION II.

Et Verbum caro factum est. (Joan. I, 14).

Y el Verbo fue hecho carne.

El Señor envió á san Agustin para que escribiera sobre el corazon de santa María Magdalena de Pazzis las palabras *Verbum caro factum est*. Por lo que nos interesa, pidamos tambien nosotros al Señor que nos ilumine el entendimiento, y nos haga conocer qué exceso y prodigio de amor ha sido el que el Verbo eterno, el Hijo de Dios, se haya hecho tambien hombre por amor nuestro. La santa Iglesia se llena de admiracion contemplando este misterio, segun aquellas palabras: *Consideré tus obras, y me pasmé*¹. Si Dios hubiese criado mil mundos mil veces mas grandes y mas bellos que el presente, es cierto que esta obra seria infinitamente menor que la Encarnacion del Verbo. *Fecit potentiam in brachio suo*. Para ejecutar la obra de la Encarnacion se ha necesitado toda la omnipotencia y sabiduria infinita de un Dios, haciendo que la naturaleza humana se unie-

¹ Resp. 6 in Circ. Dom.

se á una persona divina, y que una persona divina se humillase á tomar la naturaleza humana; de manera, que Dios se hizo hombre y el hombre se hizo Dios; y habiéndose unido la divinidad del Verbo al alma y al cuerpo de Jesucristo, se hicieren divinas todas las acciones de este hombre-Dios: divinas sus oraciones, divinos los padecimientos, divinos los vagidos, divinas las lágrimas, divinos los pasos, divinos los miembros, divina aquella sangre, para hacer de ella un baño de salud destinado á lavar todos nuestros pecados, y un sacrificio de infinito valor, para aplacar la justicia del Padre justamente indignado con los hombres. Y ¿quiénes son al fin estos hombres? Miserables criaturas, ingratas y rebeldes. Y ¡por ellas hacerse un Dios hombre! ¡Sujetarse á las miserias humanas! ¡Padecer y morir por salvar á estos seres indignos! *Se humilló á sí mismo*, dice san Pablo, *hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz* ². ¡Oh fe santa! si tú no nos asegurases de esto, ¿quién podría creer jamás que un Dios de infinita majestad se haya abajado hasta hacerse pasible y mortal como nosotros, para

² Philip. II, 8.

salvarnos á costa de tantas penas é ignominias, y de una muerte tan cruel y vergonzosa? ¡Oh gracia! ¡Oh fuerza del amor! exclama san Bernardo. ¡Oh gracia! que ni aun podrian imaginársela los hombres si Dios mismo no hubiese pensado hacérsela! ¡Oh amor divino, que no podrá jamás comprenderse! ¡Oh misericordia! ¡oh caridad infinita, digna solamente de una bondad infinita!

Afectos y súplicas.

¡Oh alma! ¡oh cuerpo! ¡oh sangre de mi Jesús! yo os adoro, y os doy gracias. Sois mi esperanza. Vosotros sois el precio pagado para rescatarme del infierno, que tantas veces he merecido. ¡Oh Dios! y qué vida tan infeliz y desesperada aguardar debiera en la eternidad, si Vos, Redentor mio, no hubiéseis pensado en salvarme con vuestras penas y con vuestra muerte! Mas ¿cómo las almas redimidas por Vos con tanto amor, sabiendo esto, pueden vivir sin amaros, y despreciar vuestra gracia, que con tantos trabajos les habeis procurado? ¿Por ventura ignoraba yo todo esto? ¿Cómo, pues, he podido

ofenderos , y ofenderos tantas veces? Pero repito , vuestra sangre es mi esperanza. Conozco , Salvador mio, el grande agravio que os he hecho. ¡ Oh si hubiese yo muerto mil veces antes ! ¡ Oh si os hubiese siempre amado ! Mas os doy gracias , porque me dais tiempo de verificarlo aun. Espero en lo que me resta de esta vida , y despues en la eternidad alabar por siempre la misericordia que conmigo habeis usado. Despues de mis pecados , yo merecia mas tinieblas , y me habeis dado mas luz. Merecia que me abandonáseis , y Vos con voces amorosas os habeis acercado llamándome. Merecia que mi corazon quedase mas endurecido , y Vos lo habeis enternecido y compungido. Así es que por vuestra gracia siento ahora un gran dolor de las ofensas que os he hecho ; siento en mí un gran deseo de amaros ; siento en mí una firme resolucion de perderlo todo antes que vuestra amistad ; siento un amor hácia Vos que me hace aborrecer todo lo que os desagrada ; y este dolor , este deseo , esta resolucion y este amor , ¿ quién me lo da ? Me lo dais Vos por vuestra misericordia. Luego es , Jesús mio, señal de que ya me habeis perdonado ; es se-

ñal de que ahora me amais , y quereis salvarme á todo trance. Sí; Vos quereis mi salvacion, y yo quiero salvarme, principalmente por daros gusto. Vos me amais, y tambien yo os amo; pero os amo poco, dadme mas amor: Vos mereceis mas amor de mí, á quien habeis dispensado gracias mas especiales que á los demás. Ea, pues, aumentad la llama. María santísima, alcanzadme que el amor de Jesús consuma y destruya en mí todos los afectos que no son para Dios. Vos eis á todos, vides tambien: alcanzadme amor y perseverancia.

MEDITACION III.

*Et Deus dilecti-mississimus, et Filius amoris, me-generavit
dicit (Joan. II, 26)*

De tal manera amo á Dios de manera, que á él me doy en
gusto.

Considera como el eterno amor, descendiendo
al Hijo por Redención, por víctima y por pec-
cio de nuestro pecado. No pocas veces nos
livos nos presentamos á la Trinidad: por amor
para impetrar misericordia y para dignarnos á
amarle. Honramos al amor al Hijo, como una
Agencia, como á un amor que nos da
Quiere que nosotros amemos á Dios de manera

don, á fin de adquirirnós la salvacion eterna y toda gracia que nos sea necesaria para conseguirla, mientras que en Jesús hallamos cuanto podemos desear: luces, fortaleza, paz, confianza, amor y gloria eterna. Siendo cierto que Jesucristo es un don que contiene todos los otros dones, ¿qué podemos buscar y desear? *¿Cómo no nos donó con él todas las cosas?* dice san Pablo ¹. Habiéndonos Dios dado á su amado Hijo, que es la fuente y tesoro de todos los bienes, ¿quién puede temer que quiera negarnos alguna gracia que le pidamos? *Jesucristo*, dice el mismo Apóstol, *ha sido hecho por Dios, sabiduría, y justificacion, y santificacion, y redencion* ². Dios le ha dado á nosotros ciegos é ignorantes, como luz y sabiduría, para caminar por la senda de la salvacion, á nosotros reos é ingratos, como justicia, para satisfacer por nuestras culpas, á nosotros pecadores, para santificarnos. Finalmente, Dios le ha dado á nosotros esclavos del demonio, como rescate, para adquirir la libertad de hijos de Dios. En suma, concluye el Apóstol, *con Jesucristo nosotros somos enriquecidos en todas cosas, de manera*

¹ Rom. viii, 32. — ² I Cor. i, 30.

*que no nos falte cosa alguna en ninguna gracia*¹. Y este don que nos ha hecho Dios de su Hijo, es un don hecho á cada uno de nosotros; pues que él le ha dado todo á cada uno, como si á él solo fuese donado; así es que cada uno de nosotros puede decir: Jesús es todo mio; mio es su cuerpo y su sangre: mia es su vida, sus dolores, su muerte: mios son sus méritos. Por esto decia san Pablo: *Me amó y se entregó á sí mismo por mí*². Y lo mismo puede decir cada uno: Mi Redentor me ha amado, y por el amor que me ha tenido, se ha entregado todo á mí.

Afectos y súplicas.

¡Oh Dios eterno! y ¿quién jamás podia hacer este don que es de infinito valor, sino Vos que sois un Dios de amor infinito? ¡Oh Creador mio! y ¿qué mas podíais hacer para darnos confianza en vuestra misericordia y ponernos en la obligacion de amaros? Señor, yo os he pagado con ingratitudes; pero Vos habeis dicho por vuestro Apóstol, que á los que aman á Dios todas las cosas les contri-

¹ I Cor. I. — ² Galat. II, 20.

buyen al bien : *omnia cooperantur in bonum*. No quiero, pues, que el gran número y enormidad de mis pecados me hagan desconfiar de vuestra bondad; quiero que me sirvan para mas humillarme, cuando reciba alguna afrenta. Muchas merece quien ha tenido el atrevimiento de ofenderos, bondad infinita: quiero que me sirvan para mejor resignarme con las cruces que me enviéis: para ser mas diligente en serviros y honraros, á fin de compensar las injurias que os he hecho. Quiero, sí, acordarme siempre, ó Dios mio, de los disgustos que os he causado, para alabar mas vuestra misericordia, y para encenderme siempre mas en el amor hácia Vos, que se me habeis acercado cuando huia de Vos, y me habeis hecho tanto bien, despues que yo tanto os he maltratado. Espero, Señor, que ya me habréis perdonado. Me arrepiento, y quiero siempre arrepentirme de los ultrajes que os he hecho. Quiero seros agradecido, compensando con mi amor la ingratitud que con Vos he usado. Pero Vos debeis ayudarme, y á Vos pido la gracia de cumplir esta mi voluntad. Haceos amar mucho de un pecador que os ha ofendido tambien mucho. Dios mio,

Dios mio, y ¿quién podrá jamás dejar de amaros, y separarse nuevamente de vuestro amor? ¡Oh María, reina mia! socorredme; Vos sabéis mi debilidad. Haced que yo me encomiende á Vos, siempre que el demonio pretenderá separarme de Dios. Madre mia, esperanza mia, ayudadme.

MEDITACION IV.

Ubi venit plenitudo temporis, misit Deus Filium suum.
(Galat. IV, 4).

Cuando vino el cumplimiento del tiempo, envió Dios á su Hijo.

Considera como Dios, despues del pecado de Adan, dejó pasar cuatro mil años antes de enviar á la tierra su Hijo para redimir al mundo. Y mientras tanto ¡oh! ¡qué tinieblas de ruina ocupaban la tierra! El verdadero Dios no era conocido ni adorado sino en un ángulo del mundo apenas. Por todo reinaba la idolatría, siendo adorados por dioses los demonios, las bestias y las piedras. Pero admiremos en esto la sabiduría divina, que difirió la venida del Redentor para hacerla al hombre mas digna de agradecimiento; la difirió, para que se conoz-

ca mejor la malicia del pecado , la necesidad del remedio y la gracia del Salvador. Si luego de haber pecado Adan hubiese venido Jesucristo, se habria estimado poco la grandeza del beneficio. Agradecemos, pues, la bondad de Dios por habernos hecho nacer despues que ya se ha cumplido la grande obra de la Redencion. Ved llegado ya el tiempo dichoso que fue llamado la plenitud de todos ellos , por el lleno de la gracia que el Hijo de Dios vino á comunicar á los hombres por medio de la Redencion. El Ángel embajador es enviado á la ciudad de Nazaret á la Virgen María, para anunciarle la venida del Verbo, que quiere encarnarse en su seno ; la saluda , la llama llena de gracia y la bendita entre las mujeres. Ella , la elegida por Madre del Hijo de Dios, la humilde Virgen se turba al oir estas alabanzas ; mas el Ángel la anima , y le dice que ha hallado gracia delante de Dios, esto es, aquella gracia que traia la paz entre Dios y los hombres, y la reparacion de la ruina ocasionada por el pecado. Le advierte despues el nombre de Salvador, que debe imponerle á este su Hijo , y que era al mismo tiempo Hijo de Dios, que

debía redimir al mundo y reinar sobre los corazones de los hombres. Miremos finalmente como María acepta el ser Madre de tal Hijo al pronunciar aquellas palabras: «Hágase en mí según tu palabra.» *Fiat mihi secundum verbum tuum.* «El Verbo eterno toma carne y se hace hombre:» *et Verbum caro factum est.* Demos gracias á este Hijo, y démoslas también á esta Madre, que al aceptar serlo de un tal Hijo, acepta al mismo tiempo ser madre de nuestra salvación, y juntamente Madre de dolores, resignándose desde luego al anuncio de los que había de padecer, por ser madre de su Hijo, que venía á padecer y morir por los hombres.

Afectos y súplicas.

¡Oh Verbo divino hecho hombre por mí! aunque os vea tan humillado, y formado pequeño infante en el vientre de María, yo os confieso y os reconozco por mi Señor y Rey, pero Rey de amor. Mi amado Salvador, ya que habeis venido á la tierra á vestiros de nuestra carne para reinar sobre nuestros corazones, venid á establecer vuestro reino so-

bre mi corazón , que algun tiempo ha estado dominado por vuestros enemigos. Pero ahora es vuestro , como lo confío ; y quiero que siempre lo sea , y que de hoy en adelante seais Vos su único Señor. *Domina en medio de tus enemigos*, os diré con David : *Dominare in medio inimicorum tuorum* ¹. Los otros reyes reinan con la fuerza de las armas; pero Vos venís á reinar con la fuerza del amor , y por esto no venís con pompa régia , no vestido de púrpura ni de oro , no adornado de cetro ni de corona , ni rodeado de ejércitos y soldados. Venís á nacer en un establo , pobre , abandonado , y á ser colocado en un pesebre sobre un poco de heno , porque así quereis comenzar á reinar en nuestros corazones. ¡ Ah ! mi Rey niño ! y ¿ cómo he podido yo rebelarme tantas veces contra Vos , y vivir tanto tiempo enemigo vuestro , privado de vuestra gracia , cuando para obligarme á amaros habéis depuesto vuestra majestad divina , y os habeis humillado tanto , hasta comparecer ahora de niño en una gruta , luego de adulto en un taller , y despues reo sobre la cruz ? ¡ Feliz de mí si ahora que he salido , como es-

¹ Psalm. cix , 2.

pero, de la esclavitud del pecado, me dejara dominar siempre de Vos y de vuestro amor! ¡Oh mi rey Jesús! que sois tan amable y tan amante de nuestras almas, tomad posesion total de la mia, á Vos la entrego toda. Aceptadla, para que os sirva por siempre, pero por amor. Vuestra majestad merece ser temida; pero mas merece ser amada vuestra bondad. Vos, Rey mio, sois y seréis mi único amor; y el único temor que tendré en esta vida, será el de disgustaros. Así lo espero. Ayudadme con vuestra gracia. Amada Señora mia María, Vos me habeis de alcanzar el ser fiel á este amado Rey de mi alma.

MEDITACION V.

Formam servi accipiens. (Philip. II, 7).

Tomando forma de siervo.

Baja á la tierra el Verbo eterno para salvar al hombre; y ¿de dónde desciende? Del seno de su divino Padre, en el que desde la eternidad fue engendrado entre los resplandores de los Santos. Y ¿á dónde desciende? Al seno de una vírgen, hija de Adan, que respecto al seno de Dios no es sino un lugar de

horror ; de donde canta la Iglesia : *Non horruisti virginis uterum*. Sí, porque el Verbo, estando en el seno del Padre, es Dios como el Padre, inmenso, omnipotente, felicísimo y supremo Señor, en todo igual al Padre. Mas en el seno de María es criatura, pequeñito, débil, afligido, siervo y menor que el Padre. Cuéntase por prodigio grande de humildad que un san Alejo, hijo de un señor romano, quiso vivir de criado en la casa de su padre; pero ¿qué tiene que hacer la humildad de un tal Santo con la de Jesucristo? Entre hijo y criado del padre de aquel, habia alguna diferencia de condicion; mas entre Dios y siervo de Dios, hay una diferencia infinita. Por otra parte este Hijo de Dios, habiéndose hecho siervo de su Padre, por obedecerle se hizo tambien siervo de sus criaturas, esto es, de María y de José; pues, como nos dice san Lucas, *estaba sujeto á ellos* ¹. Además, se hizo siervo de Pilatos, que lo condenó á muerte, la cual aceptó obediente; se hizo finalmente siervo de los verdugos que quisieron azotarle, coronarle de espinas y crucificarle, obedeciendo Jesús humildemente á todos, so-

¹ Luc. II, 51.

meliéndose á sus manos. ¡Oh Dios! Y ¿nosotros rehusaríamos despues sujetarnos al servicio de este amable Salvador, que por redimirnos se ha sujetado á tantas servidumbres, tan penosas é indecorosas? Y por no ser siervos de este tan grande y tan amante Señor, ¿querríamos hacernos esclavos del demonio que no los ama, sí que los odia y los trata cual tirano, haciéndoles infelices y miserables en esta vida y en la otra? Pero, si hemos cometido esta gran locura, ¿por qué no salimos presto de esta infeliz esclavitud? Ea, pues, ya que hemos salido por la gracia de Jesucristo de la servidumbre del infierno, abracemos prontamente y estrechemos con amor aquellas dulces cadenas que nos hacen siervos y amantes de Jesucristo; las cuales nos obtendrán despues la corona del reino eterno entre los bienaventurados del paraíso.

Afectos y súplicas.

Amado Jesús mio, Vos sois el monarca del cielo y de la tierra; mas por amor mio os habeis hecho súbdito hasta de los verdugos, que os han despedazado las carnes, traspas-

sado la cabeza, y os han dejado finalmente enclavado sobre la cruz á morir de dolor. Yo os adoro por mi Dios y Señor, y me avergüenzo de comparecer en vuestra presencia, acordándome que tantas veces por cualquier mísero gusto he roto los santos vínculos, y os he dicho en vuestro rostro no querer servirlos. Sí, justamente, pues Vos me echais en cara: *Rompiste mis ataduras, y dijiste no serviré*¹. Pero me animan á esperar el perdón, ó Salvador mio; vuestros méritos y vuestra bondad, que no sabe despreciar un corazón que se arrepiente y humilla: *Cor contritum et humiliatum, Deus, nos despicies*. Confieso, Jesús mio, que sin razón os he disgustado; confieso que merezco mil infiernos por las ofensas que os he hecho; castigadme como querais, mas no me priveis de vuestra gracia y amor. Mé pesa sobre todo mal de haberos despreciado. Os amo con toda mi alma. Propongo de hoy en adelante querer solamente servir y amar á Vos. ¡Ah! por vuestros méritos ligadme con las cadenas de vuestro santo amor; no permitais que yo me vea suelto de ellas. Os amo sobre todas las cosas.

¹ Jerem. II, 20.

¡Oh libertador mio! yo estimo mas ser vuestro siervo que dueño de todo el mundo. Y ¿de qué sirve todo el mundo á quien vive privado de vuestra gracia? Jesús dulcísimo, no permitais que me separe de Vos. Esta gracia os pido, y esta gracia propongo buscar siempre; y os suplico que me concedais hoy la de repetiros en toda mi vida: *Jesús mio, no permitais que yo me separe mas de vuestro amor*. Lo mismo os pido á Vos ¡oh María! madre mia, ayudadme con vuestra intercesion, á no separarme mas de mi Dios.

MEDITACION VI.

Creavit Dominus novum super terram. (Jerem. xxxi, 22).

El Señor ha criado una cosa nueva sobre la tierra.

Antes de la venida del Mesías, el mundo estaba sepultado en una noche tenebrosa de ignorancia y de pecados. Apenas el verdadero Dios era conocido en un solo ángulo de la tierra, á saber, en la Judea. En lo restante reinaba la mas espantosa idolatría. Todo lo ocupaba la noche del pecado, el cual ciega á las almas y las llena de vicios, y las priva de ver el miserable estado en que viven, enemigas

de Dios, condenadas al infierno; pudiendo decir con el Salmista: *Pusiste tinieblas, y fue hecha la noche; en ella transitarán todas las bestias de la selva*¹. De estas tinieblas, pues, vino Jesús á libertar el mundo. Lo libró de la idolatría, dando á conocer al verdadero Dios, y lo libró del pecado con la luz de su doctrina y de sus divinos ejemplos; pues como dice san Juan: *Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo*². Predijo el profeta Jeremías, que Dios debía crear un nuevo niño, para ser el Redentor de los hombres: *Creavit Dominus novum super terram*³. Este nuevo niño fue Jesucristo; él es el Hijo de Dios, que enamora al paraíso, y es el amor del Padre, el cual habló de esta manera: *Este es mi Hijo el amado, en quien yo mucho me he complacido*⁴. Y este Hijo es aquel que se ha hecho niño, habiendo dado mas gloria y honor en el primer momento que ha sido criado, que le han dado y estarán para darle todos los Ángeles y Santos juntos por toda una eternidad. Por esto en el nacimiento de Jesús cantaron los Ángeles: *Gloria á Dios en*

¹ Psalm. ciii, 20. — ² I Joan. iii, 8. — ³ Jerem. xxxi, 22. — ⁴ Matth. xvii, 8.

las alturas. Ha dado, repito, á Dios mas gloria Jesús aun niño, que le quitaron todos los pecados de los hombres. Cobremos, pues, ánimo nosotrõs pobres pecadores, ofrezcamos al eterno Padre este Infante, presentémosle las lágrimas, la obediencia, la humildad, la muerte y los méritos de Jesucristo, y recompensarémos á Dios las injurias que le hemos hecho con nuestras ofensas.

Afectos y súplicas.

¡Ah mi Dios eterno! yo os he deshonrado posponiendo tantas veces vuestra voluntad á la mia, y vuestra santa gracia á mis viles intereses y miserables satisfacciones... ¿Qué esperanza de perdón habria para mí, si Vos no me hubiéseis dado á Jesucristo precisamente á este fin, para que fuese la esperanza de nosotros pecadores? Él es, dice el Apóstol, *propiciacion por los pecados nuestros*. Sí, porque Jesucristo sacrificándoos la vida en satisfaccion de las injurias que nosotros os hemos hecho, os ha dado mas honor que nosotros deshonor con nuestros pecados. Recibidme, pues, ó Padre mio, por amor de Jesucristo. Me arrepiento, ó bondad infinita,

de haberos ultrajado: *He pecado contra el cielo y en vuestra presencia; no soy digno de llamarme hijo tuyo.* Ciertamente yo no soy digno de perdon, pero es digno Jesucristo de ser oido de Vos. Él os rogó por mí un dia en la cruz: *Pater ignosce*, y ahora en el cielo os está diciendo, que me recibais por hijo: *Tenemos por abogado con el Padre á Jesucristo, que intercede por nosotros*, dice san Juan ¹. Recibid un hijo ingrato que antes os dejó, mas ahora vuelve resuelto á amaros otra vez. Sí, Padre mio, yo os amo, y quiero siempre amaros. ¡Ah! Padre mio, ahora que he conocido el amor que me habeis tenido, y la paciencia con que me habeis sufrido tantos años, no me fio de vivir mas sin amaros. Dadme un grande amor, que me haga siempre llorar los disgustos que he dado á Vos, Padre mio, tan bueno, y me haga siempre arder de amor hácia un Padre tan amante. Padre mio, yo os amo, yo os amo, yo os amo. ¡Oh María! Dios es mi Padre, y Vos sois mi Madre. Todo lo podeis con Dios, ayudadme, alcanzadme la santa perseverancia y su santo amor.

¹ I Joan. II, 1.

MEDITACION VII.

Deus Filium suum mittens in similitudinem carnis peccati, et de peccato damnavit peccatum in carne. (Rom. viii, 3).

Enviando Dios su Hijo en semejanza de carne de pecado, aun del pecado condenó al pecado en la carne.

Considera el humilde estado á que quiso abatirse el Hijo de Dios; no solo quiso tomar la forma de esclavo, sí que de esclavo pecador. Por cuya razon escribió san Bernardo : «No solo quiso tomar la condicion de siervo, «para sujetarse á otro, el que era Señor de «todas las cosas; sí que además la semejanza «de siervo delincuente, para ser castigado «como malhechor, el que era el Santo de los «Santos.» Á este fin quiso vestirse de aquella misma carne de Adan, que habia sido inficionada del pecado; y si bien no contrajo su mancha, tomó sobre sí nada menos que todas las miserias que la naturaleza humana habia contraído en pena del pecado. Nuestro Redentor, para alcanzarnos la salvacion, se ofreció voluntariamente al Padre á satisfacer por todas nuestras culpas. El Padre le cargó de todas nuestras maldades; y hé aquí al

Verbo divino, inocente, purísimo, santo, hé-lo cargado desde niño de todas las iniquidades, de las blasfemias, sacrilegios, fealdades y delitos de los hombres, hecho por amor nuestro el objeto de las divinas iras en razon del pecado, por el que se habia obligado á pagar á la divina justicia. Así que, tantas fueron las maldiciones que tomó sobre sí Jesucristo, cuantos fueron y serán los pecados mortales de todos los hombres. Venido que hubo al mundo, desde el principio de su vida se presentó al Padre cual reo y deudor de todas nuestras maldades; y como tal, fue condenado á morir ajusticiado y maldecido sobre la cruz: *Et de peccato damnavit peccatum in carne.* ¡Oh Dios! si el eterno Padre hubiese sido capaz de dolor ¿qué mayor pena hubiera experimentado, que la de verse obligado á tratar como reo, y reo el mas malvado del mundo, á aquel Hijo inocente, su amado, que era tan digno de su amor? *Ecce Homo*, dijo Pilatos cuando le mostró á los judíos azotado, para moverlos á compasion de aquel inocente tan maltratado. *Ecce Homo*, parece que el eterno Padre diga á todos nosotros, mostrándonoslo en el establo de Belen.

«Este pobre niño que veis, ó hombres, puesto en un pesebre de bestias, recostado sobre la paja, sabed que este es mi Hijo amado, que ha venido á cargar con vuestros pecados y vuestras penas; amadle, pues, porque es muy digno de vuestro amor, y os tiene muy obligados á amarle.»

Afectos y súplicas.

¡Ah! mi Señor inocente, espejo sin mancha, amor del eterno Padre, no os pertenecian los castigos y maldiciones; tocaban, sí, á mi pecador. Pero Vos habeis querido manifestar al mundo este exceso de amor, sacrificando vuestra vida para alcanzarnos el perdón y la salvación, pagando con vuestras penas las que nosotros merecíamos. Alaben y bendigan todas las criaturas vuestra misericordia y bondad infinita. Yo os doy gracias por parte de todos los hombres; pero especialmente por mí, ya que habiéndoos ofendido yo mas que los otros, habeis sufrido también mas por causa mia las penas á que os sujetásteis. Maldigo mil veces aquellos indignos placeres míos, que os han costado tantos dolores. Mas,

ya que habeis dado el precio de mi rescate, haced que no sea perdida para mí la sangre que por mi amor habeis derramado. Yo tengo dolor de haberos despreciado, amor mio, pero os lo pido mayor. Hacedme conocer el mal que os he hecho en ofenderos, mi Redentor y mi Dios, que habeis padecido tanto por obligarme á amaros. Os amo, bondad infinita, pero deseo amaros mas: quisiera amaros cuanto mereceis ser amado. Hacedos amar, ó Jesús mio, hacedos amar de mí y de todos, que bien lo mereceis. ¡Ah! iluminad á los pecadores que no os quieren conocer, ó no os quieren amar; hacedles entender qué es lo que habeis hecho por amor á ellos, y el deseo que teneis de su salvacion. Maria santísima, rogad á Jesús por mí, por mí y por todos los pecadores; alcanzadnos luz y gracia de amar á vuestro Hijo, que tanto nos ha amado...

MEDITACION VIII.

Deus autem, qui dives est in misericordia, propter nimiam charitatem suam qua dilexit nos, et cum essemus mortui peccatis, convivificavit nos Christo. (Ephes. II, 4, 5).

Mas, Dios, que es rico en misericordia, por su extremada caridad con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dió vida juntamente con Cristo.

Considera que la muerte del alma es el pecado; pues que este enemigo de Dios nos priva de la divina gracia, que es la vida del alma. Nosotros, miserables pecadores, por nuestras culpas estábamos ya todos muertos y condenados al infierno. Dios, por el inmenso amor que tenía á nuestras almas, quiso volvernos la vida, y ¿qué hizo? Envió á la tierra su Unigénito, para que muriere, á fin de que él mismo nos recobrase la vida con su muerte. Con razon, pues, el Apóstol llama á esta obra de amor, *extremada caridad*. Sí, porque no pudiera jamás esperar el hombre recibir de un modo tan amoroso la vida, si Dios no hubiese hallado esta manera de redimirle para siempre, *æterna redemptione in-*

venta ¹. Estaban todos los hombres muertos, y no habia redencion para ellos. Pero el Hijo de Dios, por las entrañas de su misericordia, viniendo del cielo, *oriens ex alto*, nos ha dado la vida; y por esto justamente llama el Apóstol á Jesucristo *nuestra vida*. Hé aquí á nuestro Redentor, que vestido ya de carne y hecho niño nos dice: *He venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia* ². Á este fin vino á tomar sobre sí la muerte, para darnos la vida. Razon es, pues, que nosotros vivamos solamente para aquel Dios que se ha dignado morir por nosotros: razon es que Jesucristo sea el único señor de nuestro corazon, ya que ha derramado su sangre, y dado la vida para ganárselo; porque, como dice san Pablo: *Por esto murió Cristo y resucitó, para ser Señor de muertos y de vivos* ³. ¡Oh Dios! ¿quién será aquel ingrato é infeliz, que creyendo por la fe haber muerto un Dios para cautivarse su amor, rehusé despues amarle; y renunciando á su amistad, quiera hacerse voluntariamente esclavo del infierno?

¹ Hebr. ix, 12. — ² Joan. x, 10. — ³ Rom. xiv, 9.

Afectos y súplicas.

¡Con qué, Jesús mio! si Vos no hubiéseis aceptado y sufrido la muerte por mí, yo habria quedado muerto en mi pecado, sin esperanza de salvarme, y de poder ya mas amaros! Pero despues que con vuestra muerte me habeis alcanzado la vida, yo de nuevo la he perdido voluntariamente tantas veces, volviendo á pecar! Vos habeis muerto por gannar mi corazon, y yo rebelándome contra Vos, lo he hecho esclavo del demonio. Os he perdido el respeto, y he dicho ño quereros por mi Señor. Todo es verdad; mas lo es tambien que Vos no quereis la muerte del pecador, si que se convierta y viva; y por esto habeis muerto, por darnos la vida. Yo me arrepiento de haberos ofendido, Redentor mio amado, y Vos perdonadme por los méritos de vuestra pasion; dadme vuestra gracia; dadme aquella vida que me habeis adquirido con vuestra muerte, y de hoy en adelante dominad plenamente en mi corazon. No, no quiero que sea mas dueño el demonio; él no es mi Dios, no me ama, nada tampoco ha pa-

decido por mí. Por lo pasado, no ha sido verdadero señor de mi alma, sino ladrón; Vos solo, Jesús mio, sois mi verdadero dueño, que me habeis criado, y redimido con vuestra sangre; Vos solo me habeis amado, y amado tanto. Razon es, pues, que sea solamente vuestro en el tiempo que me resta de vida. Decid qué es lo que quereis de mí, que todo quiero hacerlo. Castigadme como os plazca, yo todo lo acepto. Ahorradme solo el castigo de vivir sin vuestro amor, haced que os ame, y despues disponed como querais de mí. María santísima, refugio y consuelo mio, recomendadme á vuestro Hijo. Su muerte y vuestra intercesion son toda mi esperanza.

MEDITACION IX.

Dilexit nos, et tradidit semetipsum pro nobis. (Ephes. v, 2).

Nos amó y se entregó á si mismo por nosotros.

Considera como el Verbo eterno es aquel Dios infinitamente feliz en sí mismo; de manera que su felicidad no puede ser ya mas grande, ni la salvacion de todos los hombres

podia aumentarla , ni disminuirla cosa alguna. Y con todo , ha hecho , y padecido tanto por salvar á nosotros miserables gusanos, «que si su bienaventuranza (dice santo Tomás) hubiese dependido de la del hombre, «no habria podido padecer ni sufrir mas:» *Quasi sine ipso beatus esse non posset.* Y en verdad , si Jesucristo no pudiera haber sido bienaventurado sin redimirnos ¿cómo hubiera podido humillarse mas de lo que se ha humillado , hasta tomar sobre sí nuestras enfermedades , los abatimientos de la infancia, las miserias de la vida humana , y una muerte tan cruel é ignominiosa? Solo un Dios era capaz de amar con tanto exceso á nosotros miserables pecadores, que éramos tan indignos de ser amados. Dice un devoto autor, que si Jesucristo nos hubiese permitido pedirle las pruebas mas grandes de su amor, ¿quién jamás se habria atrevido á demandarle que se hiciese niño como nosotros, que se vistiese de todas nuestras miserias , y además fuese el mas pobre entre todos los hombres, el mas vilipendiado y el mas maltratado, hasta morir por manos de verdugos y á fuerza de tormentos sobre un infame patibu-

lo, maldecido y abandonado de todos, hasta de su mismo Padre que desampara el Hijo, por no dejarnos sepultados en nuestras ruinas? Pero lo que nosotros no nos habríamos ni aun atrevido á pensar, el Hijo de Dios lo pensó, y lo ha ejecutado. Desde niño se ha sacrificado por nosotros á las penas, á los oprobios y á la muerte. *Dilexit nos, et tradidit semetipsum pro nobis*. Nos ha amado, y por amor se nos ha dado á sí mismo, á fin de que ofreciéndole por víctima al Padre en satisfaccion de nuestras deudas, podamos por sus méritos alcanzar de la bondad divina cuantas gracias deseemos: víctima mas estimada al Padre, que si le fuesen ofrecidas las de todos los hombres, y de todos los Ángeles. Ofrezcamos, pues, nosotros siempre á Dios los méritos de Jesucristo, y por ellos pidamos y esperemos todo bien.

Afectos y súplicas.

¡Jesús mio! demasiada injusticia haria yo á vuestra misericordia y á vuestro amor, si despues que me habeis dado tantas muestras del afecto que me teneis, y de la voluntad

de salvarme, desconfiase de vuestra piedad y amor. ¡Mi amado Redentor! yo soy un pobre pecador, pero á estos habeis venido Vos á buscar, segun aquello que dijisteis: *No he venido á llamar los justos, sí los pecadores.* Soy un pobre enfermo, pero á estos habeis venido á curar. Estoy perdido por mis pecados, mas á tales perdidos habeis venido á salvar, *porque el Hijo del Hombre vino á salvar lo que habia perecido*¹. ¿Qué puedo temer, pues, si quiero enmendarme y ser vuestro? Solamente debo temer de mí y de mi debilidad; pero esta mi debilidad y pobreza debe aumentarme la confianza en Vos, que habeis protestado ser el refugio de los pobres, y escuchar sus deseos². Esta gracia, pues, os pido, Jesús mio, dadme confianza en vuestros méritos, y haced que por ellos siempre me encomiende á Dios. Padre eterno, salvadme del infierno, y antes del pecado por amor de Jesucristo. Por los méritos de este Hijo dadme luz para seguir vuestra voluntad: dadme fuerza contra las tentaciones; dadme el

¹ Matth XVIII, 11. — ² Factus est Dominus refugium pauperi. (Psalm. IX, 10). Desiderium pauperum exaudivit Dominus. (Psalm. X, 17).

don de vuestro santo amor. Y sobre todo os suplico me deis la gracia de pedirlos siempre que me ayudeis por amor de Jesucristo, el cual ha prometido que Vos concederéis cuanto os pidiéremos en su nombre. Si de esta manera continúo pidiéndoos, ciertamente me salvaré ; pero si no lo hago así , me perderé seguramente. María santísima , alcanzadme esta gracia suma de la oracion de perseverar encomendándome á Dios y tambien á Vos , que alcanzais de Dios cuanto quereis.

MEDITACION X.

Virum dolorum et scientem infirmitatem. (Isai. LIII, 3).

Varon de dolores y que sabe de trabajos.

Así llamó el profeta Isaías á Jesucristo , el *hombre de dolores* ; sí , porque este hombre fue engendrado para padecer , y desde niño comenzó á sufrir los mayores dolores que jamás habian sufrido los otros. El primer hombre Adan tuvo algun tiempo en que gozó en esta tierra las delicias del paraíso terrenal. Pero el segundo Adan , Jesucristo , no tuvo momento alguno de su vida que no estuviese

lento de afanes y agonías ; habiéndole ya afligido desde niño la vista funesta de todas las penas é ignominias que debia padecer en su vida , y especialmente despues en su muerte, sumergido en una tempestad de dolores y oprobios ; como ya predijo David por aquellas palabras : *He llegado á alta mar , y la tempestad me ha anegado* ¹. Jesucristo desde el vientre de María aceptó la obediencia dada á él por el Padre , acerca de su pasion y muerte : *Factus obediens usque ad mortem* ² ; pues que desde el vientre de María previó los azotes , y ofreció á estos sus carnes : previó las espinas y ofrecióles su cabeza : previó las bofetadas y ofreció sus mejillas : previó los clavos y ofreció las manos y los piés : previó la cruz y ofreció su vida. De aquí fue, que nuestro Redentor desde la primera infancia , en todos los momentos de su vida padeció un continuo martirio , y este le ofreció sin cesar por nosotros al eterno Padre. Pero lo que mas le afligió fue la vista de los pecados que debian cometer los hombres , aun despues de su penosa redencion. Conocia bien con su luz divina la malicia de todos los pecados , y para

¹ Psalm. LXVIII, 3. — ² Philip. II, 8.

quitarlos venia al mundo ; mas viendo además un número grande que se habian de cometer despues , esto dió mayor pena al corazon de Jesús, que las penas que han padecido y padecerán todos los hombres de la tierra.

Afectos y súplicas.

Dulce Redentor mio , ¿ cuándo será que yo comience á ser agradecido á vuestra bondad infinita? ¿ Cuándo comenzaré á reconocer el amor que me habeis tenido, y las penas que por mí habeis sufrido? Hasta aquí en vez de amor y gratitud os he dado ofensas y desprecios. ¿ Deberé, pues, seguir siempre viviendo ingrato á Vos, Dios mio, que nada habeis excusado por conquistaros mi amor? No , Jesús mio , no ha de ser así. Yo quiero en los dias que me restan de vida seros agradecido, y Vos me habeis de ayudar. Si os he ofendido, vuestras penas y vuestra muerte son mi esperanza. Vos habeis prometido perdonar al que se arrepiente. Yo me arrepiento con toda el alma de haberos despreciado. Cumplid vuestra palabra , amor mio , perdonadme. Ó mi amado Niño , en ese pesebré os contemplo

clavado ya en la cruz que teneis presente y aceptais por mí. Infante mio crucificado, os diré, yo os doy gracias y os amo. Vos sobre esa paja, padeciendo por mí, y preparándoos ya para morir por mi amor, me convidais y mandais que os ame diciendo: *Amarás al Señor tu Dios*. Y yo no deseo otro que amaros. Ya, pues, que de mí quereis ser amado, dadme todo el amor que de mí exigís. El amor hácia Vos es don vuestro, y el don mas grande que podeis hacer á un alma. Aceptad, ó Jesús mio, por amante vuestro un pecador que tanto os ha ofendido. Vos habeis venido del cielo á buscar las ovejuelas perdidas: buscadme, pues, que yo no busco á otro que á Vos. Quereis mi alma, y ella no quiere á otro que á Vos. Amais á quien os ama diciendo: *Diligentes me diligo*. Yo os amo, amadme tambien Vos, y si me amais, atadme á vuestro amor, y atadme de manera que no pueda separarme mas de Vos. María madre mia, ayudadme. Sea tambien vuestra gloria ver amado á vuestro Hijo de un miserable pecador, que antes tanto le ha ofendido.

MEDITACION XI.

Iniquitates nostras ipse portavit. (Isai. LIII).

Llevó sobre sí nuestras maldades.

Considera como el Verbo divino, haciéndose hombre, no solo quiso tomar la figura de pecador, sí que también cargar sobre sí todos los pecados de los hombres, y satisfacer por ellos como si fuesen propios, es decir, como si los hubiese cometido. Ahora pensemos de aquí en qué opresión y angustia debía hallarse el corazón del niño Jesús, que ya se había cargado con todos los pecados del mundo, viendo que la justicia divina pedía de él una plena satisfacción. Conocía bien la malicia de todo pecado, cuando con la luz de la divinidad que le acompañaba comprendía inmensamente, mas que todos los hombres y todos los Ángeles, la infinita bondad de su Padre, y el mérito infinito que tiene para ser respetado y amado. Después veía á las claras delante de sí innumerables pecados de los hombres, por los que debía él padecer y morir. Hizo ver el Señor una vez á santa Catalina de Génova la fealdad de una sola culpa

venial; y á tal vista, fue tan grande el espanto y el dolor de la Santa, que cayó desmayada en tierra. ¿Qué pena seria, pues, la de Jesús niño, al verse luego que vino al mundo presentado ante el inmenso cúmulo de maldades de todos los hombres, por las cuales debia satisfacer? « Ya entonces, dice san Bernardino de Sena, tuvo conocimiento de cada culpa en particular de todos los hombres. » Por esto añade el cardenal Hugo, que los verdugos le atormentaron exteriormente crucificándole; pero nosotros interiormente pecando; y mas afligió al alma de Jesucristo cada pecado nuestro, que afligió á su cuerpo la crucifixion y la muerte. Hé aquí, pues, la recompensa que ofreció á este divino Salvador cualquiera que se acuerde de haberle ofendido con pecado mortal.

Afectos y súplicas.

Mi amado Jesús, yo que hasta ahora os he ofendido, no soy digno de gracia; mas por el mérito de aquellas penas que padecisteis y ofrecisteis á Dios á la vista de todos mis pecados, satisfaciendo por ellos á la jus-

ticia divina, hacedme participante de la luz con que Vos entonces conocísteis su malicia, y de aquella aversion con que los deestásteis. Porque ¿se habrá de verificar, ó mi Salvador, que yo soy verdugo de vuestro corazon todos los momentos de vuestra vida, y aun mas cruel que cuantos os crucificaron? ¿Y que esta pena la he renovado y acrecentado siempre que he vuelto á ofenderos? Señor, Vos habeis muerto ya para salvarme; pero no basta para esto vuestra muerte; si yo de mi parte no detesto sobre todo mal y no tengo verdadero dolor de las ofensas que os he hecho. Mas este dolor tambien me lo habeis de dar Vos, que lo dais á quien os lo pide. Yo os lo pido por el mérito de todas vuestras penas que padecísteis en esta tierra: dádmelo tal, que corresponda á mi malicia. Ayudadme, Señor, á hacer este acto de contricion: Eterno Dios, sumo é infinito bien; yo miserable gusano he tenido el atrevimiento de perderos el respeto, y despreciar vuestra gracia. Yo detesto sobre todo mal y aborrezco la injuria que os he hecho; me arrepiento de ello con todo el corazon, no tanto por el infierno que he merecido, quanto por-

que he ofendido vuestra infinita bondad. Espero por los méritos de Jesucristo que me perdonaréis, y espero tambien con el perdon la gracia de amaros. Os amo, ó Dios digno de infinito amor, y siempre quiero repetiros, yo os amo, yo os amo, yo os amo, y como os decia vuestra amada santa Catalina de Génova estando al pié de vuestra cruz, de la misma manera yo que estoy á vuestros piés quiero deciros: «Señor mio, no mas pecados, no mas pecados.» No, Jesús mio, que Vos no mereceis ser ofendido, sí que solamente mereceis ser amado. Redentor mio, ayudadme. Madre mia María, socorredme, no os pido otra cosa que vivir amando á Dios en esta vida que me resta.

MEDITACION XII.

Dolor meus in conspectu meo semper. (Psalm. xxxvii, 18).

Mi dolor está siempre delante de mí.

Considera como todas las penas é ignominias que Jesús padeció en su vida y muerte, todas las tuvo presentes desde el primer.

instante de su vida; y todas ellas comenzó desde niño á ofrecerlas en satisfaccion de nuestros pecados, principiando desde entonces á hacer de Redentor. Él mismo reveló á un siervo suyo, que desde el primer momento de su vida hasta la muerte siempre padeció; y padeció tanto por los pecados de cada uno de nosotros, que si hubiese tenido tantas vidas cuantos son los hombres, tantas veces habria muerto de dolor, á no haberle conservado Dios la vida, para padecer mas. ¡Oh! ¡y qué martirio tuvo siempre el amante corazon de Jesús, al ver todos los pecados de los hombres! Dice santo Tomás ¹ que este dolor de Jesucristo en conocer la ofensa del Padre, y el daño que del pecado debia despues provenir á las almas de él mismo amadas, sobrepujó al dolor de todos los pecadores contritos, aun de aquellos que murieron de puro dolor. Si, porque ningun pecador ha amado jamás á Dios y á su propia alma tanto, quanto Jesús amaba al Padre y á nuestras almas. De aquí es, que aquella agonía padecida por el Redentor en el huerto á la vista de todas nuestras culpas, de cuya satisfaccion

¹ P. 3., q. 46, art. 6 ad 4.

se habia encargado, la padeció ya desde el vientre materno: *Pobre soy yo, y en trabajos desde mi juventud*¹. Así por boca de David predijo de sí nuestro Salvador, que toda su vida debia ser un continuo padecer. De esto deduce san Juan Crisóstomo, que nosotros no debemos afligirnos de otra cosa que del pecado; y que así como Jesús por los pecados nuestros fue afligido en toda su vida; así nosotros que los hemos cometido, debemos tener un continuo dolor, acordándonos de haber ofendido á un Dios que tanto nos ha amado. Santa Margarita de Cortona no cesaba de llorar sus culpas; un dia le dijo el confesor: Margarita, no mas, basta, el Señor ya te ha perdonado. ¡Cómo! respondió la Santa; ¿cómo pueden serme bastantes las lágrimas derramadas y el dolor por aquellos pecados que afligieron á mí Jesús durante toda su vida?

Afectos y súplicas.

Ved, Jesús mio, á vuestros piés el ingrato, el perseguidor que os ha tenido afligido

¹ Psalm. LXXXVII.

toda vuestra vida. Pero os diré con Ezequías: *Mas tú has librado mi alma de que no pereciese, echaste tras tus espaldas todos mis pecados*¹. Yo os he ofendido, os he traspasado con tantos como son mis pecados; mas Vos no habeis rehusado cargaros de todas mis culpas; yo espontáneamente he arrojado mi alma á arder en el infierno cuantas veces he consentido en ofenderos gravemente, y Vos, á costa de vuestra sangre, no habeis dejado de librarla y procurar no quedasé perdida. Amado Redentor mio, os doy gracias. Quisiera morir de dolor pensando que he maltratado tanto vuestra bondad infinita. Amor mio, perdonadme, y venid á tomar posesion de todo mi corazon. Habeis dicho «que no os desdeñaréis de entraros á quien os abre, y «estaros en su compañía².» Si en algun tiempo yo os he desechado, ahora os amo, y no deseo otro que vuestra gracia. Ved la puerta que está abierta, entrad luego en mi pobre corazon, pero entrad para no salir nunca. Él es pobre, mas entrando lo haréis rico. Yo seré rico, siempre que os poseyere á Vos, sumo bien. Ó Reina del cielo; Madre dolo-

¹ Isai. xxxviii, 17. — ² Apoc. iii, 20.

rida de Hijo dolorido, tambien yo os he sido motivo de pena, habiendo Vos participado de una gran parte de los dolores de Jesús. Perdonadme sin embargo, Madre mia, y alcanzadme la gracia de seros fiel, ahora que espero haya vuelto ya Jesús á mi alma.

MEDITACION XIII.

Baptismo habeo baptizari: et quomodo coarctor usque dum perficiatur? (Luc. XII, 50).

Con bautismo es menester que yo sea bautizado: ¿y cómo me angustio hasta que se cumpla?

Considera como Jesús padeció desde el primer momento de su vida; y todo lo padeció por amor nuestro. Él no tuvo en toda su vida otro interés despues de la gloria del Padre, que nuestra salvacion. Como Hijo de Dios, no tenia necesidad de padecer para merecerse el paraíso. Cuanto sufrió de penas, de pobreza y de ignominias, todo lo aplicó para merecernos la salvacion eterna. Así, pudiendo salvarnos sin padecer, quiso tomar una vida de dolores, pobre, despreciada y desamparada de todo alivio, con una muerte la mas desolada y amarga que jamás habia sufrido mártir ó penitente alguno; solo por

darnos á entender la grandeza del amor que nos tenia , y por ganarse nuestros afectos. Vivió treinta y tres años , y vivió suspirando porque se acercase la hora del sacrificio de su vida , que deseaba ofrecer para alcanzarnos la divina gracia y la gloria del paraíso. Este deseo le hizo decir : *Con bautismo es menester que yo sea bautizado ; ¿y cómo me angustio hasta que se cumpla ?* Deseaba ser bautizado con su propia sangre , no para lavar sus pecados , siendo él inocente y santo , sí los de los hombres , á quienes tanto amaba. Nos amó , y nos lavó en su sangre , dice san Juan¹. ¡ Oh exceso del amor de un Dios , que todos los hombres y todos los Ángeles no llegaron jamás á comprenderle y alabarle cuanto basta ! Pero lamentase san Buenaventura al ver la grande ingratitud de los hombres á tan grande amor , y se admira que nuestros corazones no se rasguen por la fuerza del amor de Dios². Se maravilla en otro lugar el mismo Santo de ver á un Dios padecer tantas penas , gemir en un establo , pobre en un taller , desangrado sobre una cruz , en suma , afligido y atri-

¹ Apoc. 1, 8. — ² Stigm. cap. 2.

bulado en toda su vida por amor de los hombres; y ver luego á estos no arder de amor por este Dios tan amante, y aun tener valor de despreciar su amor y su gracia. ¡Oh Dios! ¿cómo es posible comprender que os hayais reducido á tanto padecer por los hombres, y que haya de estos quienes ofendan tanto á Vos?

Afectos y súplicas.

Amado Redentor mio, entre estos ingratos que han pagado vuestro inmenso amor, vuestros dolores y vuestra muerte con disgustos y desprecios, mirad á mí, que soy uno de ellos. ¡Oh mi Jesús amado! ¿cómo viendo Vos la ingratitud que habia de usar, pudísteis amarme tanto, y resolveros á padecer tantos desprecios y penas por mí? Mas no quiero desesperarme. El mal está ya hecho. Dadme, pues, Señor, aquel dolor que me habeis merecido con vuestras lágrimas, pero que sea un dolor igual á mi iniquidad. Corazon amoroso de mi Salvador tan afligido y desconsolado un tiempo por amor mio; y ahora tan ardiente, mudadme el corazon, dadme otro

5*

que compense los disgustos que os he causado, un amor que iguale mi ingratitud. Ya me siento con un gran deseo de amaros, y os doy gracias porque vuestra piedad me ha trocado el corazon. Aborrezco sobre todo mal las ofensas que os he hecho; las detesto, las miro con horror. Estimo ahora mas vuestra amistad, que toda riqueza y todo reino. Deseo complaceros cuanto puedo. Os amo, ó amable infinito; mas veo que este mi amor es demasiado escaso. Aumentad Vos la llama, dadme mas amor; porque el vuestro debe ser correspondido con otro mucho mayor por mí, que tanto os he ofendido, y que en vez de castigos he recibido de Vos tan especiales favores. ¡Oh sumo bien! no permitais que yo viva mas tiempo ingrato á tantas gracias que me habeis hecho. Moriré por amor de Vos: diré con san Francisco, que os habeis dignado morir por amor mio. María, esperanza mia, ayudadme, rogad á Jesús por mí.

MEDITACION XIV.

Qua utilitas in sanguine meo, dum descendo in corruptionem? (Psalm. **xxix**, 10).

¿Qué provecho hay en mi sangre, si desciendo á la corrupcion?

Reveló Jesucristo á la venerable Águeda de la Cruz, que estando en el seno de María, la que mayor dolor le causó entre todas las penas, fue ver la dureza de los corazones de los hombres, que habian de menospreciar despues de su redencion las gracias que habia venido á derramar sobre la tierra. Y este sentimiento, bien pronto lo expresó él mismo por boca de David en las palabras del salmo arriba puestas, comunmente entendidas por los santos Padres, segun las explica san Isidoro; y es como sigue: *Dum descendo in corruptionem*, esto es, cuando desciendo á tomar la naturaleza humana tan corrompida de vicios y de pecados, Padre mio, parece que dijera el Verbo divino, yo voy á vestirme de carne, y luego á derramar toda mi sangre por los hombres; pero ¿qué provecho habrá en ella? La mayor parte de los hombres no harán caso de esta mi sangre, y seguirán ofendiéndome como

si nada hubiese yo hecho por su amor. Esta pena fue aquel cáliz amargo del cual pidió Jesús al eterno Padre le librase. ¡Qué cáliz! ver tanto desprecio de su amor! Esto le hizo aun clamar sobre la cruz: *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado* ¹? Reveló el Señor á santa Catalina de Sena, que el desamparo de que se lamentó era el ver que su Padre habia de permitir que su passion y su amor hubieran de ser desestimados de tantos hombres por quienes moria. Esta misma pena, pues, atormentaba á Jesús niño en el seno de María, al mirar desde allí tanta costa de dolores, de ignominias, de sangre y de una muerte cruel y afrentosa, con tan poco fruto. Vió ya entonces el santo Infante aquello que decia el Apóstol de muchos, ó mas bien la mayor parte, los cuales habian de hollar la sangre del Hijo de Dios, tenerla por vil y profanarla, ultrajando la gracia que esta misma sangre les adquiria ². Pero si hemos sido del número de estos ingratos, no desesperemos. Jesús al nacer viene ofreciendo la paz á los hombres de buena voluntad, como hizo anunciarlo por los Ángeles:

¹ Matth. xxvii, 46. — ² Hebr. x, 29.

et in terra pax hominibus bonæ voluntatis. Mu-
demos, pues, nuestra voluntad, arrepintién-
donos de nuestros pecados, y proponiendo
amar á este buen Dios; así hallaremos la
paz, esto es, la amistad divina.

Afectos y súplicas.

Amabilísimo Jesús mio, ¡cuánto os he he-
cho padecer aun en vuestra vida! Vos habeis
derramado la sangre por mí con tanto dolor
y con tanto amor; y hasta aquí ¿qué fruto
habeis sacado de mí? desprecios, disgustos
y ofensas. Pero, Redentor mio, yo no quie-
ro afligiros mas; espero que en lo venidero
vuestra pasion hará fruto en mí con vuestra
gracia, la cual veo me asiste ya. Habeis pade-
cido tanto, y habeis muerto por mí para que
os amase; quiero, pues, amaros sobre todo
bien; y por daros gusto, estoy pronto á sa-
crificar mil veces la vida. Padre eterno, yo
no tendré atrevimiento de comparecer de-
lante de Vos á pedir os ni perdon ni gra-
cia; mas vuestro Hijo me dice, que cual-
quiera gracia que pida en nombre suyo, me
la concederéis. Os ofrezco, pues, los méritos

de Jesucristo , y antes os pido en nombre del mismo un perdon general de todos mis pecados; os pido la santa perseverancia hasta la muerte , y sobre todo os pido el don de vuestro santo amor , que me haga vivir siempre segun vuestra voluntad divina. En cuanto á la mia , yo estoy resuelto á elegir antes mil muertes , que ofenderos , á amaros con todo el corazon , haciendo cuanto pueda por complaceros; mas para [todo esto os pido y de Vos espero la gracia de ejecutarlo. Madre mia, María , si Vos rogais por mí estoy seguro. Rogad , rogad , y no ceseis jamás de rogar si no me veis mudado y reducido como Dios me quiere.

MEDITACION XV.

Invenietis infantem positum in præsepio. (Luc. II , 12).

Hallaréis al Niño echado en un pesebre.

Contemplando la santa Iglesia este gran misterio y este gran prodigio de aparecer un Dios nacido en un establo , toda admirada exclama : *¡ Oh grande misterio , y admirable Sacramento ! que los animales viesen al Señor*

nacido recostado en un pesebre ¹. Para contemplar con ternura y amor el nacimiento de Jesús, debemos pedir al Señor que nos dé una fe viva ; porque si entramos sin fe en la gruta de Belen , no experimentaremos mas que un afecto de compasion , al ver un niño reducido á un estado tan pobre , que naciendo en el corazon del invierno , es reclinado en un pesebre de bestias , sin fuego , y en medio de una fria cueva. Pero si entramos con fe , y vamos considerando qué exceso de bondad y de amor ha sido el que un Dios haya querido reducirse á comparecer pequeño infante , estrechado entre las fajas , colocado sobre la paja , que gime , que tiembla de frio , que no puede moverse , que tiene necesidad de leche para vivir , ¿ cómo es posible que cada uno de nosotros nó se sienta atraído , y dulcemente obligado á dar todos sus afectos á este Dios niño , que se ha reducido á tal estado para hacerse amar ? Dice san Lucas , que los pastores despues de haber visitado á Jesús en el establo , se volvieron glorificando y loando á Dios por todas las cosas que habian oido y visto ². Y pues ¿ qué es lo

¹ Off. Nativ. — ² Luc. II, 20.

que habian visto? No otro que un pobrecito niño tiritando de frio, sobre unas pocas pajas; mas por cuanto estaban iluminados de la fe, reconocieron en aquel infante el exceso del amor divino; del cual inflamados iban despues alabando y glorificando á Dios en la contemplacion de haber tenido la suerte de ver un Dios anonadado y desmayado por amor de los hombres. *Exinanivit semetipsum.*

Afectos y súplicas.

¡Oh amable, oh mi dulce Niño! aunque os miro tan pobre sobre esa paja, yo os confieso y os adoro por mi Señor y Criador. Comprendo ya quién os ha reducido á estado tan miserable; ha sido el amor que me habeis tenido. Acordándome, pues, ó Jesús mio, de la manera que en lo pasado os he tratado, y de las injurias que os he hecho, me maravillo como habeis podido soportarme. ¡Malditos pecados! ¿qué habeis hecho? me habeis hecho llenar de amargura el corazon de este mi enamorado Señor. Ea, pues, mi amado Salvador, por los dolores que sufristeis, y por las lágrimas que derramásteis en

el establo de Belen , dadme lágrimas , dadme un gran dolor que haga llorar toda mi vida los disgustos que os he ocasionado. Dadme amor hácia Vos , pero un amor tal que compense las ofensas que os he hecho. Os amo, mi chiquito Salvador, os amo, Dios niño y amor mio , mi vida y mi todo. Os prometo de aquí en adelante no amar á otro que á Vos. Ayudadme con vuestra gracia , sin la que nada puedo. María , esperanza mia , Vos alcanzais cuanto quereis de este Hijo , alcanzadme su santo amor. Madre mia , escuchadme.

MEDITACION XVI.

Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris. (Isai. xii, 3).

Sacaréis aguas con gozo de las fuentes del Salvador.

Considera las cuatro fuentes de gracias, que nosotros tenemos en Jesucristo contempladas por san Bernardo ¹. La primera fuente es de misericordia , en la que nosotros podemos lavarnos de todas las suciedades del pecado. Esta fuente se formó para nosotros

¹ Serm. I in Nat.

con las lágrimas y con la sangre del Redentor; el que, como dice san Juan ¹, *nos amó, y nos lavó de nuestros pecados en su sangre.* La segunda fuente es de paz y consuelo en nuestras tribulaciones, pues el mismo Jesucristo nos dice: *Invócame en el día de la tribulación, y yo te consolaré. El que tiene sed de verdaderos consuelos aun en esta tierra, venga á mí, que le contentaré. Qui sitit veniat ad me*². *Quien pruebe las aguas de mi amor desdeñará para siempre las delicias del mundo, y se satisfará enteramente despues, cuando entrare en el reino de los bienaventurados; pues que el agua de mi gracia le elevará de la tierra al cielo*³. Así tambien la paz, que Dios da á las almas que le aman, no es la que ofrece el mundo en los placeres sensuales, que dejan en el alma mas amargura que paz. La que Dios da, sobrepuja á todos los deleites de los sentidos: *Pax quæ exuperat omnem sensum.* ¡Dichosos, pues, los que desean esta fuente divina! La tercera fuente es de devoción. ¡Oh! y cómo se hace devoto, y pronto á ejecutar las voces de Dios, y crecer siempre en la virtud, quien á menudo medita

¹ Apoc. I, 8. — ² Joan. VII, 37. — ³ Joan. IV, 13.

cuánto ha hecho Jesucristo por nuestro amor! Él será como el árbol plantado en la corriente de las aguas: *Erit tamquam lignum quod plantatum est secus decursus aquarum* ¹. La cuarta fuente es de amor. Quien medita los padecimientos y las ignominias de Jesucristo sufridas por nuestro amor, no es posible que deje de sentirse inflamado de aquel fuego santo que ha venido á encender en la tierra; segun aquellas palabras de David: *En mi meditacion se inflamará el fuego* ². Con lo que va dicho se verifica cumplidamente que el que se aprovecha de estas dichosas fuentes que nosotros tenemos en Jesucristo, sacará siempre de ellas aguas de gozo y de salvacion: *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris*.

Afectos y súplicas.

¡Oh mi dulce y amado Salvador, cuánto osdebo! ¡cuánto me habeis obligado á amaros, habiendo hecho por mí lo que no habrá hecho un hijo por su padre, ni un siervo por su señor! Sí, Vos me habeis amado mas que

¹ Psalm. 1, 3. — ² Psalm. xxxviii, 4.

otro alguno; razon es que yo os ame sobre todos los otros. Quisiera morir de dolor al pensar que Vos habeis padecido tanto por mí, y además habeis aceptado por amor mio la muerte mas dolorosa é ignominiosa que puede padecer un hombre; y ¡ tantas veces yo he despreciado vuestra amistad! ¡ Cuántas veces me habeis perdonado, y he vuelto á ofenderos! Pero vuestros méritos son mi esperanza. Ahora aprecio mas vuestra gracia, que todos los reinos de la tierra. Yo os amo, y por amor vuestro acepto toda pena, toda muerte. Y si no soy digno de morir por mano de verdugo para daros gloria, al menos acepto voluntariamente aquella muerte que me teneis destinada; y la acepto en el modo y en el tiempo que Vos dispongais. Madre mia, María, alcanzadme el vivir siempre y morir amando á Jesús.

MEDITACION XVII.

Orietur vobis sol justitiæ, et sanitas in pennis ejus.
(Malach. iv, 2).

Nacerá para vosotros el sol de justicia, y la salud bajo sus alas.

Vendrá vuestro Médico, dice el Profeta, á sanar los enfermos, y vendrá veloz como ave

que vuela, y cual sol que al asomar en el horizonte envia al momento su luz al otro polo. Pero hé aquí que ya ha venido. Consolémonos, pues, y démosle gracias, dice san Agustin, porque ha bajado hasta el lecho del enfermo, quiere decir, hasta tomar nuestra carne; puesto que nuestros cuerpos son los lechos de nuestras almas enfermas. Los otros médicos, por mucho que amen á los enfermos, solo ponen todo su cuidado para curarlos; pero ¿quién por sanarlos toma para sí la enfermedad? Jesucristo solo, ha sido aquel médico que se ha cargado con nuestros males, á fin de sanarlos. No ha querido mandar á otro, sino venir él mismo á practicar este piadoso oficio, para ganarse nuestros corazones. Ha querido con su misma sangre curar nuestras llagas, y con su muerte librarnos de la muerte eterna, de que éramos deudores. En suma, ha querido tomar la amarga medicina de una vida continuada de penas, y de una muerte cruel, para alcanzarnos la vida y librarnos de todos nuestros males. El cáliz que me ha dado el Padre ¿no lo tengo de beber? decia el Salvador á Pedro ¹. Fue, pues, necesario, que Je-

¹ Joan. XVIII, 11.

sucrismo abrazase tantas ignominias para sanar nuestra soberbia : abrazase una vida pobre para curar nuestra codicia : abrazase un mar de penas, hasta morir de puro dolor, para sanar nuestro deseo de placeres sensuales.

Afectos y súplicas.

Sea siempre loada y bendita vuestra caridad, Redentor mio. Y ¿qué sería de mi alma tan enferma, y afligida por tantas llagas, si no tuviese á Vos, Jesús mio, que me podeis y quereis sanar? ¡ Ah! sangre de mi Salvador, en tí confío; lávame y sáname: Me arrepiento, amor mio, de haberos ofendido. Vos para manifestarme el amor que me teneis, habeis llevado una vida tan atribulada, y sufrido una muerte tan amarga!... Yo quisiera manifestaros tambien mi amor; mas ¿qué puedo hacer miserable enfermo y tan débil? ¡ Oh Dios de mi alma! Vos podeis curarme, y hacerme santo, pues sois todopoderoso. Encended en mí un gran deseo de daros gusto. Renuncio á todas mis satisfacciones por agradaros, Redentor mio, que mereceis ser complacido á toda costa. ¡ Oh sumo Bien! yo os

estimo, y os amo sobre todo otro bien ; haced que os ame , y que os pida siempre vuestro amor. Hasta aquí os he ofendido, y no os he amado porque no he solicitado vuestro amor. Este busco ahora, y os pido la gracia de buscarlo siempre. Oidme por los méritos de vuestra pasión. ; Oh madre mia, María! Vos estais siempre dispuesta para oír á quien os ruega ; Vos amais á quien os ama. Yo os amo, pues, Reina mia ; alcanzadme la gracia de amar á Dios, y nada mas os pido.

MEDITACION XVIII.

Qui proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum. (Rom. VIII, 32).

El que aun á su propio Hijo no perdonó , sino que lo entregó por todos nosotros.

Considera que habiéndonos dado el eterno Padre á su mismo Hijo por mediador, por abogado cerca de él mismo, y por víctima en satisfaccion de nuestros pecados, nosotros no podemos ya desconfiar de alcanzar de Dios cualquiera gracia que le pidamos, valiéndonos del medio de un tal intercesor : ¿ *Cómo no nos donó con este Redentor todas las cosas?*

añade san Pablo. ¿Qué cosa nos negará ya Dios, no habiéndonos negado á su Hijo? Ninguna de nuestras súplicas merece ser oída ni atendida del Señor; porque no somos dignos de gracias, sí es de castigo por nuestros pecados; pero ciertamente merece ser oído Jesucristo que intercede por nosotros, y ofrece todos los padecimientos de su vida, su sangre y su muerte. No puede negar cosa alguna el Padre á un Hijo tan amado, que le ofreció un precio de infinito valor. Él es inocente, y aunque paga á la divina justicia es para satisfacer nuestras deudas; y su satisfaccion es infinitamente mayor que todos los pecados de los hombres. No seria justo que pereziese un pecador, el cual se arrepiente de sus culpas, y ofrece á Dios los méritos de Jesucristo, quien las ha satisfecho por él sobreabundantemente. Démosle, pues, gracias á Dios, y esperémoslo todo en los méritos de Jesucristo.

Afectos y súplicas.

No, mi Dios y mi Padre, no puedo ya desconfiar de vuestra misericordia; no puedo te-

mer que me negueis el perdon de todas las ofensas que os he hecho, y que no me deis todas las gracias que necesito para salvarme, cuando me habeis dado á vuestro Hijo á fin de que os lo ofrezca por mí. Vos puntualmente para perdonarme y hacerme merecedor de vuestras gracias, me lo habeis donado y me mandais que os le ofrezca, y que por sus méritos espere mi salvacion. Yo os ofrezco, pues, los merecimientos de vuestro hijo Jesús, y por ellos espero la gracia que reparé mi debilidad, y todos los daños que me he acarreado con mis pecados. Me arrepiento, bondad infinita, de haberos ofendido; yo os amo sobre todas las cosas, y de hoy en adelante os prometo no amar á otro que á Vos; pero este mi propósito ¿de qué servirá, si Vos no me ayudais? Por el amor de Jesucristo dadme la santa perseverancia y vuestro amor; dadme luz y fuerza para seguir en todo vuestra santa voluntad. Fiado en los méritos de vuestro Hijo, espero que me oiréis. María, madre y esperanza mia, tambien os suplico por amor del mismo Jesucristo que me alcanceis estas gracias. Madre mia, escuchadme.

MEDITACIONES

PARA LOS NUEVE DIAS ANTES DE LA NATIVIDAD.

MEDITACION I.

Dedi te in lucem gentium, ut sis salus mea usque ad extremum terræ. (Isai. XLIX, 6).

Yo te he establecido para que seas luz de las naciones hasta los extremos de la tierra.

Considera como el eterno Padre dijo á Jesu-cristo en el instante de su concepcion estas palabras : *Hijo, yo te he dado al mundo por luz y vida de las gentes, á fin de que procures su salvacion, que estimo tanto como si fuese la mia.* Es necesario, pues, que te emplees todo en beneficio de los hombres. Es por lo mismo preciso que al nacer padezcas una extremada pobreza, para que el hombre se haga rico. Es menester que seas vendido como esclavo, para que adquieras al hombre la libertad ; y que como tal esclavo seas azotado y crucificado, para satisfacer á mi justicia la pena debida por el hombre. Has de dar la vida por librar al hombre de la muerte

eterna. En suma, sabe que no eres mas tuyo, sino del hombre. De esta manera, Hijo mio, este se rendirá á amarme y á ser mio, viendo que le doy sin reserva á tí mi Unigénito, y que nada mas me resta que darle. Así amó Dios al mundo : *Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret.* ¡ Oh amor infinito, digno solamente de un Dios infinito, quien de tal modo amó al mundo que dió su Unigénito !

Á esta propuesta Jesús no se entristece, sí que se complace en ella, la acepta con amor y se regocija. Desde el primer momento de su encarnacion Jesús se da tambien todo al hombre, y abraza con gusto cuantos dolores é ignominias debe sufrir en la tierra por amor del mismo. Estos fueron, dice san Bernardo, los montes y colinas que debia atravesar con tanta presura y fatiga; cual nos le representa la Esposa cuando dice: *Ved á mi amado, que viene saltando por los montes, atravesando collados*¹. Pondera aquí como el Padre divino enviando el Hijo á ser nuestro Redentor, y poner la paz entre Dios y los hombres, se ha obligado en cierto modo á perdonarnos

¹ Cant. II, 8.

y amarnos por razon del pacto que hizo de recibirnos en su gracia ; puesto que el Hijo ha de satisfacer por nosotros á la divina justicia. Á su vez el Verbo divino , habiendo aceptado el encargo del Padre , el que (enviándolo á redimirnos) nos lo daba, se ha obligado á amarnos, no ya por nuestros méritos, sí por cumplir la piadosa voluntad del Padre.

Afectos y súplicas.

Amado Jesús mio , si es verdad como dice la ley que con la donacion se adquiere el dominio ; ya que vuestro Padre os ha donado á mí, Vos sois todo mio ; por mí habeis nacido, y bien puedo decir que sois mio , y todas vuestras cosas son tambien mias. Mia es vuestra sangre , mios son vuestros méritos , mia es vuestra gracia , mio es vuestro paraíso. Y si Vos sois mio, ¿quién podrá jamás separaros de mí? Nadie puede quitarme á Dios, decia con júbilo san Antonio Abad. Del mismo modo yo en lo sucesivo quiero ir diciendo: Solamente por mi culpa puedo perderos y separarme de Vos. Pero , Jesús mio , si en lo

pasado os he dejado y os he perdido , ahora estoy resuelto á perder la vida y todo antes que perder á Vos, bien infinito y único amor de mi alma. Os doy gracias , ó Padre eterno , de haberme dado á vuestro Hijo ; y ya que Vos le habeis donado todo , yo me entrego sin reserva á Vos. Por amor de este Hijo , aceptadme y estrechadme con lazos de amor á este mi Redentor ; pero estrechadme de manera , que pueda decir con san Pablo : ¿ Quién me separará del amor de Jesucristo ? ¿ Qué bienes del mundo podrán jamás apartarme de mi Salvador ? Y Vos , Jesús , si sois todo mio , sabed que yo soy todo vuestro. Disponed de mí y de todas mis cosas como os plazca ; porque ¿ cómo podré negar cosa alguna á un Dios que no me ha negado la sangre ni la vida ? María , madre mia , custodiadme bajo vuestra proteccion . No quiero ya ser mas mio , quiero ser todo de mi Señor . Pensad en hacerme fiel ; en Vos confio .

MEDITACION II.

Hostiam et oblationem noluisti, corpus autem aptasti mihi. (Hebr. x, 5).

Sacrificio y ofrenda no quisiste, mas me apropiaste cuerpo.

Considera la grande amargura de que debia sentirse afligido y oprimido el corazon de Jesús en el seno de María en aquel primer instante en que el Padre le propuso la série de trabajos, desprecios, dolores y agonías que habia de padecer en su vida, para librar á los hombres de sus miserias. Ya Jesús habia dicho por el profeta Isaías: *El Señor me levanta por la mañana, y yo no me resisto, mi cuerpo di á los que me herian*¹; como si dijera: Desde el primer momento de mi concepcion, mi Padre hizome entender su voluntad de que yo llevase una vida de penas, para ser al fin sacrificado sobre la cruz. Y ¡oh almas! todo lo acepté por vuestra salvacion, y desde entonces entregué mi cuerpo á los azotes, á los clavos y á la muerte. Pondera aquí que cuanto padeció Jesucristo en su pasion, todo se le puso delante, estando aun en el

¹ Isai. l, 4.

vientre de su Madre, y todo lo aceptó con amor; pero al hacer esta aceptación, y al vencer la natural repugnancia de los sentidos ¡oh Dios! ¡qué angustias y opresión no padeció el corazón de Jesús! Comprendió bien lo que primeramente había de sufrir, con estar encerrado por nueve meses en aquella cárcel oscura del vientre de María; con las humillaciones y penalidades del nacimiento, siendo el lugar de este una gruta fría que servía de establo á las bestias; con haber de pasar después treinta años entretenido y envilecido en el taller de un artesano: al ver, por fin, que había de ser tratado por los hombres de ignorante, de esclavo, de seductor, y reo de muerte, la más infame y dolorosa que se daba á los malvados. Todo, pues, lo aceptó el Redentor nuestro en todos los momentos, y en todos ellos venía á padecer reunidas en sí mismo todas las penas y abatimientos que después había de sufrir hasta la muerte. El mismo conocimiento de su dignidad divina le hacía sentir más las injurias que estaba para recibir de los hombres, diciéndonos por el Profeta: *Mi ignominia está todo el día delante de mí.* Continuamente tuvo á la vista la vergüenza,

especialmente aquella que debia causarle algun dia verse despojado, desnudo, azotado y colgado de tres garfios de hierro, terminando así su vida entre los vituperios y las maldiciones de aquellos mismos por quienes moria. Hízose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Y ¿por qué? Por salvar á nosotros miserables pecadores.

Afectos y súplicas.

Amado Redentor mio, ¡cuánto os costó desde que entrásteis en el mundo el levantarme de la ruina que yo me he ocasionado con mis pecados! Pues Vos, por librarme de la esclavitud del demonio, al que yo mismo pecando me he vendido voluntariamente, habeis aceptado ser tratado como el peor de los esclavos. Y sabiendo yo esto, he tenido valor de amargar tantas veces vuestro amabilísimo corazón que me ha amado tanto! Mas, ya que Vos siendo inocente y mi Dios, habeis abrazado una vida y una muerte tan penosa, yo acepto, ó Jesús mio, por amor vuestro todas las penas que me vendrán de vuestras manos. Las acepto y las abrazo, porque me

vienen de aquellas manos que han sido un día traspasadas á fin de librarme de las penas del infierno tantas veces merecido. Vuestro amor, ó Redentor mio, en ofreceros á padecer tanto por mí, me obliga sobremanera á aceptar por Vos toda pena, todo desprecio. Dadme, Señor mio, por vuestros méritos vuestro santo amor. Este me hará dulces y amables todos los dolores y todas las ignominias. Yo os amo sobre todas las cosas, os amo con todo el corazón, os amo mas que á mí mismo. Vos en toda vuestra vida me dísteis tan repetidas y tan grandes señales de vuestro afecto ; pero yo ingrato hasta aquí, he vivido tantos años en el mundo ; y ¿ qué señal de amor os he dado ? Haced, pues, ó mi Dios, que en los años que me restan de vida, os dé alguna prueba de que os amo. No me fio de llegar-me á Vos, cuando me habréis de juzgar, sin haber hecho antes alguna cosa por amor vuestro. Mas ¿ qué puedo hacer yo sin vuestra gracia ? Otra cosa no puedo, sino pedir os que me socorrais ; y aun esta mi súplica es gracia vuestra. Jesús mio, socorredme por los méritos de vuestras penas y de la sangre que habeis derramado por mí. María santísima,

recomendadme á vuestro Hijo , por el amor que le tuvisteis. Mirad que yo soy una de aquellas ovejuelas por las que vuestro Hijo ha muerto.

MEDITACION III.

Parvulus natus est nobis, et Filius datus est nobis. (Isai. ix, 6).

Ha nacido un chiquito para nosotros, y un hijo se ha dado á nosotros.

Considera como despues de tantos siglos, despues de tantos ruegos y suspiros, aquel Mesías, que no fueron dignos de ver los santos Patriarcas y Profetas, el suspirado de las gentes, nuestro Salvador vino por fin, ha nacido ya y se ha dado todo á nosotros. El Hijo de Dios se ha hecho pequeñito, para hacernos grandes: se ha dado todo á nosotros, para que nosotros nos demos todos á él; y ha venido á manifestarnos su amor, para que nosotros le correspondamos con el nuestro. Recibámoslo, pues, con afecto, amémosle, y recurramos al mismo en todas nuestras necesidades. Los niños, dice san Bernardo, son fáciles en dar aquello que se les pide. Jesús

ha querido venir tal , por manifestarse propenso y fácil á darnos sus bienes , ya que todos los tesoros están en sus manos, y en ellas puso el Padre todas las cosas, nos dice san Juan ¹. Si queremos luz, él por esto ha venido para iluminarnos. Si queremos fuerza para resistir á los enemigos, Jesús ha venido para confortarnos. Si queremos el perdón y la salvación , él ha venido para perdonarnos y salvarnos. Si, finalmente, queremos el sumo don del amor divino , él ha venido para inflamarnos ; y por esto, sobre todo, se ha hecho niño , y ha querido presentarse á nosotros pobre y humilde, para apartar de nosotros todo temor y conquistarse nuestro amor, dice san Pedro Crisólogo: *Taliter venire debuit, qui voluit timorem pellere, quærere charitatem*. Por otra parte, Jesús ha querido venir de chiquito , para hacerse amar de nosotros, con amor no solo apreciativo, sí también tierno. Todos los niños saben ganarse un especial cariño de quien los guarda. ¿ Quién, pues, no amará con toda la ternura á un Dios viéndole hecho niñito, menesteroso de leche, temblando de frío, pobre, envilecido y aban-

¹ Joan. III, 35.

donado, que llora, que da vagidos en un pesebre sobre la paja? Esto hacia exclamar al enamorado san Francisco: Amemos al Niño de Belen, amemos al Niño de Belen. Almas, venid á amar á un Dios hecho pobre, pequeñito, que es tan amable, y que ha bajado del cielo para darse todo á nosotros.

Afectos y súplicas.

¡Oh amable Jesús, de mí tan despreciado! Vos habeis bajado del cielo á rescatarnos del infierno y daros todo á nosotros; ¿cómo, pues, hemos podido volveros tantas veces las espaldas, sin hacer caso de vuestros favores? ¡Oh Dios! los hombres son tan agradecidos con las criaturas, que si cualquiera les hace un regalo, si les envia una visita de léjos, si les muestra una señal de afecto, no se olvidan de ella y se sienten obligados á corresponderles; y al mismo tiempo son tan ingratos con Vos, que sois su Dios tan amable, y que por su amor no habeis rehusado dar la sangre y la vida! Mas, ¡ay de mí! que he sido para con Vos peor que los demás, porque he sido mas amado y mas ingrato que los

otros. ¡ Ah! si las gracias que me habeis dispensado las hubiéseis hecho á un hereje ó á un idólatra, aquellos se habrian vuelto santos, y yo os he ofendido. ¡ Ah! no os acordeis, Señor, de las injurias que os he hecho. Vos, ya lo habeis dicho, que cuando el pecador se arrepiente os olvidais de todos los ultrajes recibidos: *Omnium iniquitatum ejus non recobor*. Si por lo pasado no os he amado, para lo sucesivo no quiero hacer otra cosa que amaros. Vos os habeis dado todo á mí, y yo os doy toda mi voluntad. Con esta yo os amo, yo os amo, yo os amo, y quiero repetirlo siempre. Así diciendo, quiero vivir y morir, espirando el último aliento con estas dulces palabras en mi boca: *mi Dios, os amo*, para comenzar desde el momento que entrare en la eternidad un amor continuo hácia Vos, que durará eternamente, sin cesar jamás de amaros. Entre tanto, Señor mio, mi único bien y amor, propongo anteponer vuestra voluntad á todo placer mio. Venga todo el mundo, yo lo rechazo, que no quiero, no, dejar mas de amar á quien tanto me ha amado; no quiero disgustar mas á quien merece de mí un amor infinito. Ayudad Vos, Jesús

mio, con vuestra gracia este mi deseo. Reina mia, María, reconozco deber á vuestra intercesion todas las gracias que he recibido de Dios; no dejeis de interceder por mí. Alcanzadme la perseverancia, Vos que sois la madre de ella.

MEDITACION IV.

Dolor meus in conspectu meo semper. (Psalm. xxxvii, 18).

Mi dolor está siempre delante de mí.

Considera como en aquel primer instante en que fue criada y unida el alma de Jesucristo á su cuerpecito en el seno de María, el Padre eterno intimó al Hijo su voluntad, de que muriese por la redencion del mundo; y en aquel mismo instante le presentó delante toda la escena funesta de las penas que debia sufrir hasta la muerte, para redimir á los hombres. Le manifestó ya entonces todos los trabajos, desprecios y pobreza que habia de padecer en toda su vida, así en Belen, como en Egipto y en Nazaret; y despues le descubrió todos los dolores y las ignominias de su pasion, los azotes, las espinas, los clavos

y la cruz; todos los tédios, las tristezas, las agonías y los abandonos en medio de los que habia de concluir su vida sobre el Calvario. Abrahan, llevando el Hijo á la muerte, no quiso afligirle con anticiparle el aviso de ella, por aquel poco tiempo que necesitaba para llegar al monte. Pero el eterno Padre quiso que su Hijo encarnado, destinado por víctima de nuestros pecados á su divina justicia, padeciese con mucha anticipacion todas las penas á que debia sujetarse en su vida y en su muerte. De donde fue, que aquella tristeza sufrida por Jesús en el huerto, bastante para quitarle la vida, la padeció continuamente desde el primer momento que estuvo en el vientre de su Madre. Así que, desde entonces sintió vivamente y sufrió el peso reunido de todos los trabajos, dolores y vituperios que le esperaban. Toda la vida de nuestro Redentor, y todos sus años, fueron vida y años de pena y de lágrimas, diciéndonos él mismo por boca de David: *Con el dolor ha desfallecido mi vida, y mis años con los gemidos* ¹. Su divino corazon no tuvo un momento libre de padecimientos: ó velaba, ó

¹ Psalm. xxx, 11.

dormia, ó trabajaba, ó descansaba, ú oraba ó conversaba; siempre tenia delante de sus ojos aquella amarga representacion; la cual atormentaba mas su alma santísima, que han atormentado á los santos Mártires todas sus penas. Estos han padecido, pero ayudados de la gracia padecian con alegría y fervor. Jesucristo padeció mas, padeció siempre con un corazon lleno de tristeza, y todo lo aceptó por amor á nosotros.

Afectos y súplicas.

¡Oh dulce, oh amable, oh amante corazon de Jesús! ¿luego ya desde Niño estuvísteis lleno de amargura, y agonizásteis en el seno de María, sin consuelo y sin quien os mirase, ó al menos se compadeciese de Vos? Todo esto lo sufrísteis, ó Jesús mio, á fin de satisfacer por la pena y agonía eterna que á mí tocaba padecer por mis pecados. Vos, pues, padecísteis falto de todo alivio porque me salvase yo, que he tenido el atrevimiento de abandonar á Dios y volverle las espaldas. Os doy gracias ¡oh Corazon afligido y enamorado de mi Señor! Os doy gracias, y

os compadezco especialmente de ver que tanto padecísteis por los hombres; y estos tan poco os compadecen. ¡ Oh amor divino! ¡ Oh ingratitud humana! ¡ oh hombres, hombres! mirad á este pequeño corderito inocente, angustiado por vosotros, para satisfacer á la justicia divina las injurias que le habeis hecho. Alended como él está rogando é intercediendo por vosotros cerca del eterno Padre: miradle y amadle. ¡ Ah! mi Redentor! ¡ Cuán pocos son los que piensan en vuestros dolores y en vuestro amor! ¡ Oh Dios! ¡ cuán pocos son los que os aman! Pero ¡ miserable de mí! que tambien he vivido por tantos años olvidado de Vos! Habeis padecido tanto para que os amase, ¡ y nada os he amado! Perdonadme, Jesús mio, perdonadme, que ya quiero enmendarme y quiero amaros. ¡ Pobre de mí, si resisto por mas tiempo á vuestra gracia y me condeno! Todas las misericordias de que habeis usado conmigo, y especialmente vuestra dulce voz que ahora me llama á amaros, serán mis mayores penas en el infierno. Amado Jesús, tened piedad de mí, no permitais que viva mas ingrato á vuestro amor; dadme luz, dadme fuerza de vencerlo todo, para

cumplir vuestra voluntad. Escuchadme os ruego, por los méritos de vuestra pasión. En esta yo todo lo confío, y en vuestra intercesión. ¡Oh María, madre mía amada! socorredme. Vos sois aquella, que habeis alcanzado todas las gracias que yo he recibido de Dios. Os doy gracias, pero si Vos no continuais en socorrerme, yo seguiré en ser infiel como lo he sido hasta aquí...

MEDITACION V.

Oblatus est, quia ipse voluit. (Isai. LIII, 7).

Se ofreció, porque él mismo lo quiso.

El Verbo divino, en el primer instante que se vió hecho hombre y niño en el vientre de María, todo se ofreció por sí mismo á las penas y á la muerte por el rescate del mundo. Sabia que todos los sacrificios de los machos de cabrío, y de los toros ofrecidos anteriormente á Dios, no habian podido satisfacer por las culpas de los hombres; sí que se necesitaba una persona divina que pagase por estos el precio de su redención. Por lo que dijo Jesús al entrar en el mundo aquellas pala-



bras que san Pablo pone en su boca: *Padre mio, todas las víctimas ofrecidas á Vos hasta aquí, no han bastado, ni podían bastar á satisfacer vuestra justicia*: me habeis dado un cuerpo pasible, para que con la efusion de mi sangre os aplaque, y salve á los hombres; héme pronto, todo lo acepto, y en todo me someto á vuestro querer. Repugnaba este sacrificio la parte inferior de Jesús, que como hombre naturalmente rehusaba aquella vida y aquella muerte tan llena de penas y de oprobios; pero venció la parte superior de la razon, que estaba toda subordinada á la voluntad del Padre, y todo lo aceptó; comenzando Jesús á padecer desde aquel punto cuantas angustias y dolores debia sufrir en los años de su vida. Así se condujo nuestro Redentor desde el primer momento de su entrada en el mundo. Mas ¡oh Dios! ¿cómo nos hemos portado nosotros con Jesús, desde que comenzamos á conocer con la luz de la fe los sagrados misterios de su redencion? ¿Qué pensamientos, qué designios, qué bienes hemos amado? Placeres, pasatiempos, soberbias, venganzas, sensualidad... Hé aquí los bienes que han aprisionado los afectos de

nuestro corazón. Pero si tenemos fe es necesario ya mudar de vida y amor. Amemos á un Dios que tanto ha padecido por nosotros. Pongámonos delante las penas del corazón de Jesús sufridas desde niño por nosotros; y de esta manera no podremos amar otro que este corazón, el cual tanto nos ha amado.

Afectos y súplicas.

Señor mío, ¿quereis saber de mí cómo me he portado con Vos en mi vida? Desde que comencé á tener uso de razón, comencé también á despreciar vuestra gracia y vuestro amor. Vos mejor lo sabeis que yo; pero me habeis sufrido, porque aun me quereis bien. Huía de Vos, y os habeis acercado llamándome. Aquel mismo amor que os hizo bajar del cielo para venir á buscar la oveja perdida, ha hecho que me sufriéseis tanto, y no me abandonáseis. Jesús mío, ahora Vos me buskais, y yo os busco también. Siento ya que vuestra gracia me asiste; me asiste con el dolor de mis pecados, que aborrezco sobre todo mal; me asiste con el grande deseo que tengo de amaros y daros gusto. Sí,

mi Señor, os quiero amar y complacer o quanto pueda. Por una parte, me da verdadero temor mi fragilidad y debilidad, contraída por causa de mis pecados; pero por otra, es mas grande la confianza que me da vuestra gracia, haciéndome esperar en vuestros méritos, y dándome grande ánimo para decir: *Todo lo puedo en quien me conforta*. Si soy débil, Vos me daréis fuerza contra los enemigos: si estoy enfermo, espero que vuestra sangre será mi medicina: si soy pecador, confío que Vos me haréis santo. Conozco que por lo pasado soy culpable de mi ruina, porque en los peligros he dejado de recurrir á Vos. De hoy en adelante, Jesús mio y esperanza mia, á Vos quiero siempre recurrir; y de Vos espero toda ayuda, todo bien. Yo os amo sobre todas las cosas, ni quiero amar á otro que á Vos. Ayudadme por piedad, por el mérito de tantas penas que desde niño habeis sufrido por mí. ¡Eterno Padre! por amor de Jesucristo aceptad que yo os ame. Si yo os he enojado, aplacaos con las lágrimas de Jesús niño, que os ruega por mí: *Respice in faciem Christi tui*. Yo no merezco gracias, pero las merece este Hijo inocente, que os

ofrece una vida de penas, á fin de que Vos useis conmigo de misericordia. Y Vos, madre de misericordia, María, no dejeis de interceder por mí. Sabeis cuánto confío en Vos, y yo sé bien que no abandonais á quien á Vos recurre.

MEDITACION VI.

Factus sum sicut homo sine adjutorio, inter mortuos liber. (Psalm. LXXXVII, 5).

He venido á ser como hombre sin socorro, libre entre los muertos.

Considera la vida penosa que tuvo Jesucristo en el seno de su Madre, por la prision tan larga, estrecha y oscura que allí padeció por nueve meses. Es verdad que los otros niños están en el mismo estado; mas ellos no sienten las incomodidades, porque no las conocen. Pero Jesús las conocia bien, porque desde el primer instante de su vida tuvo perfecto uso de razon. Tenia sentidos, y no podia servirse de ellos; tenia ojos, y no podia ver; tenia lengua, y no podia hablar; manos, y no las podia extender; piés, y no podia andar; así que por nueve meses hubo de es-

tar encerrado como en un sepulcro. *He venido á ser*, nos dice él mismo por David, *como hombre sin socorro, libre entre los muertos*. Él era libre, porque voluntariamente se habia hecho prisionero de amor en aquella cárcel; pero el amor le privaba el uso de la libertad, y allí le tenia estrechado con cadenasque no le permitian moverse. ¡Oh grande paciencia del Salvador! exclama san Ambrosio, pensando en las penas de Jesucristo mientras estaba en el seno de María. Fue para el Redentor el vientre de María cárcel voluntaria, porque fue prision de amor; mas por otra parte no fue injusta. Era á la verdad inocente, pero se habia ya ofrecido á pagar nuestras deudas, y á satisfacer por nuestros delitos. Con razon, pues, la divina justicia lo tiene de tal manera encarcelado, comenzando con esta pena á exigir del mismo la merecida satisfaccion. Mira á qué se reduce un Hijo de Dios por amor de los hombres; se priva de su libertad, y se pone en cadenas, para librarnos de las del infierno. Mucho, pues, merece ser reconocida con gratitud y con amor la gracia de nuestro libertador y fiador, quien, no por obliga-

cion , sí solo por afecto se ha ofrecido á pagar, y ha pagado por nosotros los débitos y las penas, dando por ellas su vida divina. No olvides, dice el Eclesiástico , el favor del que te salió por fiador , porque puso su alma por tí: *Gratiam fideijussoris ne obliviscaris: dedit enim pro te animam suam* ¹.

Afectos y súplicas.

Sí, Jesús mio, tiene razon el escritor sagrado de advertirme que no me olvide de la inmensa gracia que Vos me habeis hecho. Yo era el deudor, yo el reo , y Vos el inocente. Vos, mi Dios, habeis querido satisfacer por mis pecados con vuestras penas y con vuestra muerte. Mas, despues de esto, yo me he olvidado de tan grande gracia y de vuestro amor: he tenido atrevimiento de volveros las espaldas, como si no fuéseis mi Señor, y aquel Señor que tanto me ha amado. Pero si hasta aquí me he olvidado, no quiero, Redentor mio, olvidarme mas. Vuestras penas y vuestra muerte serán mi continuo pensamiento; y estas me recordarán siempre el

¹ Eccli. xxix, 20.

amor que me habeis tenido. Maldigo aquellos días en los cuales, olvidado yo de lo que padecísteis por mí, abusé tan malamente de mi libertad. Vos me la habíais dado para amaros, y me serví de ella para despreciaros. Pero hoy la consagro á Vos. Libradme, pues, Señor mío, de la desgracia de verme separado otra vez de Vos, y hecho de nuevo esclavo de Lucifer. Ea, encadenad á vuestros piés esta mi pobre alma con vuestro santo amor, á fin de que no se separe jamás de Vos. Padre eterno, por la prision de Jesús en el vientre de María, libradme de las cadenas del pecado, y del infierno. Y Vos, Madre de Dios, socorredme. Vos teneis dentro de vuestro seno aprisionado y estrechado con Vos al Hijo de Dios. Ya, pues, que Jesús es vuestro prisionero, él hará cuanto le digais. Decidle que me perdone; decidle que me haga santo. Ayudadme, Madre mia, por aquella gracia y honor que os hizo Jesucristo de habitar por nueve meses en vuestro interior.

MEDITACION VII.

In propria venit, et sui eum non receperunt. (Joan. 1, 11).

À lo suyo vino, y los suyos no le recibieron.

En estos dias del santo nacimiento, andaba lamentando y suspirando san Francisco de Asis por las sendas y selvas, con gemidos inconsolables. Preguntado por la causa de esto, respondió: ¿Y cómo quereis que yo no gima, cuando veo que el amor no es amado? Veo á un Dios cási fuera de sí por amor del hombre, y al hombre tan ingrato á este Dios. Pues si esta ingratitud tanto afligia el corazon de san Francisco, consideremos cuánto mas afligió el corazon de Jesúscristo. Apenas concebido en el vientre de María, vió la cruel correspondencia que debia recibir de los hombres. Habia venido del cielo á encender el fuego del divino amor, y este solo deseo le habia hecho descender á la tierra, á sufrir un abismo de penas y de ignominias; y despues se le presentaba otro abismo de pecados, que habian de cometer los hombres, habiendo visto tantas señales de su amor. Esto fue, dice san Bernardino de Sena, lo

que le hizo padecer un infinito dolor. Aun entre nosotros, el verse tratado alguno con ingratitud por otro hombre, es un dolor insufrible; pues, como reflexiona el beato Simon de Casia, la ingratitud frecuentemente aflige el alma, mas que cualquier otro dolor al cuerpo. Luego ¿qué dolor ocasionaria á Jesús nuestra ingratitud, al ver que, siendo Dios, su amor y sus beneficios habian de ser pagados con disgustos é injurias? Por esto nos dice: *Pusieron contra mí males por bienes, y odio por mi amor* ¹. Mas, aun hoy dia parece que vaya lamentándose Jesucristo con aquellas palabras del mismo Profeta: *He sido hecho extraño á mis hermanos* ², cuando ve que de muchos no es ni amado, ni conocido, como si no les hubiese hecho bien alguno, ni nada hubiera padecido por su amor. ¡Oh Dios! ¿qué caso hacen al presente tantos cristianos del amor de Jesucristo? Apareció este Redentor una vez al beato Enrique Suson en forma de un peregrino que andaba mendigando de puerta en puerta un poco de alojamiento, pero todos le desechaban con injurias y groserías. ¡Cuántos ¡ah! se hallan

¹ Psalm. cviii, 8. — ² Psalm. lxxviii, 9.

semejantes á aquellos de quienes habla Job, los cuales decian á Dios: «Apártate de nosotros,» siendo así que él habia llenado sus casas de bienes ¹! Nosotros, aunque hasta aquí nos hayamos unido á estos ingratos, ¿querrémos seguir en ser siempre tales? No, que no se merece esto aquel amable Niño que ha venido del cielo á padecer y morir por nosotros, para hacerse amar de nosotros.

Afectos y súplicas.

Luego será verdad, ó Jesús mio, que Vos habeis bajado del cielo para haceros amar de mí, habeis venido á abrazaros con una vida de penas y una muerte de cruz por amor mio, y para que os diese acogida en mi corazón; y yo tantas veces he tenido valor de desecharos diciendo: ¡Apartaos de mí, Señor, que no os quiero! ¡Oh Dios! si Vos no fuéseis bondad infinita, y si no hubiéseis dado la vida por perdonarme, no tendria ánimo de pedir os perdon; pero oigo que Vos mismo me ofreceis la paz: «Volveos á mí, y «yo me volveré á vosotros,» decís por Zaca-

¹ Job, xxii, 17.

rias. Vos mismo, Jesús mio, que habeis sido ofendido por mí, os haceis mi intercesor, como nos lo asegura vuestro discípulo amado: *Ipsa est propitiatio pro peccatis nostris* ¹. No quiero, pues, haceros este nuevo agravio, de desconfiar de vuestra misericordia. Yo me arrepiento con toda el alma de haberos despreciado. ¡Oh sumo bien! recibidme en vuestra gracia por aquella sangre que habeis derramado por mí. No soy digno de ser llamado hijo vuestro. No, que no soy digno, mi Redentor y Padre, de ser mas hijo vuestro, habiendo renunciado tantas veces á vuestro amor; pero Vos me haceis digno con vuestros méritos. Os doy gracias, Padre mio, y os amo. ¡Ah! el solo pensamiento de la paciencia con que me habeis sufrido por tantos años, y de las gracias que me habeis dispensado despues de tantas injurias que os he hecho, debiera hacerme vivir siempre ardiendo en vuestro amor. Venid, pues, Jesús mio, que yo no quiero desecharos mas: venid á habitar en mi pobre corazon. Yo os amo, y quiero siempre amaros; pero Vos inflamadme siempre mas, recordándome el amor que

¹ Joan. 11, 2.

me habeis tenido. Reina y madre mia, María, ayudadme, rogad á Jesús por mí, hacédme vivir agradecido en lo que me resta de vida á este Dios que tanto me ha amado, aunque despues tanto le he ofendido.

MEDITACION VIII.

Apparuit gratia Dei Salvatoris nostri omnibus hominibus, erudiens nos ut., pie vivamus in hoc seculo, expectantes beatam spem, et adventum gloriæ magni Dei, et Salvatoris nostri Jesu Christi. (Tit. II, 11).

Se manifestó á todos los hombres la gracia de Dios Salvador nuestro, enseñándonos que vivamos en este siglo piamente, aguardando la esperanza bienaventurada, y el advenimiento glorioso del gran Dios y Salvador Jesucristo.

Considera que por la gracia que aquí se dice manifestada se entiende el entrañado amor de Jesucristo hácia los hombres, amor nunca merecido por nosotros, y por esto se llama *gracia*. Este amor por otra parte fue siempre el mismo en Dios, pero no siempre se mostró del mismo modo. Primeramente fue prometido en tantas profecías, y encubierto bajo el velo de tantas figuras. Mas en el nacimiento del Redentor se dejó ver á las claras este amor divino, apareciendo á los hom-

bres el Verbo eterno, niño, recostado sobre el heno, que gemia y temblaba de frio, comenzando ya de esta manera á satisfacer por nosotros las penas que merecíamos, y dando asimismo á conocer el afecto que nos tenia, con dar por nosotros la vida. Porque, como dice san Juan ¹: *En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que puso él su vida por nosotros.* Se manifestó, pues, el amor de Dios, y se manifestó á todos, *omnibus hominibus*. Pero ¿por qué despues no le han conocido todos, y todavía hay tantos que no le conocen? El mismo Jesucristo da la razon: *Porque los hombres amaron mas las tinieblas que la luz* ². No le han conocido ni conocen, porque no quieren, estimando en mas las tinieblas del pecado, que la luz de la gracia. Procuremos no ser del número de estos infelices. Si hasta aquí hemos cerrado los ojos á la luz, pensando poco en el amor de Jesucristo, procuremos en los dias que nos restan de vida tener siempre delante la vista las penas y la muerte de nuestro Redentor, para amar á quien tanto nos ha amado, «aguardando entre tanto la esperanza bienaventu-

¹ I Joan. III, 16. — ² Joan. III, 19.

arada y el advenimiento glorioso del gran «Dios y Salvador nuestro Jesucristo.» Así podremos confiar fundadamente, según las divinas promesas, en aquel paraíso que Jesucristo nos ha adquirido con su sangre. En esta primera venida, viene Jesús de niño, pobre y envilecido, y déjase ver nacido en un establo, cubierto de pobres mantillas, y reclinado sobre el heno; pero en la segunda venida vendrá de juez sobre un trono de majestad. *Verán entonces*, nos dice él mismo, *al Hijo del Hombre, viniendo en las nubes con grande poder y majestad.* ¡Dichoso en aquella hora el que le habrá amado, y miserable el que no le haya amado!

Afectos y súplicas.

¡Oh mi santo Niño! ahora os veo sobre esa paja, pobre, afligido y abandonado; mas sé que un día habeis de venir á juzgarme en un solio de resplandores, y cortejado por los Ángeles. ¡Ah! perdonadme, antes que me hayais de juzgar. Entonces deberéis portaros como Dios de justicia, pero ahora sois para mí Redentor y Padre de misericordia.

Yo ingrato, he sido uno de aquellos que no os han conocido, porque no han querido conoceros; y por esto en vez de pensar en amaros, considerando el amor que me habeis tenido, no he pensado sino en satisfacer mis apetitos, despreciando vuestra gracia y vuestro amor. Esta mi alma, que he perdido, ahora la consigno en vuestras santas manos. Salvadla, Señor: *In manus tuas commendo spiritum meum*¹. En Vos pongo, deposito todas mis esperanzas, sabiendo que habeis dado la sangre y la vida por mí, para rescatarme del infierno: *Redemisti me, Domine, Deus veritatis*. Vos no habeis permitido que yo muriese cuando estaba en pecado, y me habeis esperado con tanta paciencia, para que yo, reconocido, me arrepienta de haberos ofendido, y comience á amaros; y así podais despues perdonarme y salvarme. Sí, Jesús mio, quiero complaceros: yo me arrepiento sobre todo mal de cuantos disgustos os he causado: me arrepiento, y os amo sobre todas las cosas. Salvadme por vuestra misericordia; y mi salvacion sea amaros siempre en esta vida y en la eternidad. Amada madre mia, Ma-

¹ Psalm. xxx, 6.

ría, recomendádme á vuestro Hijo. Hacedle presente que yo soy siervo vuestro, y que en Vos he puesto mi esperanza. Él os oye, y nada os niega.

MEDITACION IX.

Ascendit autem et Joseph, ut prosteretur cum Maria desponsata sibi, uxore prægnante. (Luc. II, 4).

Subió tambien José, para empadronarse con su esposa Maria, que estaba en cinta.

Habia ya decretado Dios que su Hijo naciese no en la casa de José, sí en una gruta y establo de bestias, del modo mas pobre y mas penoso que puede nacer un niño; y para esto dispuso que César Augusto publicase un edicto, mandando que cada uno fuese á empadronarse en la propia ciudad, de la que traia su origen. José cuando tuvo noticia de esta orden se puso en agitacion, pensando si debia dejar, ó llevar consigo la Virgen Madre, que estaba próxima al parto. «Esposa y Señora mia, la dice; por una parte, yo no quisiera dejaros sola; por otra, si «os llevo me aflige la pena de que Vos habeis de padecer mucho en este viaje tan

«largo, y hecho en un tiempo tan rígido: «mi pobreza no me permite llevaros con aquella comodidad que á Vos es debida.» Mas responde María, y le da ánimo, diciéndole: «José mio, no temas, yo iré contigo, el Señor nos asistirá.» Sabia bien esta Señora, por inspiracion divina, y tambien porque estaba bien penetrada de la profecía de Miqueas, que en Belen habia de nacer el divino Infante. Por lo que, toma las fajas y los otros pobres paños preparados ya, y marcha con José: *Ascendit autem Joseph, ut profiteretur cum Maria.* Vamos aquí considerando los devotos y santos discursos que en este viaje deberian tener los dos santos Esposos acerca de la misericordia, de la bondad y del amor del Verbo divino, que dentro de poco tiempo habia de nacer y aparecer sobre la tierra, para la salvacion de los hombres. Consideremos aquí tambien las alabanzas, las bendiciones y acciones de gracias, los actos de humildad y de amor en que se ejercitarian por el camino estos dos grandes viajeros. Mucho ciertamente padecia aquella santa doncellita vecina al parto, caminando largas distancias por sendas extraviadas, y en la estacion del invier-

no ; pero padecia con paz , y con amor ; ofrecia todas aquellas penas á Dios , uniéndolas con las de Jesús , que llevaba en su seno. ¡ Ah ! unámonos tambien nosotros , y acompañemos al Rey del cielo con María y José : á este Rey , que va á nacer en una cueva , y hacer su primera entrada en el mundo , de niño , pero niño el mas pobre y abandonado que jamás ha nacido entre los hombres , y pidamos á Jesús , María y José , que por el mérito de las penas padecidas en este viaje nos acompañen en el que estamos haciendo á la eternidad. ¡ Oh ! dichosos nosotros , si nos acompañásemos y fuésemos siempre acompañados de estos tres grandes personajes !

Afectos y súplicas.

Mi amado Redentor , yo sé que en este viaje á Belen os acompañan á escuadrones los Ángeles del cielo ; pero de los que habitan en la tierra ¿ quién os acompaña ? Solos llevais con Vos José y María , que os trae dentro de sí. No rehuséis , pues , Jesús mio , que os acompañe tambien yo miserable é ingrato como he sido ; mas ahora reconozco el

agravio que os he hecho. ¡ Ah! sí, Vos habeis bajado del cielo para salvarme , para ser mi compañero sobre la tierra, y yo tantas veces os he dejado, ofendiéndoos ingratamente. Cuando pienso, ó mi Señor, las muchas veces que por mis gustos malditos me he separado de Vos renunciando á vuestra amistad, -quisiera morirme de dolor; pero habeis venido para perdonarme. Ea, pues, perdonadme pronto, que ya me arrepiento con toda el alma de haberos tantas veces vuelto las espaldas y abandonado. Propongo y espero con vuestra gracia no dejaros mas, y no separarme de Vos, único amor mio. Mi alma se ha enamorado de Vos, ó mi amable Dios niño. Os amo, mi dulce Salvador; y ya que habeis venido á la tierra á salvarme, y á dispensarme vuestras gracias, estas solo os pido; no permitais que tenga que separarme mas de Vos. Unidme, estrechadme á Vos, encadenándome con los dulces lazos de vuestro santo amor. ¡ Ah mi Redentor y Dios! ¿y quién tendrá mas corazon de dejaros, y de vivir sin Vos, privado de vuestra gracia? Santísima María, yo vengo para acompañaros en este viaje; y Vos no dejeis de asis-

tirme, madre mia, en el viaje que hago á la eternidad. Asistidme siempre, pero especialmente cuando me hallaré al fin de mi vida, próximo á aquel momento del que depende, ó estar siempre con Vos, para ver á Jesús en el paraíso, ó estar siempre léjos de Vos, para aborrecer á Jesús en el infierno. Reina mia, salvadme con vuestra intercesion, y mi salud sea amar á Vos y amar á Jesús por siempre, en el tiempo y en la eternidad. Vos sois mi esperanza ; de Vos todo lo confío.

MEDITACIONES

PARA LA OCTAVA DE NATIVIDAD HASTA LA
EPIFANÍA.

MEDITACION I.

Del Nacimiento de Jesús.

El nacimiento de Jesucristo trajo una alegría general á todo el mundo. Él fue aquel Redentor deseado por tantos años y con tantos suspiros; que por esto fue llamado el Deseado de las gentes, y el deseo de los collados eternos. Héle; ya ha venido, y ha nacido en una pequeña cueva. Aquel gozo grande, que el Ángel anunció á los pastores, hoy lo anuncia tambien á nosotros, y nos dice: *Ecce evangelizo vobis gaudium magnum*, gozo que será para todo el pueblo; porque hoy os es nacido el Salvador del mundo. ¡Qué gran fiesta se hace en un reino cuando nace al monarca su primogénito! Pues, mayor fiesta debemos hacer nosotros, viendo nacido al Hijo de Dios que ha venido del cielo á visitarnos,

movido de las entrañas de su misericordia. Nosotros estábamos perdidos, y hé aquí que él ha venido á salvarnos: el Pastor ha venido á salvar sus ovejuelas de la muerte, dando su vida por amor de ellas. El Cordero de Dios ha venido á sacrificarse por alcanzarnos la divina gracia, y para hacerse nuestro libertador, nuestra vida, nuestra luz, y aun nuestro alimento en el santísimo Sacramento. Dice san Agustin, que por esto Jesucristo al nacer quiso ser puesto en el pesebre donde hallaban pasto los animales; para darnos á entender, que él se hizo hombre á fin de hacerse él mismo nuestra comida para la eternidad. Jesús, en efecto, nace todos los dias en el Sacramento por medio del sacerdote y de la consagracion. El altar es el pesebre, y allí vamos nosotros á alimentarnos de sus carnes. Alguno habrá que desee tener el santo Niño en los brazos, como le tuvo el santo viejo Simeon; pues cuando comulgamos nos enseña la fe que no solo en los brazos, sí que dentro de nuestro pecho está aquel mismo Jesús que estuvo en el pesebre de Belen; para esto él ha nacido, para darse todo á nosotros: *Parvulus natus est nobis, et Filius datus est nobis.*

Afectos y súplicas.

Señor, yo soy la oveja que, por andar tras de mis placeres y caprichos, me he perdido miserablemente; mas Vos, ó Pastor y juntamente Cordero divino, sois aquel que habeis venido del cielo á salvarme, sacrificándoos cual víctima sobre la cruz en satisfaccion de mis pecados. Si yo, pues, quiero enmendarme, ¿qué debo temer? ¿Por qué no debo confiarlo todo de Vos, mi Salvador, que habeis nacido de intento para salvarme? ¿Qué mayor señal de misericordia podíais darme, ó dulce Redentor mio, para inspirarme confianza, que daros Vos mismo? Yo os he hecho llorar en el establo de Belen; pero si Vos habeis venido á buscarme, yo me arrojo confiado á vuestros piés; y aunque os vea afligido y envilecido en ese pesebre, reclinado sobre la paja, os reconozco por mi Rey y Soberano. Oigo ya esos vuestros dulces vagidos, que me convidan á amaros, y me piden el corazon. Aquí le teneis, Jesús mio. Hoy lo presento á vuestros piés; mudadlo, inflamadlo Vos, que á este fin habeis venido al mundo, para in-

flamar los corazones con el fuego de vuestro santo amor. Oigo también que desde ese pesebre me decís: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón*. Y yo respondo: ¡Ah! Jesús mío! y si no amo á Vos, que sois mi Dios y Señor, ¿á quién he de amar? No, amado Señor mío, yo todo me entrego á Vos, y os amo con todo el corazón. Yo os amo, yo os amo, yo os amo. ¡Oh sumo bien, oh único amor de mi alma! Ea, aceptadme por vuestro en este día, y no permitais que haya de dejar de amaros. Reina mía, María, os pido por aquel consuelo que tuvisteis la primera vez que mirásteis nacido á vuestro Hijo, y le disteis los primeros abrazos, intercedais con él, para que me acepte por hijo, y me encadene para siempre con el don de su santo amor.

MEDITACION II.

Jesús nace niño.

Considera como la primera señal que dió el Ángel á los pastores para hallar al Mesías recién nacido, fue la de encontrarle en forma de niño: *Invenietis infantem pannis involutum*¹.

¹ Luc. II, 12.

La pequeñez de los niños es un grande atractivo de amor; pero un atractivo mucho mayor debe ser para nosotros la pequeñez de Jesús, que siendo un Dios inmenso, se ha hecho chiquito por nuestro amor, como dice san Agustin ¹. Adán compareció sobre la tierra en edad perfecta; mas el Verbo eterno quiso manifestarse infante, para atraerse de esta manera con mayor fuerza de amor nuestros corazones. Jesús no viene al mundo para infundir terror, sí para ser amado; y por eso en su primera aparicion quiere hacerse ver tierno y pobre niño. «Mi Señòr es grande, «y digno en gran manera de ser loado,» decia san Bernardo ²; pero viéndole despues el Santo hecho pequenito en el establo de Belen, añadia exclamando con ternura: *Chiquito es el Señor, y por ello muy digno de ser amado.* ¡Ah! y quien considere con fe á un Dios niño llorar, y dar vagidos sobre la paja en una gruta, ¿cómo es posible que no le ame, y no invite á todos á amarle, como invitaba san Francisco de Asis diciendo: *Amemos al Niño de Belen: amemos al Niño de Belen?* Él es infantito, no habla, sí que solo gime; pero

¹ 22 In Joan. — ² Serm. XLVII in Cant.

¡oh Dios! que aquellos gemidos son voces todas de amor, con las que nos convida á amarle, y nos pide el corazon. Considero por otra parte que los niños se atraen los afectos tambien, porque se reputan inocentes, aunque nazcan manchados de la culpa original. Mas Jesús nace niño inocente, santo, sin mancha alguna. Mi amado, decia la sagrada Esposa, es todo rubicundo por el amor, y cándido por la inocencia, puro de toda culpa, elegido entre miles: *Dilectus meus candidus et rubicundus, electus ex millibus*¹. Solo en este Niño halló el eterno Padre sus delicias, porque, como dice san Gregorio, solamente en este no halló culpa. Consolémonos, pues, nosotros miserables pecadores, porque este divino Infante ha venido del cielo á comunicarnos esta su inocencia por medio de su pasion. Los méritos suyos, si nosotros supiésemos estimarlos, pueden mudarnos de pecadores en santos é inocentes; pongamos en ellos nuestra confianza, pidamos por los mismos al eterno Padre siempre la gracia, y lo alcanzaremos todo.

¹ Cant. v, 10.

Afectos y súplicas.

Eterno Padre, yo miserable pecador, reo del infierno, no tengo qué ofreceros en satisfaccion de mis pecados; os ofrezco, pues, las lágrimas, las penas, la sangre, la muerte de este niño que es vuestro Hijo, y por él os suplico piedad. Si yo no tuviese este Hijo que ofreceros, seria perdido, no tendríais mas que esperar de mí; pero Vos para esto me lo habeis dado, á fin de que ofreciéndoo los méritos suyos espere mi salvacion. ¡Señor! grande ha sido mi ingratitud; pero es mas grande vuestra misericordia. ¿Y qué mayor misericordia podia esperar, que tener de Vos en don á vuestro mismo Hijo, por mi Redentor y por víctima de mis pecados? Por amor, pues, de Jesucristo perdonadme todas las ofensas que os he hecho; de las cuales me arrepiento con todo el corazon, por haber ofendido á Vos, bondad infinita. Y por amor de Jesucristo os pido la santa perseverancia. ¡Ah! mi Dios, si yo os volviese á ofender despues que me habeis esperado con tanta pácienza, me habeis socorrido con tantas lu-

ces, y me habeis perdonado con tanto amor, ¿no mereceria un infierno á propósito para mí? ¡Ah! Padre mio, no me abandoneis. Yo tiemblo al pensar en las traiciones que os he hecho: ¿cuántas veces he prometido amaros, y despues os he dado las espaldas? ¡Ah! mi Criador, no permitais que tenga yo que llorar la desgracia de verme nuevamente privado de vuestra amistad. No permitais que me separe de Vos, no permitais que me separe de Vos. Lo repito y quiero repetirlo hasta el último aliento de mi vida; y Vos dadme la gracia para siempre de repetiros esta misma súplica: *Ne me permittas separari à te*. Jesús mio, mi amado niño, encadenadme con vuestro amor. Os amo, y quiero siempre amaros. No permitais que yo tenga que separarme mas de vuestro amor. Amo tambien á Vos, Madre mia; amadme asimismo Vos. Y si me amais, esta es la gracia que me habeis de alcanzar, que ya no deje mas de amar á Dios.

MEDITACION III.

De Jesús en fajas.

Figuraos de ver á María , que habiendo ya dado á luz al Hijo , lo toma con reverencia entre sus brazos , y primeramente le adora como á su Dios ; despues le reprieta entre fajas : *Le envolvió en pañales* , dice san Lucas ; y esto mismo canta la Iglesia , cuando dice : *Ata la Virgen Madre los miembros envueltos en pañales*. Hé aquí Jesús niño , que obediente ofrece sus manecitas , ofrece los piés y y se deja fajar. Pondera como cada vez que el santo Infante permitia fajarse , pensaba en las cuerdas con que debia un dia ser preso en el huerto , y las que debian atarle á la columna , y en los clavos que habian de fijarle en la cruz. Pensando de esta manera se ofrecia con la mayor voluntad á ser fajado , á fin de soltar nuestras almas de las cadenas del infierno. Constreñido Jesús por aquellas fajas , dirigido á nosotros nos invita á estrecharnos con él en los dulces lazos del amor ; y vuelto al eterno Padre , le dice : Padre mio , los hombres han abusado de su libertad , y

rebelándose contra Vos, se han hecho esclavos del pecado; yo para pagar su desobediencia quiero ser sujetado y estrechado por estas fajas. Desde estas ligaduras os ofrezco mi libertad á fin de que sea libertado el hombre de la esclavitud del demonio. Acepto estas fajas; ellas me son amadas, porque son semejanza de los cordeles con los que desde ahora me ofrezco á ser un dia atado y conducido á la muerte por la salvacion de los hombres. Sí, las ligaduras de Jesús fueron las fajas saludables para curar las llagas de nuestra alma: *Vincula illius, alligatura salutaris*¹. Pues qué, ¡oh mi Jesús! ¿Vos habeis querido ser estrechado entre las fajas por mi amor? ¡Oh caridad! ¡cuán grande es tu lazo, que pudo atar á Dios, dice san Lorenzo Justiniano! ¡Oh amor divino! tú solo has podido hacer prisionero á mi Dios! Y yo, Señor, ¿rehusaré dejarme ligar de vuestro santo amor? ¿Tendré en lo sucesivo valor de desatarme de vuestras amables y dulces cadenas? ¿Para qué? ¿Para hacerme esclavo del infierno? Señor, Vos estais fajado en ese pesebre por mi amor; yo quiero estar para siem-

¹ Eccli. vi, 31.

pre ligado con Vos. Decia santa María Magdalena de Pazzis, que la faja que nosotros debemos tomar, es una firme resolucion de estrecharnos con Dios por medio del amor, desasiéndonos al mismo tiempo del afecto á todo aquello que no es Dios. Á este fin todavía parece que nuestro amante Jesús habia querido dejarse, por decirlo así, ser atado y prisionero en el santísimo Sacramento del altar bajo las especies en que se oculta, á fin de ver sus amadas almas hechas prisioneras de su amor.

Afectos y súplicas.

Y ¿qué temor puedo yo jamás tener de vuestros castigos, ó amado Niño, cuando os veo sujeto entre las fajas privándoos, por decirlo así, de poder levantar la mano para castigarme? Vos en tal estado me dais á entender que no quereis afligirme, si yo quiero soltarme de las cadenas de mis vicios y unirme con Vos. Sí, Jesús mio, quiero desalarme. Yo me arrepiento con toda el alma de haberme separado de Vos, sirviéndome malamente de aquella libertad que me habeis dado. Vos me ofrecísteis otra libertad

mas bella, libertad que suelta de las cadenas del demonio, y me coloca entre los hijos de Dios. Vos os habeis hecho aprisionar de estas fajas por amor mio; yo quiero ser tambien prisionero de vuestro grande amor. ¡Oh dichosas cadenas, oh hermosas insignias de salvacion, que atais las almas con Dios! Ea, pues, estrechad vosotras mi pobre corazon, pero estrechadle tanto, que no pueda en lo sucesivo separarse mas del amor de este sumo bien, Jesús mio, yo os amo, á Vos me uno, á Vos doy todo mi corazon, toda mi voluntad. No, que no quiero dejaros ya, amado Señor mio. ¡Oh mi Salvador! que por pagar misdeudas quisísteis no solo ser apretado entre las fajas por María, sí que permitísteis ser atado por los verdugos cual reo, y así atado andar por las calles de Jerusalem, para ser llevado á la muerte cual corderillo inocente que va al matadero; Vos, que quisísteis ser enclavado en la cruz, y no la dejásteis sino despues de haber dejado en ella la vida. ¡Ah! no permitais que yo haya de verme otra vez privado de vuestra gracia y de vuestro amor. ¡Oh María! que sujetásteis un dia entre las fajas á este Hijo inocente, sujetadme á mí

tambien pecador. Atadme á Jesús, á fin de que no me aparte jamás de sus piés : á él viva siempre unido, y unido muera, para que tenga despues la dicha de entrar en aquella patria bienaventurada, donde nunca podré, ni tendré temor de separarme de su santo amor.

MEDITACION IV.

De Jesús que toma leche.

Fajado que fue Jesús, buscó y tomó leche de los pechos de María. La Esposa de los Cantares deseaba ver á su hermanito, que tomase leche de la madre : *¿Quién te me dará á tí, hermano mio, mamando los pechos de mi madre* ¹? Esta Esposa lo deseó, pero no lo vió: nosotros sí que somos los que hemos tenido la suerte de ver al Hijo de Dios, hecho hombre y hermano nuestro, tomar leche del pecho de María. ¡Oh! ¡y qué espectáculo era al paraíso ver al Verbo divino, hecho niño, pendiente del pecho de una Virgen criatura suya! ¡Aquel que da el alimento á todos los hombres y á los animales de la tierra, se ha

¹ Cant. vii, 1.

hecho tan débil y tan pobre, que tiene necesidad de un poco de leche humana para sustentar la vida! Sor Paula, camaldulense, contemplando una figurita de Jesús que tomaba el pecho, sentia de repente encenderse toda de un tierno y ardiente amor hácia Dios. Poca era la leche con que se alimentaba. Jesús, pues segun fue revelado á sor Mariana, franciscana, solamente tres veces al dia María le daba de mamar. ¡Oh leche preciosa para nosotros, que debiste convertirte en sangre en las venas de Jesucristo, para hacer despues de ella un baño de salud en el que fuesen lavadas nuestras culpas! Ponderemos que aunque Jesús tomaba esta leche, era para sostener aquel 'cuerpo que queria dejarnos por nuestro alimento en la santa comunión. ¿Con qué, mi pequeñito Redentor, mientras Vos mamábais pensábais en mí? ¿pensábais cambiar esta leche en sangre, para derramarla despues en vuestra muerte, y con tal precio rescatar mi alma, y aun alimentarla con el santísimo Sacramento, que es leche saludable con la cual el Señor nos conserva en la vida de la gracia, segun aquella sentencia de san Agustin, que dice: «La

«leche vuestra es Cristo?» ¡Oh Jesús mio! permitid que yo tambien exclame con aquella mujer del Evangelio : *Feliz el vientre que te trajo , y los pechos que mamaste.* ¡ Dichosa Vos , ó Madre divina , que tuvisteis la suerte de dar leche al Verbo encarnado ! Ea , admitidme en union de este grande Hijo á tomar de Vos la leche de una tierna y amorosa devocion á la infancia de Jesús , y á Vos , Madre mia amadísima. Os doy á Vos las gracias , ó divino Infante , que os habeis hecho necesitado de leche , para manifestarme el amor que me teneis. Así lo dió el Señor á conocer á santa María Magdalena de Pazzis , cuando la dijo ; que él por esto se habia reducido á la necesidad de tomar leche , para dar á entender el amor que tiene á las almas redimidas.

Afectos y súplicas.

Ó mi dulce y amabilísimo Niño , Vos sois el pan del cielo que sustentais á los Ángeles ; Vos proveeis de comida á todas las criaturas ; ¿ cómo , pues , os habeis reducido á mendigar un poco de leche de una doncella-

ta, para conservar la vida ? ¡ Oh amor divino ! ¿ cómo has podido hacer tan pobre á un Dios, que haya tenido necesidad de pedir un tan corto alimento ? Mas ya os comprendo, Jesús mio : Vos tomáis leche de María en esa gruta, para ofrecerla despues convertida en sangre á Dios sobre la cruz, en sacrificio y satisfaccion de nuestros pecados. Dad, pues, ó María, dad toda la leche que podais á ese Hijo, para que todos gocen del precioso líquido que ha de servir para lavar las culpas de mi alma, y para nutrirla despues en la santa comunión. ¡ Oh Redentor mio ! y ¿ cómo puede no amaros quien cree lo que habeis hecho y padecido por salvarnos ? ¿ Cómo he podido yo saber esto y seros ingrato ? Pero vuestra bondad es mi esperanza. Esta me enseña que si yo quiero vuestra gracia, ella es mia. Me arrepiento, ó sumo Bien, de haberos ofendido, y os amo sobre todas las cosas. Diré mejor : yo nada amo sino á Vos, y á Vos solamente quiero amar. Vos sois y habeis de ser siempre mi único bien, el único amor mio. Mi amado Redentor, dadme, os ruego, una tierna devoción á vuestra santa infancia, como la habeis dado á tantas almas,

que pensando en vuestra niñez se olvidan de todo lo demás, porque no saben pensar mas que en amarnos. Es verdad que ellas son inocentes, yo pecador; pero Vos os habeis hecho niño para haceros amar tambien de los pecadores. Yo he sido uno de ellos, mas ahora os amo con todo el corazon y no deseo otra cosa que vuestro amor. ¡Oh María! dadme Vos un poco de aquella ternura con la que dábais de mamar al infante Jesús.

MEDITACION V.

De Jesús sobre la paja.

Nace Jesús en el establo de Belen. Allí la pobre Madre no tiene ni lana, ni plumas, para preparar lecho al tierno Niño. En tal situacion ¿qué hace María? Reune un mononcito de paja dentro un pesebre, y sobre ella reconstó al Hijo: *Et reclinavit eum in præsepio*. Pero ¡oh Dios! que esta es cama muy dura y penosa para un infantilillo recién nacido. Sus miembros son muy tiernos, y especialmente los de Jesús, formado con delicadeza especial por el Espíritu Santo, á fin de que fuese mas sensible á las penas: mo-

tivo por el que se hizo muy dolorosa la de un lecho tan duro. Pena y oprobio ; porque ¿hubo jamás hijo alguno, aun del hombre mas plebeyo y olvidado, que fuese expuesto al nacer sobre la paja? Ella es el lecho propio de los animales, ¡ y el Hijo de Dios no tiene otra sobre la tierra! San Francisco de Asis, estando sentado un dia á la mesa, oyó leer las sobredichas palabras del Evangelio: *Y le reclinó en un pesebre*, y al momento dice: ¿Cómo? Mi Señor está sobre la paja, ¿ y he de estar yo sentado? Levantóse en seguida de su asiento, se echó en el suelo, y allí concluyó su pobre comida mezclándola con lágrimas de ternura, que derramaba al considerar lo que padecería el niño Jesús estando recostado sobre cama tan dura. Pero ¿por qué María, que tanto habia deseado ver nacido á este Hijo, por qué la Señora que tanto le amaba, no le retenia entre sus brazos, en vez de ponerle á padecer sobre el pesebre? Misterio es esto, dice santo Tomás de Villanueva: «Ni le hubiera colocado en tal lugar, si en ello no se obrase algun misterio.» Muchos lo explican de diversos modos; pero mas que todas agrada la explicacion de san

Pedro Damiano, que dice : « Quiso Jesús, « apenas había nacido, ser puesto sobre la « paja, para enseñarnos la mortificación de « los sentidos. » El mundo estaba perdido por los placeres sensuales. Por los mismos se había perdido Adán y tantos descendientes suyos hasta aquel momento. Vino el Verbo eterno del cielo á enseñarnos el amor de padecer, y comenzó de niño á darnos lecciones, eligiendo para sí los mas ásperos padecimientos que pudo sufrir un recién nacido. De aquí, pues, fue que él mismo inspiró á la Madre dejase de tenerlo sobre su regazo, y lo recostase en aquel duro lecho, á sentir en mayor grado el frío de aquella gruta, y las punzadas de aquellas toscas pajas.

Afectos y súplicas.

¡Oh enamorado de las almas! ¡Oh amable Redentor mio! Con qué ¿no os basta la pasión dolorosa que os espera, la muerte amarga que os está preparada sobre la cruz, sino que desde el principio de vuestra vida, desde niño ya quereis comenzar á padecer? Sí, porque desde niño quereis Vos comenzar á

ser mi Redentor , y satisfacer á la divina justicia por mis pecados. Elegís por cáma la paja , para librarme del fuego del infierno , en el que mil veces he merecido ser arrojado. Llorais , y dais vagidos producidos por el dolor que os causa tan penoso lecho , para alcanzarme con vuestras lágrimas el perdón de vuestro Padre. ¡ Ah ! que estas vuestras lágrimas me afligen y consuelan ! Me afligen por la compasión viéndoos niño inocente padecer tanto por delitos que no son vuestros ; pero me consuelan mientras reconozco en vuestros dolores mi salvación , y el amor inmenso que me teneis. Mas no quiero , Jesús mio , dejaros solo , á llorar y penar. Quiero también llorar yo , que únicamente debo hacerlo por los disgustos que os he dado. Yo que he merecido el infierno , no rehusó cualquier pena por recobrar vuestra gracia. Ó mi Salvador , perdonadme , restituidme á vuestra amistad , haced que os ame , y después castigadme como querais. Libradme de las penas eternas , y luego tratadme como os agrade. No os pido en esta vida placeres , porque no los merece quien ha tenido el atrevimiento de disgustaros á Vos , bondad infi-

mita. Estoy contento de sufrir todas las cruces que Vos me enviaréis; pero, Jesús mio, quiero amaros. ¡Oh María! Vos que acompañásteis tan cumplidamente con vuestras penas las de Jesús, alcanzadme la virtud de sufrir las mías con paciencia. ¡Pobre de mí, si despues de tantos pecados no padezco alguna cosa en esta vida! Y dichoso, si tengo la suerte de acompañar, padeciendo, á Vos, Madre mia dolorosa, y á mi Jesús siempre afligido y crucificado por mi amor.

MEDITACION VI.

De Jesús que duerme.

Muy escasos y penosos eran los sueños del niño Jesús. Un pesebre era su cuna, de paja el lecho, de paja tambien la almohada. Con lo que frecuentemente era interrumpido el sueño de Jesús, por la dureza de aquella tormentosa camilla, y por el rigor del frio que hacia en aquella gruta. No obstante, de cuando en cuando, vencida la naturaleza de la necesidad, se dormia el precioso Niño entre aquellas penalidades. Pero los sueños de Jesús se diferenciaban mucho de los de los

otros niños, á quienes son útiles en cuanto á la conservacion de la vida, mas no en cuanto á las operaciones del alma, porque esta, privada de los sentidos, no obra entonces. No fueron así los sueños de Jesucristo: Yo *duermo, y mi corazon vela*, nos dice en los Cánticos¹. Descansaba el cuerpo, pero velaba el alma, estando á Jesús unida la persona del Verbo, que no podia dormir ni ser soporada por los sentidos. Dormia el santo Niño, y mientras tanto pensaba en todas las penas que debia padecer por amor nuestro en toda su vida y en su muerte. Pensaba en los trabajos que debia padecer, así en Egipto como en Nazaret, con una vida tan pobre y despreciada. Pensaba despues particularmente en los azotes, en las espinas, en las ignominias, en las agonías, y en aquella desolada muerte que habia de padecer por fin sobre la cruz. Todo lo cual Jesús durmiendo lo ofrecia al eterno Padre, para alcanzarnos el perdon y la salvacion. Así que nuestro Salvador en tal estado merecia para nosotros y aplacaba al eterno Padre, de quien nos alcanzaba las gracias. Roguémosle, pues, ahora, que por

¹ Cant. v, 2.

el mérito de sus bienaventurados sueños nos libre del mortífero de los pecadores, quienes duermen miserablemente en la muerte del pecado, olvidados de su Dios y de su amor. Pidámosle que en cambio nos dé el feliz sueño de la Esposa de los Cantares, acerca de la que nos advierte el mismo : *No levanteis ni hagais despertar á la amada, hasta que ella quiera*. Tal es aquel sueño que Dios concede á las almas que ama ; el cual no es otro, como dice san Basilio , sino un olvido total de todas las cosas, que se consigue cuando el alma se aparta de todo lo terreno, por atender solo á Dios y lo que se dirige á su gloria.

Afectos y súplicas.

Mi querido y santo Niño , Vos dormís, y ¡oh ! ¡ cuánto me enamoran esos vuestros sueños ! Para los demás son figura de muerte, mas en Vos son señal de vida eterna , pues que mientras descansais, estais mereciendo para mí la salvacion eterna. Vos dormís, pero vuestro corazon no duerme , sí que piensa en padecer y morir por mí. Durmiendo Vos, pedís por mí, y me estais alcanzando de Dios

el reposo eterno en el paraíso. Mas antes que me lleveis, como espero, á descansar con Vos en el cielo, quiero que descanséis por siempre en mi alma. En otro tiempo, Dios mio, yo os he desechado de mí, pero Vos, con tanto llamar á la puerta de mi corazón, ahora con temores, luego con luces, después con voces de amor, confío que habréis entrado; porque siento una grande aversion de las ofensas que os he hecho, un arrepentimiento, que me causa un gran dolor, dolor de paz que me consuela, y me hace esperar habré sido perdonado por vuestra bondad. Os doy gracias, Jesús mio, y os ruego que no os separeis jamás de mi alma. Ya sé que no os apartaréis, si yo no os despido; mas esta gracia os suplico, y os pido me ayudeis siempre á buscarla. No permitais que vuelva á desecharos de mí. Haced que me olvide de todo, para pensar en Vos, que habeis pensado constantemente en mí y en mi bien. Haced que yo os ame siempre en esta vida, hasta que mi alma unida con Vos, espirando en vuestros brazos descansa eternamente en vuestro seno, sin temor de perderos mas. Ó María, asistidme en vida; y asistidme en muerte, para

que Jesús repose siempre en mí, y logre yo siempre descansar en Jesús.

MEDITACION VII.

De Jesús que llora.

Las lágrimas del niño Jesús fueron muy diferentes de los otros niños que nacen. Estos lloran por dolor, Jesús no, sí que llora por compasión de nosotros y por amor, según san Bernardo ¹. Gran señal de amor, es el llorar. Esto precisamente decían los judíos, luego que vieron al Salvador llorar en la muerte de Lázaro. *Ved cómo le amaba* ². Lo mismo podían decir los Ángeles, mirando las lágrimas que derramaba Jesús niño: *Ecce quomodo amat Vos*. Ved cómo nuestro Dios ama á los hombres, cuando por amor de ellos le vemos hecho hombre y niño llorando. Lloraba Jesús, y ofrecía al Padre sus lágrimas, para alcanzarnos el perdón de los pecados. *Aquellas lágrimas*, dice san Ambrosio, *lavarón mis delitos*. Él con sus vagidos y lloros pedía piedad para nosotros condenados á muerte eterna; y así aplacaba la indignación

¹ Serm. III in Nat. — ² Joan. XI.

de su Padre. ¡ Oh ! y cómo sabian las lágrimas de este Niño perorar en favor nuestro ! ¡ Oh ! ¡ cuán preciosas fueron ellas para Dios ! Entonces fue cuando el Padre hizo publicar por los Ángeles , que él ya ~~hacia~~ hacia paz con los hombres , y los recibia en su gracia : *Et in terra pax hominibus bonæ voluntatis.*

Lloró Jesús por amor , pero tambien por dolor , al ver que tantos pecadores , aun despues de tantas lágrimas y sangre derramadas por la salud de ellos , habian de seguir despreciando su gracia. Ahora bien , pues , ¿ quién será tan duro , que viendo llorar á un Dios niño por nuestras culpas , no llore él tambien , y no deteste aquellos pecados que tanto han hecho llorar á este amante Señor ? ¡ Ah ! no aumentemos mas penas á este Niño inocente ; consolémosle sí , uniendo nuestras lágrimas con las suyas ; ofrezcamos á Dios las lágrimas de su Hijo , y roguémosle que por ellas nos perdone.

Afectos y súplicas.

Niño mio amado , ¿ con qué mientras estábais llorando en la gruta de Belen pensá-

bais en mí, considerando desde allí mis pecados que eran los que os hacian llorar? Y yo, Jesús mio, en vez de consolaros con mi amor y gratitud, á vista de lo que habeis padecido por salvarme, ¿he aumentado vuestro dolor y la causa de vuestras lágrimas? Si menos hubiese yo pecado, menos habríais Vos padecido. Llorad, pues, llorad, que tenéis razon de llorar, viendo tanta ingratitud en los hombres á un amor tan grande. Mas ya que llorais, llorad aun por mí: vuestras lágrimas son mi esperanza. Lamento los disgustos que os he dado, Redentor mio, los odio, los detesto, me arrepiento de ellos con todo el corazon. Lloro por todos aquellos dias infelices en que viví enemigo vuestro, y privado de vuestra hermosa gracia; pero mis lágrimas, ó Jesús mio, ¿para qué servirán sin las vuestras? Padre eterno, yo os ofrezco las lágrimas de Jesús, y por ellas os pido el perdon. Vos, Salvador mio, ofrecedle todas las lágrimas que por mí derramásteis en vuestra vida, y con ellas aplacadle por mí. Os ruego todavía, ó amor mio, que enternezcais con estas lágrimas mi corazon y le inflameis de vuestro santo amor. ¡Ah! ¡pudiera

yo de hoy en adelante consolaros con mi amor, tanto, cuanto os he causado pena con mis ofensas! Concededme, pues, ó Señor, que estos dias que me restan de vida no los haga servir para disgustaros mas, sí solo para llorar el sentimiento que os he ocasionado, y para amaros con todos los afectos de mi alma. ¡Oh María! os suplico por aquella tierna compasion que tantas veces tuvisteis, viendo llorar á Jesús, me alcanceis un continuo dolor de las ofensas que yo ingrato os he hecho.

MEDITACION VIII.

Del nombre de Jesús.

El nombre de Jesús es nombre divino, anunciado á María de parte de Dios por el arcángel san Gabriel; y por esto dijo san Pablo, que era nombre sobre todo nombre, en el que solamente se halla la salvacion. Este nombre es comparado por el Espíritu Santo al aceite, por la razon, dice san Bernardo, de que así como el aceite es luz y comida, y tambien medicina; así el nombre de Jesús es luz para el entendimiento, alimento para

el corazón y medicina para el alma. Es luz para el entendimiento, pues con este nombre se convirtió el mundo, sacándole de las tinieblas de la idolatría á la luz de la fe. Nosotros que hemos nacido en estas regiones, donde antes de la venida de Jesucristo todos nuestros antepasados eran gentiles, seríamos aun tales, si no hubiese venido el Mesías á iluminarlos. ¡Cuánto, pues, debemos agradecer á Jesucristo el don de la fe! Y ¿qué sería de nosotros en el África ó en América, entre herejes ó cismáticos? El que no cree, está perdido; y verosímilmente del mismo modo nos hubiésemos perdido nosotros. Es tambien el nombre de Jesús alimento que nutre nuestros corazones; porque él nos recuerda lo que Jesús ha hecho por salvarnos. De aquí es que nos consuela este nombre en las tribulaciones, nos da fuerza para andar por el camino de la salvacion, nos anima en las desconfianzas, nos enciende para amar, recordando lo que ha padecido nuestro Redentor por salvarnos. Este nombre, finalmente, es medicina para el alma, haciéndola fuerte contra las tentaciones de nuestros enemigos. Tiembla el infierno, y huye al invocar este

santo nombre, segun aquello que dice el Apóstol: *En el nombre de Jesús se dobla toda rodilla de los que están en el cielo, en la tierra y en los infiernos* ¹. El que es tentado y llama á Jesús, no cae, y quien siempre le invocare no caerá y será salvo, segun la palabra del salmo: *Invocaré al Señor alabándole: y seré salvo de mis enemigos* ². Y ¿quién, que siendo tentado le ha invocado, se ha perdido jamás? Se pierde el que no le invoca en su ayuda, ó quien persistiendo la tentacion deja de invocarle.

Afectos y súplicas.

¡ Oh ! hubiese yo siempre invocado á Vos, Jesús mio, y nunca habria sido vencido por el demonio ! He perdido miserablemente vuestra gracia, porque en las tentaciones me he descuidado de llamaros en mi ayuda. Ahora lo espero todo de vuestro santo nombre. Escribid, pues, ó Salvador mio, grabad en mi pobre corazon vuestro poderosísimo nombre, para que teniéndolo allí impreso juntamente con el amor á Vos, lo tenga siempre en la

¹ Philip. II, 10. — ² Psalm. XVII, 4.

boca , pronunciándolo en todas las tentaciones que me prepara el infierno , para volver á verme su esclavo y separado de Vos. En vuestro nombre encontraré yo todo bien. Si fuere afligido , él me consolará , pensando cuánto os habeis afligido por mi amor. Si me viese desconfiado por mis pecados , él me dará valor , recordándome que habeis venido al mundo para salvar los pecadores: si fuese tentado , vuestro nombre me dará fortaleza trayéndome á la memoria , que mas podeis Vos ayudarme , que abatirme el infierno. Si , finalmente , me hallase frio en vuestro amor , él me dará fervor , representándome cuánto Vos me habeis amado. Jesús mio , Vos sois y espero que siempre seréis el único amor mio. Os doy todo mi corazon , y á Vos solamente quiero amar , y quiero invocaros cuanto mas á menudo podré. Quiero morir con vuestro nombre en la boca , nombre de esperanza , nombre de salvacion , nombre de amor. ¡ Oh María ! si me amais , esta es la gracia que habeis de alcanzarme , hacedme invocar siempre vuestro nombre y el de vuestro Hijo ; haced que ellos sean el respiro de mi alma , y que los repita siempre en vida para repetirlos en

el último aliento que tendré en la hora de la muerte. Jesús y María, ayudadme: Jesús y María; yo os amo. Jesús y María, á Vos encomiando mi alma.

MEDITACION IX.

De la soledad de Jesús en el establo.

Jesús, al nacer, quiso elegir para su retiro y oratorio el establo de Belen; y á este fin dispuso que su nacimiento fuese fuera de la ciudad, en una cueva solitaria, para insinuarnos su amor á la soledad y al silencio. Todo esto respira áquella gruta. Entremos en ella, y hallaremos á Jesús que calla recostado sobre la paja; á María y José, que le adoran y contemplan en silencio. Fue revelado á sor Margarita del santísimo Sacramento, llamada la Esposa del niño Jesús, que cuanto pasó en la gruta de Belen, aun la visita de los pastores y la adoracion de los santos Magos, fue sin hablar palabra. Esto que en los otros niños es impotencia, en Jesucristo fue virtud. No habla Jesús, pero ¡cuánto dice con su silencio! ¡Oh! dichoso el que se entretiene con Jesús, María y José

en esta santa soledad del pesebre! Los pastores con solo haber sido admitidos allí un poco de tiempo, salieron todos inflamados de amor hacia Dios, pues que no hacian otro, sino alabarle y bendecirle. ¡Oh! ¡feliz aquella alma que se encierra en la soledad de Belen, á contemplar la divina misericordia, y el amor que Dios ha tenido y tiene á los hombres! La llevaré á la soledad, y hablaré á su corazon, le dice el Señor por Oseas ¹. Allí el divino Infante no le hablará al oido, sí al corazon, invitándola á amar á su Dios, que tanto la ama. Al ver la pobreza de aquel solitario, que se está en una cueva fria, sin fuego, sirviéndose de un pesebre por cuna, y de un poco de heno por lecho: al oir los vagidos, al mirar las lágrimas de este inocente Niño, y al considerar que él es su Dios, ¿cómo es posible pensar en otro que en amarlo? ¡Oh! ¡qué dulce retiro es para un alma que tiene fe el establo de Belen! Imitemos tambien á María y José, que inflamados de amor perseveran en contemplar al gran Hijo de Dios, vestido de carne, y sujeto á las misérias humanas: el sábio, reducido á un par-

¹ Osee, II, 14.

vulito que no habla: el grande, hecho chiquito: el excelso, de tal modo abatido: el rico, hecho tan pobre: el omnipotente, débil; en suma, considerando la majestad divina oculta bajo la forma de un pequeñito niño despreciado y abandonado del mundo, y que todo lo hace y padece, para hacerse amable á los hombres, ruégale que te admita en este santo retiro. Enciérrate y permanece allí, y no te separes mas de él. ¡Oh soledad! dice san Jerónimo. ¡Oh hermosa soledad! en la que Dios habla y conversa con sus amadas almas, no como soberano, sino como amigo, hermano y esposo. ¡Oh! ¡qué paraíso conversar de solo á solo con Jesús niño en la grutilla de Belén!

Afectos y súplicas.

Carísimo Salvador mio, Vos sois el Rey del cielo, el Rey de los reyes, el Hijo de Dios; ¿cómo, pues, os veo en esta gruta abandonado de todos? Yo no hallo otros que os asistan, mas qué José y vuestra santa Madre. Deseo venir tambien y unirme con ellos para haceros compañía. No me despidais. Aunque

lo merezco, oigo, sin embargo, que Vos me invitais con dulces voces al corazon. Sí, vengo, mi amado Niño, lo dejo todo por estar-me á solas con Vos toda mi vida, único amor de mi alma. Insensato, en el tiempo pasado os he abandonado y dejado solo, Jesús mio, mendigando placeres miserables y envenenados de las criaturas; pero ahora, iluminado por vuestra gracia, no deseo otro que estar-me solitario con Vos, que así quereis vivir en esta tierra. ¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré y descansaré? ¡ Ah! ¡quién me diese el poder huir de este mundo, donde tantas veces he encontrado mi ruina, huir y estar-me siempre con Vos, que sois el gozo del paraíso, y el verdadero amante de mi alma! Ea, pues, Jesús mio, por los méritos de vuestra soledad en la cueva de Belen, dadme un continuo recogimiento interior, á fin de que mi alma venga á ser una celdilla solitaria, en la que yo no alienda mas que á conversar con Vos, consulte con Vos todos mis pensamientos, todas las acciones; á Vos dedique todos los afectos; aquí siempre os ame, y suspire por salir de la cárcel de este cuerpo, para ir á amaros cara

á cara en el cielo. Os amo, bondad infinita, y espero siempre amaros en el tiempo y en la eternidad. ¡Oh María! Vos que todo lo podeis, rogadle que me encadene con su amor, y no permita que yo haya de perder jamás su gracia.

MEDITACION X.

De las ocupaciones del niño Jesús en el establo de Belen.

Dos son las principales ocupaciones de un solitario, orar y hacer penitencia. Ved, pues, á Jesús, que en la cueva de Belen nos da ejemplo de ellas. En el pesebre, elegido por su oratorio en la tierra, no deja de rogar y sin intermision al eterno Padre. Allí hace continuamente actos de adoracion y de amor y de súplicas. Antes de este tiempo la Majestad divina, si bien habia sido adorada de los hombres y de los Ángeles, no obstante nunca habia recibido de estas criaturas aquel honor que le dió Jesús aun niño al adorarla en el establo donde nació. ¡Cuán bellos, pues, y perfectos eran los actos de amor que el Verbo encarnado dirigia al Padre en su ora-

cion! El Señor había intimado á los hombres el precepto de amarle con todo el corazon y con todas las fuerzas; pero este mandato jamás había sido cumplido perfectamente por ningun hombre. Entre las mujeres, la primera en llenarlo fue María, y entre los varones el primero fue Jesucristo, que lo ejecutó de una manera inmensamente mayor que María. Frios podían decirse los Serafines respecto del amor de este santo Niño. Aprendamos, pues, del mismo á amar á nuestro Dios como se debe, y supliquémosle que nos comuniqué una centella de aquel amor purísimo con el cual amaba á su divino Padre en el establo de Belén. ¡Oh! ¡y qué bellos, perfectos y caros eran á Dios los ruegos del infante Jesús! Pedia en todo tiempo y momento al Padre, y sus peticiones todas se dirigían en nuestro favor, y por cada uno de nosotros. Las gracias que cualquiera ha recibido del Señor, como el ser llamado á la verdadera fe, esperado á penitencia, las luces, el dolor de los pecados, el perdón, los santos deseos, las victorias en las tentaciones, y todos los otros actos buenos que hemos hecho y harémos de confianza, de humildad,

de accion de gracias, de ofrecimiento y de resignacion, todo nos lo ha alcanzado Jesús, y todo ha sido efecto de las oraciones de Jesús. ¡Cuánto, pues, le debemos! ¡Cuántas gracias debemos por ello darle, y cuánto amarle!

Afectos y súplicas.

Amado Redentor mio, ¡cuánto os debo! Si Vos no hubiéseis pedido por mí, ¿en qué estado de ruina me hallaria? Os doy gracias, ó Jesús mio; vuestras súplicas son las que me han alcanzado el perdon de mis pecados, y las mismas espero que me han de alcanzar la perseverancia hasta la muerte. Habeis rogado por mí, y os lo agradezco con todo el corazon; pero os pido que no dejes de rogar. Yo sé que Vos seguís tambien en el cielo siendo nuestro abogado, y sé que continuais en rogar por nosotros. Seguid, pues, pidiendo, pero pedid mas particularmente por mí, Jesús mio, que tengo mas necesidad de vuestras súplicas. Yo espero que ya Dios me haya perdonado por vuestros méritos; mas así como tantas veces he caido, así puedo volver á

caer. El infierno no deja ni dejará de tentar-me para hacerme perder nuevamente vuestra amistad. ¡Ah! Jesús mio, Vos sois mi esperanza; Vos me habeis de dar la fortaleza para resistir; á Vos la pido, y de Vos la espero. No me contento solo con la gracia de no recaer; quiero tambien la gracia de amaros muchísimo. Se acerca mi muerte, y si ahora yo muriese esperaria salvarme, sí, pero os amaria poco en el paraíso, porque hasta ahora os he amado poco. Quiero, pues, amaros mucho en la vida que me resta para amaros mucho en la eternidad. ¡Oh María, madre mia, rogad tambien por mí á Jesús: vuestras súplicas todo lo pueden para con este Hijo que tanto os ama. Vos teneis tanto deseo de verle amado; pedidle, pues, que me dé un grande amor hácia su bondad, y que este amor sea constante y eterno.

MEDITACION XI.

De la pobreza del niño Jesús.

¡Oh Dios! ¿Quién no lo compadeceria si viese un príncipe hijo de un monarca, nacido tan pobre, que hubiese de albergarse en

una cueva húmeda y fria , sin tener lecho ni criados , ni fuego , ni ropas bastantes para calentarlo ? ; Ah Jesús mio ! Vos sois , pues , el Hijo del Señor del cielo y de la tierra , Vos sois el que en esta gruta no teneis otra cosa que un pesebre por cuna , paja por lecho , y unos pobres pañales para cubriros. Los Ángeles están á vuestro rededor para alabaros , pero en nada socorren vuestra pobreza. Redentor mio , cuanto mas pobre sois mas amable os haceis , habiendo á este fin abrazado tanta pobreza. Si naciérais en una habitacion régia , si tuviéseis una cuna de oro , si os asistiesen los primeros grandes de la tierra , os atraeríais de los hombres mayor respeto , pero menos amor. Mas ahora esta gruta en que os albergais , estos viles pañales que os cubren , esta paja que os sirve de cama , este pesebre que es vuestra cuna , ¡ oh ! y cómo atraen á Vos nuestros corazones , siendo así que os habeis hecho tan pobre para haceros á nosotros mas amable ! « Cuanto por mí mas abatido , tanto para mí mas amado , dice « san Bernardo. » Os habeis hecho pobre , para enriquecernos con vuestra pobreza , segun lo que nos enseña san Pablo : *Egenus factus*

*est, ut illius inopia vos divites essetis*¹. En efecto: la pobreza de Jesucristo fue para nosotros una gran riqueza; pues que ella nos mueve á adquirirnó los bienes del cielo, despreciando los de la tierra. ¡Ah Jesús mio! esta vuestra pobreza ciertamente ha llevado á muchos Santos á dejarlo todo, riquezas, honores y reinos para ser pobres con Vos. Ea pues, Salvador mio, desprendedme tambien del afecto á los bienes de la tierra, para que sea hecho digno de adquirir vuestro santo amor, y de esta manera poseer á Vos, bien infinito.

Afectos y súplicas.

¡Oh! pudiera deciros yo tambien, santo Niño, con vuestro amado san Francisco: «Dios mio y todas las cosas;» y con David: «¿Qué hay para mí en el cielo? y fuera de tí ¿qué he querido sobre la tierra? Dios de mi corazon, y mi porcion, Dios para siempre². ¡Ojalá fuese que de hoy en adelante yo no codiciase otra riqueza que la de vuestro amor; y que este mi corazon no fuera ya dominado mas de la vanidad del mundo, sí que

¹ II Cor. viii, 9. — ² Psalm. lxxii, 25, 26.

Vos solo fuéseis su único Señor, pudiendo comenzar á decir : « Dios de mi corazon , mi porcion , Dios para siempre ! » ; Miserable, hasta aquí he buscado los bienes terrenos , y no he hallado mas que espinas y hiel ! Mayor satisfaccion me causa el hallarme ahora á vuestros piés , para daros gracias y amaros , que contento me han dado todos mis pecados. Un solo temor me aflige , y es que quizá no me habréis aun perdonado ; pero vuestras promesas de perdonar al que se arrepiente : el veros hecho tan pobre por mi amor : el sentirme llamado de Vos á amaros : las lágrimas, la sangre que habeis derramado por mí : los dolores , las ignominias , la muerte amarga que por mí habeis sufrido , me consuelan , y me hacen esperar seguramente el perdon. Y si todavía no me habeis perdonado , decidme ¿ qué he de hacer ? ¿ Quereis que me arrepienta ? Yo me arrepiento , pues , con todo mi corazon de haberos despreciado , Jesús mio. ¿ Quereis que os ame ? Os amo mas que á mí mismo. ¿ Quereis que yo lo deje todo ? Sí , todo lo dejo , y á Vos solo me entrego , y sé que Vos me aceptais ; de otra manera yo no tendria ni arrepentimiento , ni amor , ni deseo

de entregarme á Vos. Pues que me doy á Vos y me aceptais, no permitais que este amor entre Vos y yo haya jamás de disolverse. Madre mía, María, alcanzadme que yo ame siempre á Jesús, y sea amado siempre de Jesús.

Aquí, en el día de la vigilia de la Epifanía, se repite la meditacion puesta en el número V entre las de Adviento, pág. 35.

MEDITACIONES

PARA LOS DIAS DE LA OCTAVA DE LA EPI-
FANÍA.

MEDITACION I.

De la adoracion de los Magos.

Nace Jesús pobre en un establo; y si bien le reconocen los Ángeles del cielo, los hombres de la tierra lo dejan abandonado. Solos unos pocos pastores vienen á visitarle. Mas el Redentor quiere comenzar ya á comunicar la gracia de su redencion, y por esto se manifiesta primero á los gentiles que le conocian menos. Á este fin ilumina por medio de una estrella á los santos Magos, para que vengan á adorar á su Salvador. Este fue el principio y lo sumo de los favores hechos á nosotros, el llamamiento á la fe, al que siguió el de la gracia, de la cual los hombres estaban privados. Ved los Magos, que sin tardanza se ponen en viaje; la estrella los acompaña hasta la cueva en donde está el santo Niño. Llegado que hubieron, entran, y ¿qué hallan? En-

cuentran una pobre doncella y un pobre niño cubierto de míseros pañales, sin nadie que le corteje y asista. Pero ¡ah! que al entrar en aquella gruta los santos viajeros, sienten un gozo nunca experimentado: sienten encadenarse el corazón hácia aquel amado Niño que ven: aquellas pajas, aquella pobreza, aquellos vagidos de su pequeñuelo Salvador, ¡oh y qué saetas de amor! ¡qué felices llamas son para los corazones iluminados! El Niño les muestra un rostro alegre, y esta es la señal del afecto con que los acepta entre las primeras prendas de la redención. Miran después los santos Reyes á María, la cual no habla. Permanece en silencio; mas en su rostro bienaventurado que respira la dulzura del paraíso los acoge expresiva, y les da las gracias de haber venido los primeros á reconocer á su Hijo, que era para ellos su soberano. Contemplad como ellos le adoran, aunque en silencio por reverencia, le honran como á su Dios al besarle los piés, y ofrecen sus dones de oro, de incienso y de mirra. Adoremos nosotros con los santos Magos á nuestro pequeñito Rey Jesús y ofrezcámosle todos nuestros corazones.

Afectos y súplicas.

Amable Niño , aunque yo os mire en esa cueva reclinado sobre la paja , tan pobre y despreciado , la fe sin embargo me enseña que Vos sois mi Dios bajado del cielo por mi salvacion. Os reconozco , pues , y os confieso por mi supremo Señor y mi Salvador ; pero no tengo que ofreceros. No tengo oro de amor , habiendo amado á las criaturas y á mis caprichos , sin amaros á Vos , bien infinito. No tengo incienso de oracion , porque he vivido miserablemente olvidado de Vos. No tengo mirra de mortificacion , cuando por no privarme de mis placeres he disgustado tantas veces vuestra bondad infinita. ¿Qué cosa , pues , os ofreceré ? Os ofrezco este mi corazon súcio y pobre cual es ; aceptadlo y mudadlo. Vos á este fin habeis venido al mundo para lavar los manchados afectos de los humanos corazones , y así trocarlos de pecadores á santos. Dadme , pues , este oro , este incienso y esta mirra. Dadme el oro de vuestro santo amor ; dadme el espíritu de la santa oracion ; dadme el deseo y la virtud de mortificarme

en todas las cosas que os desagradan. Yo resuelvo obedeceros y amaros, pero Vos sabeis mi debilidad; dadme la gracia de seros fiel. Virgen santísima, Vos que acogisteis con tanto cariño y consolásteis á los santos Magos, acoged tambien, y consolad á mí, que vengo ahora á visitar, y á ofrecerme á vuestro Hijo. Madre mia, en vuestra intercesion confio muchísimo. Recomendadme á Jesús. Á Vos entrego mi alma y mi voluntad. Ligadla por siempre al amor de Jesús.

MEDITACION II.

De la presentacion de Jesús al templo.

Llegado el tiempo en que María, segun la ley, habia de ir á purificarse al templo, y presentar Jesús al divino Padre, ved que se dirige allá juntamente con José. Este toma las dos tortolillas que debian ofrecerle; y María toma su amado Niño, toma el divino Corde-rito para ir á sacrificarle, en señal de aquel gran sacrificio que un dia este mismo Hijo habia de consumir sobre la cruz. Considerad como la santa Virgen entra ya en el templo: hace la oblacion de Jesús por parte del gé-

nero humano, y dice: «Hé aquí, ó eterno
«Padre, vuestro amado Unigénito, que es
«vuestro Hijo, y tambien mio; yo os le ofrezco
«como víctima de vuestra divina justicia pa-
«ra aplacaros con los pecadores. Aceptadla, ó
«Dios de misericordia, tened piedad de nues-
«tras miserias; por amor de este Cordero in-
«maculado recibid en vuestra gracia á los
«hombres.» Agrégase á la oblacion de Ma-
ría la de José; y el santo Niño dice tambien:
«Aquí me teneis, Padre mio, á Vos consagro
«toda mi vida: me habeis enviado al mundo
«para salvarlo con mi sangre. Héla, y á mí
«todo; á Vos me ofrezco por el rescate del li-
«naje humano.» *Se entregó á sí mismo por
nosotros, ofrenda y hostia á Dios* ¹. Ningun
sacrificio fue jamás tan acepto á Dios, cuanto
lo fue este que le hizo entonces su amado Hijo,
víctima y sacerdote desde niño. Si todos los
hombres y todos los Ángeles hubiesen ofre-
cido sus vidas, no hubiera sido ciertamente
su oblacion tan apreciable á Dios como lo fue
esta de Jesucristo, pues que en este solo ofre-
cimiento al eterno Padre recibió un honor
infinito y una satisfaccion infinita. Habiendo,

¹ Ephes. v, 2.

pues, Jesús ofrecido la vida al eterno Padre por nuestro amor, justo es que nosotros le ofrezcamos tambien la nuestra, y todo lo que somos. Esto es lo que él mismo desea, como significó á la beata Ángela de Foligno diciéndole: « Yo me he ofrecido por tí, á fin de que « tú te ofrezcas por mí. »

Afectos y súplicas.

Eterno Padre, yo miserable pecador, reo de mil infiernos, hov me presento á Vos. Dios de infinita majestad, y os ofrezco mi pobre corazon; pero ¡ oh Señor! ¿qué corazon os ofrezco? uno, que no ha sabido amaros, antes bien os ha ofendido tanto, y os ha hecho traicion tantas veces; pero ahora os lo ofrezco arrepentido, y resuelto de volver á amaros á toda costa y obedeceros en todo. Perdonadme, y atraedme todo á vuestro amor. Yo no merezco ser escuchado, mas bien lo merece vuestro Hijo, quien aun niño se ofrece á Vos en sacrificio por mi salvacion. Este Hijo y su sacrificio os ofrezco, y en él pongo todas mis esperanzas. Os doy gracias, Padre mio, porque le habeis enviado á la tierra á sacrificarse

por mí. Os doy gracias, ó Verbo encarnado, Cordero divino que os ofrecisteis á la muerte por mi alma. Os amo, carísimo Redentor, y solo á Vos quiero amar, ya que fuera de Vos no hallo quien por salvarme haya ofrecido y sacrificado su vida. Me hace llorar el ver que con los demás he sido agradecido, y solo con Vos he sido un ingrato; pero Vos no quereis mi muerte, sino que me convierta y viva. Sí, Jesús mio, á Vos vuelvo, y me arrepiento con todo el corazon de haberos ofendido, y de haber ofendido á un Dios que se ha sacrificado por mí. Dadme la vida; ella la emplearé en amaros á Vos, sumo bien: haced que os ame, y nada mas os pido. María, madre mia, Vos ofrecisteis entonces en el templo á este Hijo tambien por mí. Volvedle á ofrecer ahora, y rogad al eterno Padre que por el amor de Jesús me acepte por suyo. Y Vos, Reina mia, recibidme por Hijo vuestro y perpétuo siervo. Si yo soy vuestro siervo, lo seré igualmente de vuestro Hijo.

MEDITACION III.

De la huida de Jesús á Egipto.

Aparece el Ángel á José en sueños, y le da á saber que Herodes andaba buscando á Jesús para quitarle la vida, por lo que le dice: *Levántate y toma el Niño y á su Madre, y huye á Egipto*¹. Hé aquí, pues, que apenas ha nacido Jesús, y es perseguido ya de muerte. Herodes es figura de aquellos miserables pecadores, que tan luego como ven renacido en su alma á Jesucristo por el perdón, le persiguen de nuevo á muerte volviendo al pecado: «Buscan al Niño para perderle.» José obedece prontamente á la voz del Ángel, y avisa de ello á la santa Esposa. Toma los pocos instrumentos de su oficio que podía llevar, y que habian de servirle para procurar en Egipto el sustento á su pobre familia. María á la vez reúne un pequeñito atado de pañales para el uso del santo Niño, y despues se dirige al aposento, se arrodilla ante todas cosas delante de su tierno Infante, le besa los piés, y des-

¹ Matth. II.

pues con lágrimas de ternura le dice: ¡Oh Hijo mio! apenas habeis nacido y venido al mundo para salvar á los hombres, ya estos mismos os buscan para quitaros la vida. Dicho esto lo toma, y siguiendo ambos Esposos en llorar, cierran la puerta, y en la misma noche se ponen en camino. Vé considerando las ocupaciones de estos santos peregrinos en tal viaje. Todas las conversaciones son de su amado Jesús, de su paciencia y de su amor, aliviándose de esta manera en las penas é incomodidades de tan largo camino. ¡Oh cuán dulce es padecer á vista de Jesús que padece! Acompaña te también tú, alma mia, dice san Buenaventura, con estos tres santos y pobres desterrados, y compadécelos en esta peregrinacion que hacen tan fatigosa, larga y sin comodidad. Ruega á María que te conceda llevar en tu corazon á su Hijo divino. Considera cuánto debería padecer, especialmente en aquellas noches que habia de pasar en el desierto de Egipto. La desnuda tierra les serviria de lecho al aire libre y frio. Lloran el Niño por dolor. Lloran María y José por compasion. ¡Oh fe santa! y ¿quién no llorara al ver un Hijo de Dios, que, hecho chiquito,

pobre y abandonado , huye por un desierto para librarse de la muerte?

Afectos y súplicas.

Mi amado Jesús , Vos sois el Rey del cielo, mas ahora os veo Niño , andando errante sobre la tierra ; decidme ¿ qué andais buscando? Yo os compadezco cuando os miro tan pobre y humillado , pero mas al veros tratado con tanta ingratitud por aquellos mismos á quienes habeis venido á salvar. Vos llorais, pero lloro tambien yo por haber sido uno de tantos que en el tiempo pasado os han despreciado y perseguido. Pero sabed que ahora aprecio mas vuestra gracia que todos los reinos del mundo ; perdonadme , Jesús mio , todos los malos tratamientos que os he hecho, y permitid que así como María os llevaba en brazos cuando huia á Egipto , del mismo modo os lleve yo siempre en el corazon durante el viaje de mi vida presente á la eternidad. Amado Redentor mio , muchas veces os he desechado de mi alma , pero ahora espero que hayais vuelto á poseerla. ¡ Ah ! estrechadla, pues , á Vos con las dulces cadenas de vues-

tro amor. Yo no quiero apartaros mas de mí, pero temo ¡quién sabe, si tendré que abandonaros de nuevo, como lo he hecho anteriormente! ¡Oh mi Señor! hacedme primero morir que yo haya de usar esta nueva y horrenda ingratitud. Os amo, bondad infinita, y así quiero siempre repetir, yo os amo, yo os amo, yo os amo; y de esta manera diciendo siempre, espero tambien morir. ¡Ah Jesús mio! Vos sois muy bueno, muy digno de ser amado; haceos, pues, amar, haceos amar de tantos pecadores que os persiguen; dadles luz, hacedles conocer el amor que les habeis tenido y el amor que os mereceis, pues que andais prófugo por la tierra, Niño tierno y pobre, llorando, temblando de frio y buscando almas que quieran amaros. ¡Oh María! ¡oh santa Virgen! ¡oh Madre amada y compañera de los padecimientos de Jesús, ayudadme Vos á llevar y conservar siempre en mi corazon á vuestro Hijo en la vida y en la muerte.

MEDITACION IV.

De la mansion de Jesús en Egipto.

Eligió Jesús la mansion de Egipto en la niñez por hacer una vida mas dura y despreciada. Segun san Anselmo y otros escritores, habitó la sagrada familia en Heliópolis. Vamos contemplando con san Buenaventura la vida que llevó Jesús en Egipto por el tiempo que allí estuvo. La casa era muy pobre, porque era muy escaso el alquiler que podia pagar san José: pobre es la cama; pobre es la comida; pobre es en suma su vida, mientras apenas allegan para el sustento diario con los trabajos de sus manos, viviendo además en un país donde son desconocidos, sin parientes, sin amigos y despreciados. Vive sí en gran pobreza esta familia; pero ¡oh cuán bien ordenadas se hallan las ocupaciones de estos tres habitantes! El santo Niño no pronuncia palabra alguna, pero habla con el corazón continuamente, ofreciendo á su Padre celestial todos los padecimientos y momentos de su vida por nuestra salvacion. María tampoco habla, pero á vista de aquel precioso Infante

contempla el divino amor y la gracia que le ha hecho de haberle elegido por madre suya. José trabaja en silencio, y á vista del divino Niño arde en afectos dándole gracias de haberle elegido por compañero y custodio de su vida. En esta casa María quita la leche á Jesús; antes lo alimentaba con el pecho, ahora lo alimenta con la mano. Lo tiene en su regazo, toma de la horterilla un poco de pan deshecho con agua, y despues lo lleva á la sagrada boca del Hijo. En esta casa prepara María el primer vestidillo al Niño, y llegado el tiempo deja las fajas y comienza á ponérselo. En la misma casa comienza Jesús á andar y hablar. ¡Ah! adoremos aquellos primeros pasos que dió el Verbo encarnado, y las primeras palabras de vida eterna que profirió. ¡Oh pasos! ¡oh palabras balbucientes! ¡Ah, pequeños servicios de Jesús, cuánto herís é inflamais los corazones de los que le aman y os consideran. ¡Un Dios andar temblando y cayendo! ¡un Dios balbuciendo! ¡un Dios hecho tan débil que no puede emplearse en otro que en haciendas de la casa, que no puede levantar un palo, si su peso es superior á las fuerzas de un niño! ¡Ah, fe

santa, ilumínanos para amar á este buen Señor que por amor nuestro se ha reducido á tantas miserias. Dícese que al entrar Jesús en Egipto cayeron todos los ídolos de aquellas regiones. Roguemos, pues, á Dios que nos haga amar de corazon á Jesús, porque en aquella alma donde entra el amor al mismo, caen todos los ídolos de los afectos terrenos.

Afectos y súplicas.

Ó santo Niño, que os estais en ese país de bárbaros, pobre, desconocido y despreciado, yo os reconozco por mi Dios y Salvador, y os doy gracias de todas las humillaciones y padecimientos que sufristeis en Egipto por mi amor. Con aquella vida me enseñasteis á vivir como peregrino en esta tierra, dándome á entender que no es esta mi patria, sí el paraíso que Vos vinisteis á adquirirme con vuestra muerte. ¡Ah, Jesús mio, yo os he sido ingrato porque he pensado poco en lo que habeis hecho y padecido por mí. Cuando yo pienso que Vos, Hijo de Dios, habeis llevado una vida tan atribulada, pobre y descuidada, ¿cómo es posible que vaya buscando

holguras y bienes de la tierra? Ea pues, Redentor mio, hacedme vuestro compañero, admitidme á vivir unido siempre con Vos en este mundo, para que despues vaya á amaros en el cielo hecho vuestro compañero eterno. Dadme luz, aumentad mi fe. ¿Para qué riquezas? ¿para qué placeres? ¿para qué dignidades? ¿para qué honores? Todo es vanidad y locuras. La única riqueza, el único bien es poseeros á Vos, bien infinito. ¡Dichoso quien os ama! Yo os amo, pues, Jesús mio, y no busco á otro que á Vos. Me quereis, y yo os quiero tambien. Si tuviera mil reinos, todos los renunciaria por daros gusto. Si hasta aquí he andado tras las vanidades y placeres de este mundo, ahora los detesto y me duelo de ello. Mi amado Salvador, de hoy en adelante Vos habeis de ser mi único contento, el único amor, mi único tesoro. María santísima, rogad á Jesús por mí; rogadle que solo me haga rico de su santo amor, y nada deseo.

MEDITACION V.

De la vuelta de Jesús de Egipto.

Muerto que fue Herodes, y despues del destierro de siete años (segun la opinion comun de los Doctores), en los que habitó Jesús el Egipto, apareció de nuevo el Ángel á san José, y le mandó que tomase el santo Niño y la Madre y volviese á la Palestina. Consolado san José con este aviso, fué á participarlo á María. Mas antes que partiesen los santos Esposos, corteses como eran, se despidieron de los que en aquel país se habian honrado con su amistad. Despues José recoge los pocos instrumentos de su oficio, María su atadito de pañales, y tomando de la mano al divino Niño emprenden el regreso, llevándolo en medio de los dos. Considera san Buena-ventura que este viaje fue mas fatigoso á Jesús que el de su huida; pues que ahora habia ya crecido, y no podian llevarlo José y María en brazos á largos trechos. Por otra parte el santo Niño en aquella edad no era aun apto para andar grandes distancias; así que fue necesario en tal viaje que Jesús se

parase á menudo y reposase por el cansancio. Pero Jesús y María , bien anduviesen , bien descansasen , siempre tenian puestos los ojos y el pensamiento en el amado Niño que era todo el objeto de su amor. ¡ Oh cómo marcha recogida en esta vida aquella alma feliz que tiene delante de su vista el amor y los ejemplos de Jesucristo ! Los santos viajeros interrumpen de cuando en cuando el silencio con algun santo razonamiento , pero ¿ con quién hablan ? y ¿ de qué hablan ? No hablan sino con Jesús y de Jesús. Quien tiene á Jesús en el corazon , no habla mas que con Jesús y de Jesús. Considera tambien la pena que deberia padecer nuestro pequeñito Salvador en las noches de este viaje , en el cual no tuvo por lecho el regazo de María , como sucedió á la ida , sino la desnuda tierra ; y por comida no tuvo ya la leche , sino un poco de pan demasiado duro á su tierna edad. Fue tambien visiblemente afligido de la sed en aquel desierto , en el cual los hebreos habian tenido tanta necesidad de agua que fue preciso un milagro para socorrerlos. Contemplemos , pues , y adoremos con amor todos estos padecimientos de Jesús niño.

Afectos y súplicas.

Amado y àdorado Niño, Vos volveis á vuestra patria , pero ¿ á dónde ? ¡ oh Dios ! ¿ á dónde regresais ? ¿ á dónde venís ? Venís á aquel lugar en el que vuestros paisanos os preparan desprecios en vida , y despues azotes , espinas , ignominias y cruz en la muerte. Todo estaba ya presente , ó Jesús mio , á vuestros divinos ojos , y Vos venís voluntariamente á encontrar aquella pasion que os predisponen los hombres. Pero , Redentor mio , si Vos no hubiéseis venido á morir por mí , no podria yo ir á amaros en el paraíso , debiendo estar para siempre alejado de Vos. Vuestra muerte ha sido mi salvacion. Mas ¿ cómo es que yo , aun despues de vuestra muerte , despreciando la gracia que con ella me adquirísteis me he condenado de nuevo al infierno ? ¡ Ah ! conozco ser poco un infierno para mí. Pero Vos me habeis esperado para perdonarme , y ya arrepentido detesto todos los disgustos que os he dado. Ea pues , Señor , libradme de las penas eternas. ¡ Ah ! miserable de mí , si otra vez me condenase ! ¡ qué

tormento tan grande seria el remordimiento de haber considerado ya , y gustado en mi vida el amor que habeis tenido ! No tanto el fuego del infierno , cuanto el recuerdo de vuestro amor , ó mi Jesús , seria mi pena. Vos habeis venido al mundo á fin de encender el fuego de vuestro santo amor ; de este fuego quiero ser abrasado , y no de aquel que me tendria para siempre separado de Vos. Repito, pues , Jesús mio , libradme del infierno, porque en él no os puedo amar. Ó María, madre mia, por todas partes oigo decir y predicar que aquellos que os aman y confian en Vos no se condenan si quieren enmendarse. Yo os amo , Señora mia , y en Vos confio , quiero enmendarme. ¡ Oh María ! pensad en librar-me del infierno.

MEDITACION VI.

De la morada de Jesús en Nazaret.

Regresado que hubo san José á la Palestina, supo que Arquelao reinaba en la Judea en lugar de Herodes su padre ; por lo que temió ir allá , y avisado en sueños marchó á Nazaret, y allí fijó su permanencia en una po-

bre casa. ¡ Oh casita afortunada de Nazaret! yo te saludo y te adoro. Vendrá un tiempo en que serás visitada de los primeros príncipes de la tierra; hallándose los peregrinos en tu recinto no se saciarán de derramar lágrimas de ternura, al pensar que dentro de tus pobres paredes pasó cuási toda su vida el Rey del paraíso. En esta casa habitó el Verbo encarnado el resto de su niñez y de su juventud. Y ¿ cómo vivió? vivió pobre y despreciado de los hombres, haciendo el oficio de simple muchacho, y obedeciendo á María y José: *et erat subditus illis* ¹. ¡ Oh Dios, qué ternura causa el considerar que en aquella pobre casa el Hijo de Dios vive de sirviente! Ahora va á tomar agua, luego abre y cierra el taller, despues se ocupa en los ínfimos servicios de la limpieza y aseo del aposento. unas veces recoge los fragmentos de madera para el fuego, y otras trabaja ayudando a José en sus labores. ¡ Oh pasmo! ver a un Dios que obedece, un Dios que sirve de criado! ¡ Oh pensamiento que debiera hacernos arder de un amor santo hácia un Redentor que se ha reducido á tal bajeza para hacerse amar de

¹ Luc. II.

nosotros! Adoremos todas estas acciones serviles de Jesús, porque eran todas divinas. Adoremos, sobre todo, la vida escondida y despreciada que hizo Jesucristo en la casa de Nazaret. ¡ Oh hombres soberbios! ¿ cómo podeis ambicionar el hacer figura y ser honrados en el mundo viendo á nuestro Dios que gasta treinta años de vida en un estado pobre, oscuro y desconocido, para enseñarnos el retiro y la vida humilde y oculta?

Afectos y súplicas.

¡ Ah! mi adorado Niño, yo os miro como ínfimo criado trabajar y sudar de fatiga en ese taller tan pobre! Comprendo ya que Vos servís y trabajais por mí. Pero así como Vos empleásteis toda vuestra vida por amor mio, haced que yo del mismo modo emplee la vida que me resta por amor vuestro. No mireis, Señor, mi vida pasada; aquella para mí, y para Vos, ha sido vida de dolor y de llanto, vida desordenada, vida de pecados. Ea pues, permitidme que os acompañe en los dias que me quedan á trabajar con Vos y padecer en el taller de Nazaret, y morir despues con Vos

en el Calvario abrazando aquella muerte que me teneis destinada. Mi precioso Jesús, amor mio, no permitais que yo os deje mas, y os abandone, como he hecho hasta aquí. Vos, Dios mio, oculto, desconocido y despreciado, padeciendo en un taller con tanta pobreza, y yo gusano vil he andado buscando honores y placeres; y por ellos ¡oh Dios! me he separado de Vos, sumo bien! No, Jesús mio, yo os amo, y porque os amo no quiero mas verme separado de Vos. Renúnciolo todo por unirme á Vos, Redentor mio, escondido y olvidado. Mas me llena vuestra amistad y gracia, que satisfacciones me han dado todos los gustos y vanidades de la tierra, por los que yo miserable os he dejado. ¡Padre eterno! por los méritos de Jesucristo estrechadme con Vos por el don de vuestro santo amor. Virgen santísima, ¡feliz Vos que hecha compañera de vuestro Hijo en la vida pobre y oculta, supísteis haceros tan semejante á vuestro Jesús! Madre mia, haced que tambien yo al menos por este poco de vida que tendré me haga semejante á Vos y á mi Redentor.

MEDITACION VII.

Continúa el mismo asunto.

El evangelista san Lucas hablando de la permanencia de Jesús en Nazaret dice: *Y Jesús crecía en sabiduría y en edad, y en gracia delante de Dios y de los hombres* ¹. Así como Jesús iba creciendo en edad, así crecía en sabiduría; no porque con los años fuese adquiriendo mayor conocimiento de las cosas, como nos sucede á nosotros, pues que desde el primer momento de su vida Jesús estuvo lleno de toda la ciencia y sabiduría divina, «*estando escondidos en él todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, segun san Pablo.*» Pero se dice que crecía, porque iba con la edad siempre manifestando mas su sublime sabiduría. Del mismo modo se entiende tambien que Jesucristo crecía en gracia delante de Dios y de los hombres; pues en cuanto Dios, aunque todas sus acciones divinas no le hiciesen mas santo, ni le aumentasen mérito, estando desde el principio en su plenitud; no obstante las operaciones del Redentor eran

¹ Luc. II.

por sí todas suficientes para acrecentarle la gracia y el mérito. Crecia además en la gracia delante los hombres , aumentándose su hermosura y amabilidad. ¡ Oh , y cómo se mostraba siempre mas precioso Jesús y mas amable en su juventud , haciendo conocer de cada dia mas las bellas cualidades por las que debia ser amado ! ¡ Con qué alegría el santo jovencito obedecia á María y á José ! ¡ con qué recogimiento de espíritu trabajaba ! ¡ con qué parsimonia y modestia se alimentaba ! ¡ con qué compostura hablaba ! ¡ con qué dulzura y afabilidad conversaba con todos ! ¡ con qué devocion oraba ! En suma , toda accion , toda palabra , todo movimiento de Jesucristo enamoraba y heria el corazon de cuantos le contemplaban , y especialmente de María y de José que tuvieron la dicha de tenerle siempre al lado. ¡ Oh , y cómo estaban los santos Esposos siempre atentos á contemplar y admirar todas las operaciones , las palabras y los gestos de aquel Hombre-Dios !

Afectos y súplicas.

Creced , pues , amado Jesús , creced por mí. Creced para enseñarme con vuestros di-

vinos ejemplos todas las virtudes. Creced para consumir el gran sacrificio sobre la cruz, del cual depende mi salvacion eterna. ¡ Ah ! haced , ó mi Señor , que yo tambien crezca siempre en vuestro amor y en vuestra gracia. ¡ Miserable de mí , que hasta aquí he crecido siempre en ingratitud hácia Vos , que tanto me habeis amado ! En adelante haced que suceda todo lo contrario ; Vos sabeis mi debilidad y habeis de darme luz y fuerza. Hacedme conocer las bellas prendas que teneis para ser amado. Sois un Dios de infinita hermosura y bondad , que no habeis rehusado bajar á esta tierra y haceros hombre por nosotros, llevando una vida humilde y penosa , terminándola despues con una muerte cruel. Y ¿ dónde podíamos encontrar un objeto mas amable y mas amante que Vos ? ¡ Insensato ! en el tiempo pasado no he querido conoceros, y por esto os he perdido. De ello os pido perdón , lo detesto con toda el alma, y resuelvo ser todo vuestro. Pero Vos ayudadme ; recordadme siempre la vida trabajosa y la muerte amarga que habeis sufrido por mi amor. Dadme , pues , luz y dadme fuerza. Cuando el demonio me presente algun fruto vedado, ha-

cedme fuerte para despreciarlo ; no permitais que por cualquier vil y momentáneo interés os pierda yo , bien infinito. Os amo , Jesús mio , muerto por mí : os amo , bondad infinita : os amo , enamorado de mi alma. María, Vos sois mi esperanza ; por vuestra intercession confio amar de hoy en adelante para siempre á mi Dios , y de no amar á otro que á Dios.

MEDITACION VIII.

De la pérdida de Jesús en el templo .

Refiere san Lucas (cap. 11) , que María y José iban todos los años á Jerusalem en el dia de la Pascua , y llevaban consigo al niño Jesús. Era, pues, costumbre (segun el venerable Beda) entre los hebreos hacer este viaje al templo (á lo menos á la vuelta) , yendo los varones separados de las mujeres ; y los niños iban segun les parecia en compañía ó de los padres ó de las madres. El Redentor, que tenia entonces doce años, se quedó en aquella solemnidad por tres dias en Jerusalem , creyendo María que iba el Niño con José, y este que iba con María, *existimantes illum esse in comi-*

tatu. Jesús empleó todo aquel tiempo en honrar á su eterno Padre con ayunos, vigiliass y oraciones. Si tomó algun poco de comida, dice san Bernardo, debia procurársela mendigando, y si tomó un poco de reposo no tuvo otro lecho que la desnuda tierra. Llegada la tarde, y reunidos José y María en su casa, no hallaron á Jesús, por lo que afligidos comenzaron á buscarlo entre los parientes y los amigos. Últimamente volviendo á Jerusalem, al tercero dia le hallan en el templo que disputaba con los doctores; los cuales pasmados admiraban las preguntas y respuestas de aquel gran Niño. Al verlo María le dice: *Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Mira como tu Padre y yo angustiados te buscábamos...* No hay en esta tierra pena semejante á la que experimenta un alma que ama á Jesús si teme que se haya alejado de él por cualquier falta suya. Esta fue la pena que tanto afligió á María y José en aquellos dias, temiendo acaso por su humildad, como dice el devoto Lanspergio, que se hubiesen hecho indignos de guardar un tan gran tesoro. De aquí fue que al verlo María, para darle á entender su dolor, le dice de aquella manera, y Jesús

responde : *¿No sabíais que en las cosas que son de mi Padre me conviene estar ?* Aprendamos de tal misterio dos documentos. El primero, que debemos dejar á todos , amigos y parientes, cuando se trata de procurar la gloria de Dios. El segundo , que Dios se hace hallar de quien le busca , conforme aquellas palabras de Jeremías: *Bueno es el Señor para el alma que le busca* ¹.

Afectos y súplicas.

¡Oh María! Vos llorais porque habeis perdido unos pocos dias á vuestro Hijo. Él se ha alejado de vuestra vista, pero no de vuestro corazon. ¿No conoceis, Señora, que aquel puro amor con el cual le amais le tiene ciertamente unido y estrechado con Vos? ¿Y sabéis tambien que el que ama á Dios no puede dejar de ser amado del mismo , que dice *yo amo á los que me aman?* ¿Qué temeis , pues? ¿por qué llorais? Dejad que llore yo, habiendo perdido á Dios tantas veces por mi culpa desechándolo de mi alma. ¡ Ah Jesús mio ! ¿Cómo he podido ofenderos á ojos abiertos,

¹ Thren. III, 35.

sabiendo que os perdía con el pecado? Pero Vos no quereis que desespere, sino que se alegre el corazon que os busca. *Lætetur cor quærentium Dominum* ¹. Si en el tiempo pasado os he dejado, amor mio, ahora os busco, ni quiero á otro que á Vos. Y para que posea vuestra gracia, renuncio todos los bienes y gustos de la tierra, renuncio tambien á mi vida. Vos habeis dicho que amais á los que os aman. Yo os amo, pues; amadme Vos. Aprecio mas vuestro amor que el ser dueño de todo el mundo. Jesús mio, yo no quiero perderos mas, pero no puedo fiarme de mí, en Vos confio. Ea pues, estrechadme con Vos y no permitais que me haya de separar mas de Vos. ¡ Oh María, Vos me habeis hecho hallar á Dios, á quien perdí algun tiempo, alcanzadme asimismo la santa perseverancia, para lo cual tambien os digo con san Buena-ventura: *En ti, Señor, esperè, jamás serè confundido: In te, Domine, speravi, non confundar in æternum.*

¹ Psalm. civ, 3.

Ejemplos del niño Jesús.

I.

En las crónicas cistercienses ¹ se refiere, que viajando en la noche de Navidad cierto monje de Brabante, al pasar por un bosque sintió un gemido como de niño recién nacido; se acercó hácia donde oía la voz, y vió un hermoso infantito en medio de la nieve, que temblando todo de frio lloraba. Movido á compasion el religioso, enternecido se apeó prontamente de su cabalgadura, y aproximándose al niño, dice: ¡Oh hijito mio! ¿cómo te hallas aquí tan abandonado en medio de esta nieve, á llorar y morir? Y entonces oyó que le respondia: *¡Ay de mí! ¿y cómo puedo dejar de llorar mientras me veo tan abandonado de todos, y que ninguno me recoge ni tiene compasion de mí?* Y dicho esto desapareció el niño, dándonos á entender que él era el Redentor, quien con tal vision quiso reprender la ingratitud de los hombres, los cuales viéndolo nacido en una gruta por amor de ellos, le dejan llorar sin que ni aun lo compadezcan.

¹ Dia 24 nov.

II.

Cuenta el Pelbarto ¹ que cierto militar estaba lleno de vicios, pero tenia una mujer devota ; la cual no habiéndolo podido reducir, al menos le recomendó que no dejase de rezar todos los dias una *Ave María* delante cualquier imágen de Nuestra Señora. Un dia, yendo este tal á pecar, pasó por una iglesia, entró casualmente en ella , y viendo la imágen de la santa Vírgen le rezó arrodillado el *Ave María*; y en seguida ¿qué es lo que vió? Vió al niño Jesús en brazos de María, todo herido, que arrojaba sangre. Entonces dijo : ¡ Oh Dios! ¿qué bárbaro ha tratado de tal manera á este Niño? « Vosotros sois, respondió María, pecadores, los que tratais así á mi «Hijo.» Luego el militar arrepentido le pidió le alcanzase perdon, llamándola madre de misericordia; y la Señora dijo: Vosotros, pecadores, me llamais madre de misericordia, mas no dejais de hacerme madre de dolores y de miseria. Pero el penitente no decayó de ánimo, siguió rogando á María que interce-

¹ Stellar. lib. 12, part. ult. c. 7.

diese por él. La bienaventurada Virgen se volvió al Hijo y le pidió el perdón para aquel pecador. El Hijo parecía que repugnase; pero al punto le dijo María: Hijo mío, no me separaré de tus pies si no perdonas á este afligido que se encomienda á mí. Entonces respondió Jesús: Madre mía, yo jamás os he negado cosa alguna; ¿deseais para este el perdón? sea, pues, perdonado, y en señal del perdón que yo le doy, quiero que él mismo venga á besarme estas heridas. Fué el pecador, se acercó, y así como las besaba se cerraban las heridas. De allí, saliendo de la iglesia pidió perdón á su mujer, y de comun consentimiento dejaron ambos el mundo y se hicieron religiosos en dos monasterios donde terminaron la vida con una santa muerte.

III.

Refiere el P. Patrignani ¹, que hubo en Mesina un noble jóven, llamado Domingo Ansalone, el cual solia visitar frecuentemente en cierta iglesia una imágen de María, la cual tenia en brazos al niño Jesús de relie-

¹ Tom. IV, ej. 11:

ve , del que estaba enteramente enamorado. Luego Domingo se puso á la muerte. Pidió á los padres con muchísimo deseo que le trajesen á su amado niño , y no pudieron menos de darle este consuelo. Con lo cual todo contento , colocó la imágen en su misma cama , y siempre la estaba mirando afectuosamente , y de cuando en cuando vuelto luego al niño le decia : Jesús mio , tened piedad de mí , y despues dirigiéndose á los presentes : Mirad (les decia) , mirad qué hermoso es este mi señorito ! En la última noche llamó á sus padres , y delante de ellos dijo primeramente al santo Niño : Jesús mio , yo os dejo mi heredero ; y despues suplicó al padre y á la madre , que de cierta pequeña suma de dinero que él tenia le hiciesen celebrar nueve misas despues de su muerte ; y con lo restante hicieran un hermoso vestidito á su niño heredero. Antes de espirar , pues , alzando los ojos con rostro alegre , dijo : ¡ Oh cuán bello es ! ¡ oh cuán bello es mi Señor ! y así diciendo espiró...

IV.

Refiere el P. Nadasí ¹, que habiéndose introducido en un monasterio la devoción de enviar por turno á las religiosas la imagen del niño Jesús un día á cada una, alguna de aquellas vírgenes, á quien tocó su vez, después de haber estado en larga oración durante el día, llegada la noche tomó la imagen y la encerró en un pequeño armario. Mas apenas se había puesto á descansar, cuando el santo Niño daba golpes á la puerta de aquel armario: levantóse al instante de la cama la religiosa, y colocando nuevamente la imagen sobre el altarcito, hizo oración un gran rato. Después volvió á encerrarlo; pero el Niño volvió á golpear. Otra vez ella le sacó á fuera, y siguió en orar. Finalmente cansada del sueño, y tomada del Niño la licencia, se acostó en la cama y durmió hasta hacerse de día, y despertando bendijo aquella noche pasada en santa conversacion con su amado.

¹ Hebdom. 16 Pueri Jesu.

V.

Se halla escrito en el Diario dominicano , á 7 de octubre , que predicando santo Domingo en Roma , habia allí una pecadora llamada Catalina la Bella. Recibió esta un rosario de la mano del Santo , y comenzó á rezarlo ; pero no dejaba su mala vida. Un dia se le apareció Jesús , primero en forma de jóven , y despues se transformó en un gracioso niño , mas con una corona de espinas sobre la cabeza y con la cruz sobre las espaldas , derramando lágrimas de los ojos y sangre del cuerpo , el cual díjola : Basta ; no mas , Catalina , basta ; deja de ofenderme mas , mira cuánto me cuestas ; pues que yo he comenzado desde niño á padecer por tí , y no dejaré de padecer hasta la muerte. Catalina fué prontamente á encontrar á santo Domingo , se confesó con él , y dirigida por él mismo , despues de haber distribuido todo lo que tenia á los pobres , y haberse encerrado en una angosta celda murallada , se redujo á una vida tan fervorosa y mereció tales favores del cielo , que el Santo quedó admirado. Y finalmente visitada por María santísima logró una felicísima muerte.

VI.

Se dice en la vida del P. Zucchi de la Compañía de Jesús, devotísimo del niño Dios, de cuyas imágenes él se servía para ganar muchas almas al Señor, que un día dió una imagencita de estas á una señorita, la cual por otra parte era de costumbres inocentes, pero estaba léjos de pensar en hacerse religiosa. La doncella aceptó el regalo; pero en seguida sonriendo dijo: ¿Qué he de hacer yo, pues, de este niño? El Padre respondió: Nada mas que colocarlo sobre el pasamano ó clave que usais (deleitábase la dama mucho en tañer). Hízolo ella así, y téniedo siempre delante aquel niño, se llegaba á mirarlo muy á menudo, y de mirarlo comenzó á sentir algun movimiento de devocion; de allí se encendió en deseos de ser mejor, de modo que el instrumento le servia mas para orar que para tañer. Finalmente se resolvió á dejar el mundo y hacerse religiosa; y al punto toda alegre fué á contar al P. Zucchi que el niño le habia atraído á su amor, y separándola de los afectos terrenos la habia hecho suya toda. En-

tró religiosa, y se entregó á una vida de perfeccion.

VII.

La venerable sor Juana de Jesús y María, franciscana, mientras que un dia meditaba la persecucion de Jesús por Herodes, oyó un gran ruido como de gente armada que seguia á alguno, y luego vió un hermosísimo niño todo azorado que huia, y le decia: Juana mia, ayúdame, y sálvame. Yo soy Jesús Nazareno, huyo de los pecadores que me quieren quitar la vida y me persiguen peor que Herodes. Sálvame tú ¹.

Canciones al niño Jesús en el pesebre.

1.^a

Del estrellado cielo descendiste,
Y en pobre y fria gruta tú naciste.
¡ Oh divino Infante mi amante !
Yo te veo aquí temblar...
¡ Oh Dios humanado !
Y cuánto te costó el haberme amado!...

¹ Ap. P. Genov. serv. Dol. di Maria.

¡ Ah ! Tú que eres del mundo el Criador,
Falto de todo estás aquí, Señor!...
Oh Infantito hermoso, precioso !
Cuanto mas te miro aquí
De todo falto ahora ,
Tanto mas tu pobreza me enamora...

De Dios Hijo, las delicias de su seno
Las truecas por dormir sobre vil heno...
¡ Ah ! dulce amor de mi Señor,
¿Quién aquí te transportó?...
¡ Oh Jesús niño !
¿Por qué así padecer? por mi cariño!...

Mas, si es tu voluntad aquí sufrir ,
¿A qué viene el llorar? ¿á qué el gemir?
¡ Ah! Rey amado y adorado,
Ya sé yo por qué gemís!...
¡ Oh ! no; no es por dolor
Que gemís y llorais, es por amor.

Tú lloras porque ves que soy ingrato,
Y gimes porque ves que te maltrato...
Mas en mi pecho ya te estrecho
¡ Oh mi Dios, mi Rey , mi bien !
Y en adelante
Amor yo tē prometo el mas constante.

Tú duermes, ó mi Dios, mas entre tanto
Vela tu corazon amante y santo...
¡ Ah ! tiernecito Corderito !

¿En qué piensas me dirás?

¡Oh amor inmenso!

En morir por tu amor, respondes, pienso...

Si en morir piensas ya recién nacido

Por mí, ¿podré no amarte, ó mi querido?

¡Oh María, esperanza mia!

Si amo poco á tu Jesús,

Dame tú tu vivo amor,

Y siempre le amaré con vivo ardor.

2.^a

¡Oh mi dulce Jesús, cuánto te quiero,

Pues tan digno te hiciste de mi amor!...

Por tí quiero morir, así lo espero,

Pues por mí tú moriste, ó mi Señor!...

Adios al mundo digo, pues prefiero

Vivir, morir por tí, ó mi Salvador!...

Ámote, ó mi Jesús, que eres mi amante,

Y por hacerte amar naciste infante!...

Tus miembros tiritando están de frío,

Y está tu corazon de amor ardiendo;

Amor te transformó en hermano mio,

Amor te atormentó por mí muriendo;

Amor desarma aquí tu poderío

Prisionero entre fajas ¡ah! gimiendo...

Amor te espera al fin constante y fuerte,

Hasta morir por mí con dura muerte!...

Si tanto, pues, me amaste, ó caro Infante,
¿Habrá amor para amarte suficiente?
Del pesebre á la cruz ni un solo instante
Dejóme de me amar tu pecho ardiente...
¿Te bastará, Señor, que en adelante
Te quiera con amor el mas ferviente?
Así lo exiges tú, y yo te prometo
Que de mi amor serás el solo objeto.



MEDITACIONES

PARA

OBSEQUIAR AL CORAZON DE JESÚS,

COMPUESTAS POR

SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO,

PRÓLOGO DEL AUTOR ¹.

La devoción de todas las devociones es el amor á Jesucristo, pensando á menudo en el amor que nos ha tenido y nos tiene aquel amable Redentor. Se lamenta, y con razon, un devoto escritor, al ver que muchas personas se aplican á practicar diversas devociones, y descuidan esta; cuando en verdad el amor á Jesucristo debe ser la principal, ó mas bien la única devocion de un cristiano. De este descuido, pues,

¹ Se ha omitido en él lo perteneciente al origen y propagacion de esta devocion.

nace que las almas adelantan tan poco en la virtud, y continúan marchitándose en los mismos defectos, cayendo frecuentemente en culpas graves; porque atienden poco á adquirir el amor de Jesucristo, que es aquel lazo de oro que une y estrecha las almas con Dios.

Á este solo fin ha venido el Verbo eterno al mundo; para hacerse amar. Y el eterno Padre á este fin tambien le ha enviado al mundo; para que nos manifestase su amor, y de esta manera atrajese á sí el nuestro: protestándonos, que en tanto nos ama, en cuanto nosotros amamos á Jesucristo: que además nos dará sus gracias, siempre que se las pidamos en nombre de su Hijo; y entonces nos admitirá en la eterna bienaventuranza, cuando nos encuentre conformes á la vida de Jesucristo: conformidad que nosotros jamás la conseguiremos, ni aun la desearémos, si no nos aplicamos á considerar el amor que nos ha tenido Jesucristo. Este es, pues, el objeto á que se dirige la devocion

al Corazon de Jesús; la cual no es otra cosa que un ejercicio de amor hácia tan amable Señor, honrando principalmente su corazon como el lugar donde reside el amor, tratándolo no por sí separadamente, sino unido á la santa humanidad, y por consiguiente á la divina persona del Verbo.

MEDITACION I.

Corazon amable de Jesús.

Quien da á conocerse amable en todas las cosas, necesariamente se hace amar. ¡ Oh ! si nosotros estuviésemos atentos á conocer las bellas prendas que concurren en Jesucristo para ser amado ! Todos nos hallaríamos en la dichosa necesidad de amarlo. Porque ¿ qué corazon puede encontrarse mas amable que el de Jesús ? Corazon todo puro, todo santo, todo lleno de amor hácia Dios y hácia nosotros ; no siendo otros sus deseos que los de la divina gloria y nuestro bien. Este es aquel corazon en quien halla Dios todas sus delicias, todas sus complacencias. En él reinan todas las perfecciones, todas las virtudes: un amor

ardentísimo á Dios su Padre , unido á la mayor humildad y respeto que puedan darse: una suma confusion por nuestros pecados , de los cuales él se ha cargado , juntamente con la confianza de su Hijo tiernísimo: un sumo aborrecimiento á nuestras culpas , unido á una viva compasion de nuestras miserias: una extremada pena , junta con una perfecta conformidad á la voluntad divina. Así es que en Jesucristo se halla todo cuanto puede hacerle amable. Algunos hay que son atraídos á amar á los demás por la belleza , otros por la inocencia ; aquellos por las costumbres , estos por la devocion. Mas si hubiese una persona en la que estuviesen reunidas todas estas y otras virtudes , ¿quién podria dejar de amarla? Si aunque de léjos tengamos noticia de hallarse un príncipe extranjero , bello , humilde , cortés , devoto , lleno de caridad , manso con todos , que vuelve bien al que le hace mal ; aun sin conocerle , y sin que él nos conozca , al fin nos enamoramos de él y nos vemos obligados á amarle ; Jesucristo , pues , que tiene en sí mismo todas estas virtudes y cada una en un grado perfecto , que además nos ama tiernamente , ¿ cómo es posible que sea poco amado

de los hombres, y no sea todo él objeto de nuestro amor? ¡Oh Dios! ¡Que Jesús siendo el solo amable, y habiendo dado tantas muestras de su amor hácia nosotros, sea el solo desgraciado (digámoslo así), que no puede llegar á verse amado de nosotros, como si no fuese bastante digno de nuestro amor! Esto es lo que hacia llorar á las Rosas de Lima, á las Catalinas de Génova, á las Teresas y Magdalenas de Pazzis, las cuales considerando esta ingratitud de los hombres, exclamaban con lágrimas: *El amor no es amado, el amor no es amado...*

Afectos y súplicas.

Mi amable Redentor, ¿qué objeto mas digno podia vuestro eterno Padre mandarme que amase fuera de Vos? Sois la belleza del paraíso, el amor de vuestro Padre; y en vuestro corazon tienen su asiento todas las virtudes. ¡Oh corazon amable de mi Jesús! Vos ciertamente mereceis el amor de todo los corazones, y pobre é infeliz aquel que no os ama. Tal, pues, ¡oh Dios! ha sido mi corazon en todo aquel tiempo que no os he amado. Pero

no quiero seguir en seros tan infiel. Yo os amo, y quiero siempre amaros, ó Jesús mio. Señor, hasta aquí me he olvidado de Vos, y ahora ¿qué espero? ¿Espero acaso obligaros con mi ingratitud á que no os acordeis absolutamente de mí y me abandoneis? No, mi amado Salvador, no lo permitais. Vos sois objeto del amor de un Dios, y ¿no habréis de serlo del amor de un miserable pecador, cual soy yo? ¡ Oh hermosa llama que ardes en el corazon enamorado de mi Jesús! ¡ ah! enciende en mi pobre corazon aquel santo y dichoso fuego que desde el cielo vino Jesús á encender sobre la tierra. Reducid á cenizas y destruid todos los afectos impuros que viven en mi corazon y le impiden ser todo suyo. Haced que no viva mas que para amar solamente á Vos, mi Dios y Salvador. Si un tiempo os he despreciado, sabed que ahora sois mi único amor. Yo os amo, yo os amo, yo os amo, ni quiero amar á otro que á Vos. Mi amado Señor, no os desdeñeis de aceptar por amante un corazon que os ha causado amarguras. Sea vuestra gloria hacer ver á los Angeles que arde de amor por Vos un corazon que algun tiempo os ha esquivado y vilipen-

diado. Virgen santísima María y esperanza mia , ayudadme , y rogad á Jesús que con su gracia me haga cual él mismo desea.

MEDITACION II.

Corazon amante de Jesús.

¡ Oh si comprendiésemos el amor para con nosotros que arde en el corazon de Jesús! Tanto nos ha amado , que si se uniesen todos los hombres , todos los Ángeles y todos los Santos con todas sus fuerzas , no compondrian la milésima parte del amor que nos tiene Jesús. Él nos ama inmensamente mas que nosotros mismos , pues nos ha amado hasta el exceso ; de cuyo amor manifesto en su pasion hablaron antieipadamente Moisés y Elías en el monte , y despues se consumó en Jerusalem. Porque en verdad ¿ qué mayor exceso que morir un Dios por sus criaturas ? Con esto él nos ha amado hasta el extremo , como nos dice san Juan : *Cum dilexisset suos , in finem dilexit eos.* Nos ha amado desde la eternidad ; de modo que no ha habido momento en ella en que Dios no haya pensado en nosotros , y no nos haya amado á todos y cada uno en particu-

lar , habiendo elegido para nuestra redencion una vida penosa y una muerte de cruz. De aquí es que nos ha amado mas que á su honor , mas que á su reposo , y mas que á su vida ; pues todo lo ha sacrificado para mostrarnos el amor que nos tiene. Y esto ¿ no es exceso de caridad que hará pasmar á los Ángeles y al paraíso por toda una eternidad ? El mismo amor le ha llevado aun á estarse con nosotros en el Sacramento como en trono de amor ; porque allí permanece en la apariencia de un poco de pan , encerrado en un copon , donde parece quede en un lleno aniquilamiento de su majestád , sin movimiento y sin uso de los sentidos. Así que , allí podría decirse , que no hace otro oficio sino el de amar á los hombres. El amor hace desear la continua presencia de la persona amada , y este amor y deseo hizo á Jesucristo quedarse con nosotros en el Sacramento. Pareció muy breve tiempo á este Señor el haber estado por solos treinta y tres años entre los hombres en esta tierra ; por lo que , para atestiguar su deseo de permanecer siempre con nosotros , estimó necesario hacer el mas grande de todos los milagros , cual fue la institucion de la

Eucaristía. Pero la obra de la redencion se habia cumplido; los hombres habian sido reconciliados con Dios; ¿á qué, pues, quedarse sobre la tierra en este Sacramento? ¡Ah! es porque Jesús no sabe separarse de nosotros, diciendo que con los hombres halla sus delicias. Este amor le ha inducido finalmente á hacerse alimento de nuestras almas para unirse con nosotros y hacer de nuestros corazones y del suyo una misma cosa, como nos lo asegura por aquellas palabras: *El que come mi carne en mí mora, y yo en él* ¹. ¡Oh pasmo! ¡oh exceso del amor divino! Decia un siervo de Dios: Si alguna cosa pudiera destruir mi fe acerca del misterio de la Eucaristía, no seria la duda de cómo el pan se convierte en carne, ni cómo Jesús está á un mismo tiempo en muchos lugares y en todos reducido á tan corto espacio; porque responderia que Dios todo lo puede. Mas si me se pregunta, ¿cómo amó tanto á los hombres, que haya llegado á hacerse su comida? no tendria otra cosa que responder sino que esta es una verdad de fe superior á mi inteligencia, y que el amor de Jesús no puede comprenderse. ¡Oh

¹ Joan. vi, 57.

amor de Jesús ! haceos comprender de los hombres , y haceos amar.

Afectos y súplicas.

¡ Oh corazon adorable de mi Jesús ! corazon enamorado de los hombres , corazon criado de intento para amar á los hombres. ¡ Ah ! y ¿ cómo podeis ser tan mal correspondido y vilipendiado de los mismos ? ¡ Ah ! miserable de mí , que he sido tambien uno de estos ingratos ! no os he sabido amar. Perdonadme, Jesús mio , este gran pecado de no haber amado á Vos , que sois tan amable y tanto me habeis amado ; ¿ qué teneis mas que hacer para obligarme á amaros ? Yo veo que por haber renunciado un tiempo á vuestro amor, mereceria ser condenado á no poder ya mas amaros. Pero no , mi caro Salvador , dadme todo otro castigo menos este. Concededme la gracia de amaros , y despues dadme cualquiera pena que merezca. Mas ¿ cómo puedo temer castigo alguno cuando oigo que seguís intímándome el dulce y precioso precepto de amaros á Vos , mi Señor y mi Dios ? Si quereis , pues , ser amado por mí , yo no quiero

tampoco amar á otro que á Vos. ¡Oh amor de mi Jesús! Vos sois mi amor. ¡Oh corazon inflamado de Jesús! inflamad tambien el mio. No permitais que en lo venidero haya de vivir ni aun por un momento privado de vuestro amor. Dadme antes la muerte, destruidme, no hagais ver al mundo esta horrenda ingratitud, que yo, tan amado de Vos y despues de tantas gracias y luces que me habeis concedido, haya de nuevo de despreciar vuestro amor. No, Jesús mio, no lo permitais. Espero en la sangre que por mí habeis derramado, que yo siempre os amaré y Vos me amaréis, y que este lazo de amor entre mí y Vos no se romperá jamás y durará en la eternidad. ¡Oh Madre del amor hermoso, María! Vos, que tanto deseais ver amado á Jesús, ligadme, estrechadme con vuestro Hijo, pero estrechadme tanto que yo no pueda verme nunca separado de este Señor.

MEDITACION III.

Corazon de Jesús deseoso de ser amado.

Jesús no tiene necesidad de nosotros; con nuestro amor y sin él es igualmente feliz,

igualmente rico y poderoso ; y esto hizo decir á santo Tomás : « Jesucristo porque nos « amó desea tanto nuestro amor , como si el « hombre fuese su Dios , y la felicidad suya « dependiese de la del hombre. » El santo Job se pasmaba , y decia : *¿ Qué cosa es el hombre , para que le engrandezcas , ó por qué pones sobre él tu corazon ¹ ? ¿ Cómo un Dios desear y buscar con tanta premura el amor de un gusano ? Gran favor habria sido que Dios solamente nos hubiese permitido amarle. Si un vasallo dijese á su rey : « Señor yo os amo , » hubiese pasado por un temerario. Pues ¿ qué se dijera si el Rey hablase á su vasallo en estos términos : « Yo quiero que me ames ? » Á esto no se abajan los príncipes de la tierra ; pero Jesús del cielo es el que nos pide con tanto empeño nuestro amor , y con tanto apremio nuestro corazon , diciéndonos : *Dame , hijo , tu corazon : Præbe , fili mi , cor tuum ² .* Y si alguna vez se ve desechado de un alma , él no se marcha , sí que se coloca fuera la puerta del corazon , y llama y golpea para entrar , y le ruega que abra , llamándola esposa y hermana : « Ábreme , hermana mia , espo-*

¹ Job, vii, 17. — ² Prov. xxiii.

«sa mia, » le dice. En suma, Jesús halla sus delicias en verse amado de nosotros, y todo se consuela cuando un alma le dice y le repite con frecuencia: «Mi Dios, yo os amo.» Todo esto es efecto del grande amor que nos tiene, porque quien ama, necesariamente desea ser amado. El corazón pide el corazón, el amor busca amor. ¿Para qué ama Dios sino para ser amado? dice san Bernardo; y antes lo dice Dios mismo: *¿Qué te pide el Señor Dios tuyo sino que le temas y le ames*¹? Por esto nos hace saber que él es aquel buen pastor, quien encontrando la oveja perdida llama á todos para que se congratulen con él: nos hace saber tambien que él es aquel padre que cuando vuelve un hijo perdido á sus piés, no solo le perdona, sí que le abraza tiernamente. Nos dice últimamente: que quien no le ama queda condenado á la muerte; y al contrario, el que le ama, mora en él y le posee. Luego ¿tantos ruegos, tantas instancias, tantas amenazas y promesas no nos moverán á amar á Dios, que tanto desea ser amado de nosotros?

¹ Deut. x, 12.

Afectos y súplicas.

Amado Redentor mio , os diré con san Agustin, Vos me mandais que os ame, y si no os amo me amenazais con el infierno ; pero, ¿qué infierno mas horrible, qué desgracia mas grande puede sucederme que ser privado de vuestro amor? Si quereis, pues, aterrarme, amenazadme solamente con que he de vivir sin amaros , porque esta sola amenaza me espanta mas que mil infiernos. Si en medio de sus llamas pudiesen los condenados arder en vuestro amor , el infierno se convertiria en un paraíso ; y si al contrario los bienaventurados en el cielo no pudiesen amaros, el paraíso vendria á ser un infierno. Así san Agustin. .

Veo ya , mi amado Jesús ; que yo por mis pecados mereceria ser abandonado de vuestra gracia , y con esto condenado á no poder amaros mas ; pero oigo que Vos seguís mandándome que os ame , y siento un gran deseo de amaros. Este mi deseo es un don de vuestra gracia que Vos me dais. Dadme tambien la fuerza de ejecutarlo , y haced que de

veras y con todo el corazon de hoy en adelante os diga y repita siempre: Mi Dios, yo os amo, yo os amo, yo os amo. Olvidaos, Señor, de los disgustos que hasta aquí os he dado. Amémonos siempre; yo nunca os dejaré, y Vos tampoco me dejeis. Amado Salvador mio, vuestros méritos son mi esperanza. Ea pues, haceos amar siempre, y haceos amar debidamente de un pecador que os ha ofendido muchísimo. ¡Virgen inmaculada María, ayúdame, rogad á Jesús por mí.

MEDITACION IV.

Corazon dolorido de Jesús.

No es posible considerar cuánto fue poseido del dolor el corazon de Jesús en esta tierra por nuestro amor; sin compadecerlo él mismo nos dió á entender que su corazon llegó á estar afectado de tanta tristeza, que ella sola habria bastado para quitarle la vida y hacerle morir de puro dolor, si la virtud de su divinidad no hubiese impedido milagrosamente la muerte. El mayor dolor que afligió al corazon de Jesús, no fue ciertamente la vista de los tormentos y de los vituperios que los

hombres le preparaban, sino el ver la ingratitud de ellos á su amor. Previó ya distintamente todos y cada uno de los pecados que habíamos de cometer despues de tantas penas, y de una muerte tan amarga é ignominiosa como padeció. Previó especialmente las horrendas injurias que habian de hacer los hombres á su corazon adorable, que nos dejaba por testimonio de su afecto en el santísimo Sacramento. ¡Oh Dios! y ¿qué ultrajes no ha recibido en él por parte de los hombres? ¿Quién le ha hollado, quién le ha arrojado á los albañales, quién se ha servido del mismo para hacer obsequio al demonio?... Y no obstante, la vista de estos desprecios no le impidió el dejarnos esta gran prenda de amor. Aborrece Jesús sumamente el pecado, pero su amor hácia nosotros parece que haya superado el odio que tiene al pecado, habiendo querido permitir tantos sacrilegios antes que privar de este alimento divino á las almas que le aman. Y todo esto ¿no será bastante para rendirse á amar á un corazon que tanto nos ha amado? ¿Acaso Jesucristo no ha hecho cuanto era necesario para merecerse nuestro amor? ¡Ingratos! ¿Dejarémos aun abandona-

do á Jesús sobre el altar , como hacen la mayor parte de los hombres ? y ¿ no nos uniremos mas presto con aquellas pocas almas devotas que lo saben hacer conocer hasta derretirse de amor como las antorchas que arden al rededor de su sagrado tabernáculo ? Allí está el corazon de Jesús ardiendo de amor por nosotros ; y nosotros en su presencia ¿ no arderemos de amor por Jesús ?

Afectos y súplicas.

¡ Oh adorado y mi amado Jesús ! ved á vuestros piés al que tanto dolor ha causado á vuestro corazon. ¡ Oh Dios ! y ¿ cómo he podido yo llenar de amargura aquel corazon que tanto me ha amado , y que nada ha perdonado para hacerse amar de mí ? Mas , diré así : « Consolaos , Salvador mio , sabed que mi corazon herido por gracia de vuestro santo amor experimenta al presente tanta pena por los disgustos que os ha dado , que quisiera morir de dolor. ¡ Oh ! quién me diese , Jesús mio , sentir aquel dolor de mis pecados que Vos tuvisteis en vuestra vida ! » Eterno Padre , yo os ofrezco la pena y abor-

recimiento que de mis culpas tuvo vuestro Hijo; y por esto os ruego me deis un sentimiento tan grande de las ofensas cometidas por mí, que me haga vivir siempre afligido, pensando haber despreciado un tiempo vuestra amistad. Y Vos, Jesús mio, de hoy en adelante dadme un horror tal al pecado, que me haga aborrecer aun las culpas mas ligeras, considerando que os desagradan á Vos, que no mereceis disgusto alguno, si solo un amor infinito. Amado Salvador mio, ahora yo detesto todo aquello que os desagrada, y para lo sucesivo no quiero sino á Vos, y aquello que amais Vos. Ayudadme, dadme fuerza, dadme la gracia de invocaros siempre, ó mi Jesús, y de repetiros siempre esta súplica: «Jesús mio, dadme vuestro amor, dadme «vuestro amor, dadme vuestro amor.» Y Vos, María santísima, alcanzadme de rogaros siempre, y deciros: Madre mia, hacedme amar á Jesucristo.

MEDITACION V.

Corazon piadoso de Jesús.

Y ¿dónde podrémos jamás hallar un corazon mas piadoso y mas tierno que el de Je -

sús, y que haya tenido mas compasion de nuestras miserias? Esta piedad le hizo bajar del cielo á la tierra. Lo mismo hízole decir, que él era el buen pastor venido á dar la vida por salvar á sus ovejas; el que por alcanzarnos perdon á nosotros pecadores, no perdonó á sí mismo, y quiso sacrificarse sobre la cruz para satisfacer con su pena el castigo que á nosotros debido era. Esta compasion y esta piedad le hace decir aun al presente como antiguamente á Israel por su Profeta: *¿Por qué habeis de morir? convertíos y viviréis*¹. Pobres hijos mios, ¿por qué os quereis condenar huyendo de mí? ¿No veis que separándoos de mí correis á la muerte eterna? Yo no quiero veros perdidos; no desconfieis. Siempre que querais volver á mí, volved y recobraréis la vida: *Revertimini et vivite*. La misma piedad le hace manifestar á Jesús que él es aquel padre amoroso, quien, aunque se vea despreciado del hijo, si este vuelve arrepentido, no sabe desecharlo, sí que le abraza tiernamente y se olvida de todas las injurias recibidas. No se conducen así los hombres; los cuales, aunque perdonen, no obstante siem-

¹ Ezech. II.

pre retienen la memoria de la ofensa recibida, y se sienten movidos á la venganza; y si por el temor á Dios la suspenden, cuando menos experimentan una gran repugnancia en conversar y entretenerse con aquellas personas que los han vilipendiado. ¡ Ah Jesús mio! Vos perdonais á los pecadores arrepentidos, y no rehusais daros todo á ellos en la santa Comunión, durante la vida presente, y todo tambien despues en la venidera del cielo por medio de la gloria, sin conservar la mas mínima repugnancia de tener entre vuestros brazos aquella alma que os ha ofendido, y por toda una eternidad. Y ¿dónde puede hallarse corazon tan amable y tan piadoso como el vuestro, ó mi adorado Salvador?

Afectos y súplicas.

Corazon piadoso de Jesús, tened compasión de mí, os digo ahora, y dadme la gracia de decirlo siempre. Jesús dulcísimo, tened piedad de mí. Antes que yo os ofendiese, ó mi Salvador, no merecia ninguna de tantas gracias que me habeis hecho. Vos me habeis criado, me habeis dado tantas luces, todo sin algun mérito mio. Mas despues que

os he ofendido , no solo no era digno de favores , sí que merecia vuestro abandono y el infierno. Vuestra piedad ha hecho que esperáseis , y me conserváseis la vida cuando yo estaba en desgracia con Vos. Vuestra piedad me ha iluminado é invitado al perdon. Ella me ha dado dolor de mis pecados , ella el deseo de amaros; y ahora espero ya por vuestra piedad de hallarme en vuestra gracia. Ea pues , Jesús mio , no dejéis de seguir usando conmigo de piedad. La misericordia que os pido es que me deis luces y fuerzas para no seros mas ingrato. No , amor mio , no pretendo que me hayais de perdonar si vuelvo á daros las espaldas. Esta seria una presuncion que os impediria usar mas de misericordia conmigo. Y ¿qué piedad debería esperar yo de Vos si ingrato despreciase de nuevo vuestra misericordia y me apartase de Vos? No, Jesús mio , yo os amo , quiero siempre amaros , y esta es la misericordia que espero y solicito de Vos. Os ruego tambien , ó madre mia María , no permitais que yo haya de separarme de mi Dios.

MEDITACION VI.

Corazon liberal de Jesucristo.

Es propio de las personas de buen corazon desear contentar á todos, especialmente á los mas necesitados y afligidos. ¿Dónde, pues, se podrá encontrar jamás una persona de mejor corazon que Jesús? Él, por cuanto es bondad infinita, tiene un deseo sumo de comunicarnos sus riquezas, las cuales, dice, posee para enriquecer á los que le aman. Y á este fin se ha hecho pobre, dice el Apóstol, para hacernos ricos con su pobreza. Á este fin tambien ha querido quedarse con nosotros en el santísimo Sacramento, donde en todo tiempo está con las manos llenas de gracias (segun fue visto por el P. Baltasar Álvarez) para dispensarlas á quien viene á visitarlo. Á este fin últimamente se da todo á nosotros en la santa Comunión para hacernos entender que no sabrá negarnos sus bienes mientras llegue á dárse nos todo á sí mismo. Así que, en el corazon de Jesús nosotros hallamos todo bien, toda gracia que deseamos; razon por la que nos dice san Pablo: *En todas las cosas sois*

enriquecidos en Jesucristo, de manera que nada os falte en ninguna gracia. Y entendamos que nosotros somos deudores al corazon de Jesús de todas las gracias recibidas, de la redencion, de la vocacion, de las luces, del perdon, de la ayuda en resistir las tentaciones, del sufrimiento en las adversidades. Sí, porque sin su socorro nada podíamos hacer de bueno. Y si hasta aquí, dice el Señor, vosotros no habeis recibido mas gracias, no os quejeis de mí, quejaos de que os habeis descuidado de pedírmelas. ¡Oh! y ¡cómo es rico y liberal el corazon de Jesús para todo el que recurre á él! ¡Oh cuán grandes son las misericordias que reciben las almas siempre atentas á buscar ayuda en Jesucristo! porque tú, Señor, diré con David, eres suave y apacible y de mucha misericordia para los que te invocan¹. Vamos, pues, siempre á este corazon, pidamos confiadamente, y lo alcanzaremos todo.

Afectos y súplicas.

¡ Ah Jesús mio! Vos no habeis repugnado de darme la sangre y la vida, y ¿repugnaré

¹ Psalm. LXXXV, 8.

yo de daros mi corazon miserable? No, mi amado Redentor, yo os lo ofrezco todo, os doy toda mi voluntad; aceptadla y disponed de ella á vuestro placer. No tengo ni puedo cosa alguna; pero tengo este corazon que me habeis dado, del cual ninguno puede privarme. Puedo ser privado del vestido, de la sangre, de la vida, pero nunca del corazon. Con él yo puedo y quiero amaros. Ea, pues, Dios mio, enseñadme la perfecta abnegacion de mí mismo; enseñadme lo que debo hacer para llegar á vuestro puro amor, del cual por vuestra bondad me habeis inspirado los deseos. Yo siento en mí una voluntad resuelta á agradaros, pero para ejecutarla espero de Vos, y pido la ayuda. Á Vos toca, amante corazon de Jesús, hacer todo vuestro mi pobre corazon que hasta aquí os ha sido tan ingrato y privado por su culpa de vuestro amor. Haced, pues, que esté todo inflamado por Vos, á la manera que el vuestro está encendido todo por mí: que mi voluntad se halle unida toda á la vuestra, de modo que yo no quiera sino lo que Vos quereis; y de hoy en adelante vuestra santa voluntad sea la regla de todas mis acciones, de todos mis pensa-

mientos y de todos mis deseos. Yo espero, Señor, que no me negaréis vuestra gracia para ejecutar esta mi resolución que hago hoy á vuestros piés, de abrazar con gusto cuanto dispongais de mí y de mis cosas, así en vida como en muerte. Feliz Vos, ó María inmaculada, que tuvisteis el corazón siempre y enteramente conforme al de Jesús. Ea, pues, Madre mía, alcanzadme que por lo venidero no quiera ni desee otra cosa sino lo que quiera Jesús y queráis Vos.

MEDITACION VII.

Corazon agradecido de Jesús.

Es de tal manera agradecido el corazón de Jesús, que no sabe ver alguna obra nuestra, por mínima que sea, practicada por su amor, alguna insignificante palabra dicha por su gloria, algún pensamiento deliberado de su agrado, sin darnos á cada uno la merecida recompensa. Por otra parte, es tan agradecido, que siempre da el ciento por uno. Los hombres que se precian de tales, si recompensan cualquier beneficio lo hacen una vez, se quitan la obligación (como suele decirse), y

despues no piensan mas en ello. Jesucristo no obra así con nosotros. Todo acto nuestro bueno, hecho por complacerle, no solo lo recompensa centuplicadamente en esta vida; sí que en la otra lo premia infinitas veces todos los momentos y por toda una eternidad. Y ¿quién será tan descuidado que no haga cuanto pueda por contentar este corazon tan agradecido? Pero ¡oh Dios! ¡de qué manera atienden los hombres á complacer á Jesucristo! Diré mejor, ¡cómo podemos ser nosotros tan ingratos con este Salvador nuestro! Si él no hubiese derramado mas que una sola gota de sangre, una sola lágrima por nuestra salvacion, aun así le estaríamos infinitamente obligados; pues que esta gota y esta lágrima serian tambien de un infinito valor ante Dios, para alcanzarnos toda gracia. Mas, Jesús ha querido emplear por nosotros todos los momentos de su vida, nos ha dado todos sus méritos, todas sus penas, las ignominias, toda la sangre y la vida; así que, no una, sí infinitas obligaciones tenemos de amarle. Pero ¡ay de mí! que nosotros somos agradecidos aun con las bestias que nos muestran alguna señal de cariño, y solo somos ingratos con

Dios! Sus beneficios parece que mudan de naturaleza para con los hombres, y vienen á ser malos tratamientos cuando en vez de gratitud y de amor solo reportan ofensas é injurias. Iluminad, ó Señor, á estos ingratos para que conozcan el amor que Vos les teneis.

Afectos y súplicas.

¡Oh amado Jesús! ved á vuestros piés el ingrato. Yo he sido ciertamente agradecido con las criaturas; únicamente con Vos no lo he sido, con Vos, digo, que habeis muerto por mí, y no habeis tenido mas que hacer para ponerme en obligacion de amaros. Me consuela y anima el tratar con un corazon de bondad y misericordia infinita, que nos protesta olvidarse de todas las ofensas de quien se arrepiente y le ama. Mi amado Jesús, hasta aquí yo os he ofendido, os he despreciado: pero ahora os amo sobre todas las cosas mas que á mí mismo. Decid qué es lo que quereis de mí, que estoy pronto á ejecutarlo con vuestra gracia. Creo que me habeis criado, me habeis dado la sangre y la vida por amor mio: creo tambien que por mí os habeis que-

dato en el santísimo Sacramento ; os doy de ello las gracias , amor mio . ¡ Ah ! no permitais que en lo sucesivo sea yo ingrato á tantos beneficios y testimonios de vuestro amor . Ligadme , estrechadme á vuestro corazon , y no permitais que yo en la vida que me resta haya de daros mas disgustos y amarguras . Basta , Señor mio , cuanto os he ofendido : ahora quiero amaros . ¡ Oh ! volviesen mis años perdidos ! Pero no , que estos no vuelven ya , y poca será la vida que me queda . Mas , sea poca ó mucha , ¡ Dios mio ! el tiempo que me resta vivir todo lo quiero emplear en amar á Vos , sumo bien , que mereceis un amor eterno é infinito . María , madre mia , no permitais que yo haya de ser mas ingrato á vuestro Hijo . Rogad á Jesús por mí .

MEDITACION VIII.

Corazon de Jesús despreciado.

No hay mayor pena para un corazon que ama , cual lo es el ver despreciado su amor ; y tanto mas cuanto las demostraciones de este amor han sido grandes y á su vez es grande la ingratitud . Si cada hombre renunciase á

todos sus bienes y se fuese á vivir en un desierto , alimentándose de yerbas , durmiendo sobre la tierra , castigando su cuerpo con la penitencia , y finalmente se hiciese despedazar por Jesucristo , ¿ qué recompensa daria á la sangre , á la vida , que este grande Hijo de Dios ha ofrecido por su amor ? Si nosotros nos sacrificásemos á la muerte todos los momentos , aun así no podríamos recompensar en la mas pequeña parte el amor que Jesucristo nos ha manifestado al dársenos en el santísimo Sacramento. ¡ Un Dios colocarse bajo las especies de un poco de pan , y hacerse alimento de una criatura ! Pero ¡ oh ! ¿ cuál es la recompensa que dan los hombres á Jesucristo ? ¿ cuál es ? malos tratamientos, desprecios de sus leyes y sus máximas , injurias tales , que no las harian á un enemigo suyo , á un esclavo , ó al peor villano de la tierra. Y ¿ podremos nosotros pensar en estos malos tratamientos , y que ha recibido y recibe todos los dias Jesucristo sin sentir pena y sin procurar con nuestro amor corresponder al inmenso que nos tiene su corazon divino ? ¿ Podremos ser indiferentes al deseo que nos muestra en ese Sacramento de comuni-

carnos todos sus bienes , y dársenos todo á sí mismo , estando pronto para recibirnos en su corazon siempre que vayamos á él? Nos hemos acostumbrado á oir nombrar creacion , encarnacion , redencion : Jesús nacido en un establo , Jesús muerto en cruz ; por esto ninguno de tantos beneficios nos causa impresion. ¡ Oh Dios ! Si supiéramos que otro hombre nos habia hecho alguno de ellos , no podríamos menos de amarlo. Solo Dios parece que tenga (digámoslo así) esta mala suerte con los hombres ; quien no teniendo mas que hacer para atraerse el amor de ellos , no puede llegar á este intento ; y en vez de ser amado , se ve vilipendiado y pospuesto. Todo nace de la falta que tienen los hombres de amor á este Dios.

Afectos y súplicas.

¡ Oh corazon de mi Jesús , abismo de misericordia y de amor ! ¿ cómo á vista de la bondad que conmigo habeis usado , y de la ingratitud con que os he correspondido yo , no muero y no me deshago de dolor ? Vos , Salvador mio , despues de haberme dado el ser

me habeis dado toda vuestra sangre y la vida , entregándoos á las ignominias y á la muerte por amor mio ; y no contento de esto habeis además inventado el modo de sacrificaros todos los dias por mí en el sagrado altar , no rehusando exponeros á las injurias que debíais recibir y que ya preveíais en el Sacramento de amor. ¡ Oh Dios ! ¿ cómo puedo verme , pues , tan ingrato á Vos sin morir de confusion ? ¡ Ah Señor ! poned fin á mis ingratitudes hiriéndome el corazon con vuestro amor y haciéndome todo vuestro. Acoraos de la sangre y de las lágrimas que habeis derramado por mí y perdonadme. ¡ Oh ! no sean perdidas para mí tantas penas vuestras ! Pero Vos , aunque me hayais visto tan ingrato é indigno de vuestro amor , no habeis dejado de amarme hasta en aquel tiempo en que yo no os amaba y ni siquiera deseaba que me amáseis. ¿ Cuánto mas , pues , debo esperar yo vuestro amor ahora , que no quiero otro , ni suspiro sino por amaros y ser amado de Vos ? Ea , pues , Señor , satisfaced de lleno este mi deseo ; diré mejor este deseo vuestro , porque Vos sois quien me lo dais. Haced que este dia sea el de mi total conversion , de ma-

nera que comience á amaros para no cesar jamás. Haced que yo muera en todo á mí mismo para no vivir sino para Vos y para arder siempre de vuestro amor. ¡ Oh María ! feliz vuestro corazon , que cual el de Jesús estuvo siempre inflamado del divino amor. Madre mia amada , hacedme semejante á Vos. Rogadle á vuestro Hijo , que se goza de honraros con no negaros nada de cuanto le pedís.

MEDITACION IX.

Corazon fiel de Jesús.

¡ Oh ! y qué fiel es el bello corazon de Jesucristo con aquellos que llama á su santo amor : *Fiel es, dice san Pablo* ¹, *el que os ha llamado; el cual tambien lo cumplirá.* Su fidelidad nos da la confianza de esperarle todo, aunque nada merezcamos. Si hemos desechado á Dios de nuestro corazon , abrámosle la puerta , y entrará al momento segun su promesa : *Si alguno me abriese la puerta , entraré á él* ². Si queremos gracias , pidámoslas á Dios en nombre de Jesucristo, pues él nos ha prometido que las obtendremos. Si somos ten-

¹ 1 Thes. v, 24. — ² Apoc. iii, 2.

tados, confiemos en sus méritos, que no permitirá nos combatan nuestros enemigos sobre nuestras fuerzas. ¡ Oh ! cuánto mejor es tratar con Dios que con los hombres ! ¡ Cuántas veces los hombres prometen y despues faltan, ó porque mienten al prometer, ó porque despues de la promesa mudan de voluntad ! No es Dios como el hombre, dice el Espíritu Santo, para que mienta, ni como el hijo del hombre para que se mude ¹. Dios no puede ser infiel en sus promesas; porque no puede mentir siendo la misma verdad, ni puede mudar la voluntad, porque todo aquello que quiere es recto y justo. Ha prometido, pues, recibir á todo el que viene á él, dar ayuda á quien se la pide, amar á quien le ama, y despues ¿ no lo hará ? ¡ Oh ! fuésemos nosotros fieles con Dios como él lo es con nosotros ! Hasta aquí ¡ cuántas veces le hemos prometido ser suyos, servirle y amarle, y despues le hemos hecho traición ; y despidiéndonos de su servicio nos hemos vendido por esclavos del demonio ! ¡ Ah ! pidámosle que nos dé fuerza para serle fieles en lo sucesivo. ¡ Oh ! felices nosotros si fuésemos fieles á Jesucristo en aquellas pocas co-

¹ Num. xxiii, 19.

sas que ordena ! Este Señor será fiel en remunerarnos con premios muy grandes, y nos hará oír aquello que ha prometido á sus siervos fieles: *Muy bien, siervo bueno y fiel, porque fuiste fiel en lo poco te pondré sobre lo mucho ; entra en el gozo de tu Señor* ¹.

Afectos y súplicas.

Amado Redentor mio , ¡ oh ! hubiese yo sido fiel con Vos , como lo habeis sido conmigo ! Siempre que he abierto mi corazon , Vos habeis entrado á perdonarme y á recibirme en vuestra gracia : siempre que os he llamado habeis corrido á ayudarme. Vos habeis estado fiel conmigo , pero yo he estado muy infiel con Vos ; os he prometido servirlos , y despues os he vuelto tantas veces las espaldas ; os he prometido mi amor , y despues tantas veces os he negado : como si Vos , mi Dios, que me habeis criado y redimido fuéseis menos digno de ser amado que las criaturas , y aquellos mis gustos miserables por los que os he dejado. Perdonadme , Jesús mio : conozco mi ingratitude y la aborrezco : conozco que Vos

¹ Matth. xxv, 21.

sois bondad infinita , que mereceis un amor infinito especialmente de mí , que despues de tantas ofensas que os he hecho me habeis amado tanto. ¡ Pobre de mí si me condenase ! Las gracias que me habeis hecho y las señales de afecto especial que me habeis mostrado , serian , ó Dios , el infierno de mi infierno. ¡ Ah ! no , amor mio , tened piedad de mí , no permitais que yo os vuelva á dejar ; y que despues condenándome segun mereciera , hubiese yo de seguir en el infierno á pagar con injurias y odio el amor que me habeis tenido. Ea , pues , corazon enamorado y fiel de Jesús , inflamad el miserable corazon mio para que arda por Vos como Vos ardeis por mí. Jesús mio , al presente parece que yo os amo , pero os amo poco ; haced que os ame conforme es debido y que os sea fiel hasta la muerte. Esta gracia os pido juntamente con la de seguir siempre en pedirla. Hacedme morir antes que yo os haga traicion de nuevo. ¡ Oh María , madre mia ! ayudadme á ser fiel á vuestro Hijo.

Cancion al sagrado Corazon de Jesús.

Vuela , sí, vuela , alma mia ;
De Jesús al corazon ,
Y en esta dulce prision
Hallarás la libertad.

¿No ves que por todas partes
Te persiguen , póbrecita ?
Vuela al Arca , ó palomita ,
Y hallarás seguridad.

¿Por qué tardas en hacerlo?
Deja el mundo y sus embustes,
Y otra cosa ya no gustes
-Que lo que Dios solo da :
; Oh Jesús ! dame acogida
En tu pecho amante , amado ;
Que desecho ya el pecado ,
Y al mundo aborrezco ya.

Nada mas quiero que amarte ,
Y amándome tú tambien ,
En tí solo el sumo bien
Podré hallar unida á tí :

Y si , encerrada en tu pecho ,
De morir es ya mi suerte ,
Tan feliz y dulce muerte
Será vida para mí.

FIN.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTA OBRITA.

	<i><u>Pág.</u></i>
PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.	7
MEDITACIONES PARA TODOS LOS DIAS DE ADVIENTO HASTA LA NOVENA DEL NACIMIENTO DE JESUCRISTO.	
Meditacion I..	19
Meditacion II.	23
Meditacion III.	27
Meditacion IV.	31
Meditacion V.	35
Meditacion VI.	39
Meditacion VII.	43
Meditacion VIII.	47
Meditacion IX.	50
Meditacion X.	54
Meditacion XI.	58
Meditacion XII.	61
Meditacion XIII.	65
Meditacion XIV.	69
Meditacion XV.	72
Meditacion XVI..	75
Meditacion XVII.	78
Meditacion XVIII.	81

**MEDITACIONES PARA LOS NUEVE DIAS ANTES DE
LA NATIVIDAD.**

Meditacion I.	84
Meditacion II.	88
Meditacion III.	92
Meditacion IV.	96
Meditacion V.	100
Meditacion VI.	104
Meditacion VII.	108
Meditacion VIII.	112
Meditacion IX.	116

**MEDITACIONES PARA LA OCTAVA DE NATIVIDAD
HASTA LA EPIFANIA.**

Meditacion I. — Del Nacimiento de Jesús.	121
Meditacion II. — Jesús nace niño.	124
Meditacion III. — De Jesús en fajas.	129
Meditacion IV. — De Jesús que toma leche.	133
Meditacion V. — De Jesús sobre la paja.	137
Meditacion VI. — De Jesús que duerme.	141
Meditacion VII. — De Jesús que llora.	145
Meditacion VIII. — Del nombre de Jesús.	148
Meditacion IX. — De la soledad de Jesús en el establo.	152
Meditacion X. — De las ocupaciones del niño Jesús en el establo de Belen.	156
Meditacion XI. — De la pobreza del niño Jesús.	159

**MEDITACIONES PARA LOS DÍAS DE LA OCTAVA DE LA
EPIFANÍA.**

Meditacion I. — De la adoracion de los Ma-	
gos.	164
Meditacion II. — De la presentacion de Je-	
sús al templo.	167
Meditacion III. — De la huida de Jesús á	
Egipto.	171
Meditacion IV. — De la mansion de Jesús en	
Egipto.	175
Meditacion V. — De la vuelta de Jesús de	
Egipto.	179
Meditacion VI. — De la morada de Jesús en	
Nazaret.	182
Meditacion VII. — Continúa el mismo asunto.	186
Meditacion VIII. — De la pérdida de Jesús en	
el templo.	189
Ejemplos del niño Jesús.	193
Canciones al niño Jesús en el pesebre. . .	200

**MEDITACIONES PARA OBSEQUIAR AL CORAZON
DE JESÚS.**

Prólogo del Autor.	205
Meditacion I. — Corazon amable de Jesús. .	207
Meditacion II. — Corazon amante de Jesús..	211
Meditacion III. — Corazon de Jesús deseoso	
de ser amado.	215
Meditacion IV. — Corazon dolorido de Jesús.	219

Meditacion V.— Corazon piadoso de Jesús.	222
Meditacion VI.— Corazon liberal de Jesu- criso.	226
Meditacion VII.— Corazon agradecido de Jesús.	229
Meditacion VIII.— Corazon de Jesús des- preciado.	232
Meditacion IX.— Corazon fiel de Jesús. . .	236
Cancion al sagrado corazon de Jesús. . . .	240
